LA POLÉMICA DE ALBERDI CON SARMIENTO

OBRAS DE RICARDO SAENZ HAYES

Almas de crepúsculo. (Cuentos).

El Arte Argentino.

La Fuerza Injusta.

De Stendhal a Gourmont.

El viaje de Anacarsis. (Novela).

Blas Pascal y otros ensayos.

La Polémica de Alberdi con Sarmiento.

PROXIMAMENTE

Antiguos y Modernos,

Los Amigos Dilectos.

Ensayos de Literatura Inglesa

Ricardo Sáenz Hayes

LA POLÉMICA DE ALBERDI CON SARMIENTO

Y OTRAS PÁGINAS



M. GLEIZER - EDITOR
TRIUNVIRATO 537
BUENOS AIRES, 1926

A MANERA DE PROLOGO (1)

SEAME permitido aludir a cierto amable amigo que se complace en estimularme con éstas o parecidas palabras: "cuanto Vd. hace es de suyo interesante, mas de ordinario trata usted de asuntos forasteros. ¿Por qué no se vincula usted un poquito más a nosotros? ¡Hay tantos temas fascinantes en la historia y en la literatura de estos países! En lo que respecta a los pensadores europeos que tanto le preocupan, ¡qué allá se las tengan ellos! Que de Inglaterra se ocupen los ingleses, y de Francia los franceses..."

Estoy familiarizado con la primera parte del consejo, de ahí que no pueda tomarme desprevenido. Suele inspirarlo el espíritu de contradicción, en unos casos, y en otros, los más, el afán de que las personas hagan no lo que a ellas les place sino lo que a nosotros nos agrada o estamos en condiciones de apreciar mejor. Somos inquisidores por instinto, inquisidores vergonzantes, a Dios gracias,

(1) Este prólogo vió la luz en "La Prensa" con el título que más le convenía a la tesis debatida: "El Espíritu de Humanidad".

pero en el fondo tan autoritarios y crueles como los que llegaron a rubricar sus sentencias con el fuego de los autos de fe. La segunda parte ya deja de ser una inclinación humana del espíritu, es una convicción personal, respetable a fuer de sincera, pero discutible, apelable, desde luego, como todo lo que es motivo de ideología. El "¡allá se las tengan ellos!" me suena, sin embargo, a grito de guerra, y lo es, en efecto. Es un grito de guerra, blasón y programa del nacionalismo agresivo y poco razonante, explicable difícilmente aun en los países de rica y compleja civilización propia.

¿Quién, por ventura, hombre o pueblo, puede sentirse tan independiente como para bastarse a sí mismo? La riqueza no es sinónimo de aislamiento, antes bien, sugiere al punto ideas de aproximación, de intercambio y sociabilidad. En lo económico nunca se lleva el prohibicionismo a extremos tan absolutos, pues siempre hay cosas que vienen de fuera, o porque faltan o porque conviene darles entrada. Pero en lo que concierne a lo moral, a los frutos de la mente, ¿cómo se pretenderá establecer barreras so pretexto de que aquí abundan los elementos genuinos para edificar una civilización que no le deba sugestiones a ninguna otra? No; por absurdo, ese pensamiento no puede anidar en el corazón de pueblos jóvenes y curiosos. Bien está eso para el pangermanismo delirante que llegara a sentar la

premisa de que cuanto se ha hecho de bello y de grande en el mundo tiene origen germánico; petulancia sólo comparable a la de los megalómanos de "L'Action Francaise" (Daudet y Maurras, pontífices máximos), quienes reclaman para su nación la prioridad de cuanto se ha creado, así en la ciencia como en las letras y en las artes, a partir del medioevo...

El "¡allá se las tengan ellos!" equivaldría a un suicidio si se adoptara como lema de pueblos cuya prosperidad y grandeza se debe justamente a la amplitud de espíritu demostrada en la asimilación de lo bueno y de lo nuevo, y, sobre todo, de cuanto les fuera rigurosamente necesario, desde el molde de las instituciones republicanas hasta las prácticas del comercio internacional. ¿Qué habría sido de estas tierras, si en lugar de la política de puertas abiertas que se pregonara desde las horas iniciales de la Revolución se hubiese adoptado la contraria, la de aislamiento sistemático y de formal repudio de las ideas liberales de Europa y del Norte de América? Afortunadamente, cuando se trataba de firmar el primer contrato de comercio con Inglaterra, de adoptar una Constitución federal semejante a la de Estados Unidos o de poblar el desierto con inmigración europea, a nadie se le ocurrió proclamar el lema: "¡allá se las tengan ellos!"

Y por eso, sólo por eso, somos lo que somos y

nos diferenciamos sustancialmente de los demás pueblos de Hispano-América: somos un pueblo de sangre, tradición y cultura netamente europeas. Ya en sus tiempos, en el trance de dar una definición ajustada, se preguntaba Sarmiento en los prolegómenos de "Conflictos y armonías de las razas en América": "¿Somos europeos? — Tantas caras cobrizas nos desmienten. ¿Somos indígenas? — Sonrisas de desdén de nuestras blondas damas nos dan, acaso, la única respuesta. ¿Mixtos? — Nadie quiere serlo, y hay millares que ni americanos ni argentinos querrían ser llamados. ¿Somos nación? ¿Nación sin amalgama de materiales acumulados? —Hasta dónde y desde cuándo, bueno es darse cuenta de ello". En el tiempo transcurrido, gracias siempre a la constante incorporación al país de elementos europeos, podríamos responder al último interrogante de Sarmiento: somos europeos con el nombre de argentinos.

En el trance de dar la prueba, apelaría a cuanto me circunda. La fisonomía de la ciudad, ¿qué sensaciones nos infunde a los que hemos viajado hacia los cuatro puntos cardinales del planeta? Revivimos aquí momentos transcurridos en otros climas, tan grande es la similitud de lugares y paisajes. ¿En qué se diferencian nuestros gustos, nuestros métodos de investigación y cultura? Cuanto se dice o escribe en Europa, inmediatamente repercute aquí.

Y se ha dado el caso, notorio en los círculos intelectuales, de algún escritor de habla francesa mejor apreciado aquí que en su tierra. ¿Cómo explicarnos esta serie de fenómenos concordantes, si no aceptamos de una manera lisa y llana la identidad de rasgos psíquicos y étnicos que existe entre ellos y nosotros? Alberdi, con aquella su claridad característica acentuó el argumento: "Nosotros, los que nos llamamos americanos, no somos otra cosa que europeos nacidos en América. Cráneo, sangre, color, todo es de fuera". Pero el nacionalismo no admite estas crudezas y antepone lo que llama las tradiciones del suelo, el indianismo o el gauchismo, como fuentes de sugestión, harto pobres, en verdad, si se recomiendan como abrevadero espiritual. El suelo da una fuerte sensación de patria, dicen. Pero la patria no es el suelo, replicará una vez más, Alberdi: "Tenemos suelo hace tres siglos, y sólo tenemos patria desde 1810. *La patria es la libertad, es el orden, la riqueza, la civilización organiazda en el suelo nativo, bajo su enseña y en su nombre. Pues bien, esto se nos ha traído por Europa, es decir, Europa nos ha traído la noción del orden, la ciencia de la libertad, el arte de la riqueza, los principios de la civilización cristiana. Europa, pues, nos ha traído la patria, si agregamos que nos trajo hasta la población que constituye el personal y el cuerpo de la patria" (Bases, XIV).*

Si después de todo esto aceptáramos como bueno el lema de "¡allá se las tengan ellos!", resultaría no ya una ingratitud de hijo envalentonado y mentecato, sino una impropiedad, un contrasentido, un absurdo sin ejemplo, pues ello implicaría negarnos a nosotros mismos. Se puede, en una crisis de aguda megalomanía, creerse uno el centro del universo; pero renegar de la sangre que corre por las venas, es un ilusorio intento, una simple mueca sin importancia...

Estoy, pues, en condiciones de contestarle a mi amable amigo que, aparte de mis escritos argentinos que no recuerda o desconoce, "Los viajes de Alberdi", "La polémica de Alberdi con Sarmiento", "La enemistad de Rivadavia y Moreno", "Eduardo Wilde y la legislación liberal", "El payador de Lugones", "El cosmopolitismo en la obra de Angel de Estrada", ensayos que he de libertar en breve de las polvorientas colecciones de periódicos y revistas; aparte de cso, repito, tampoco creo estar fuera de los gustos y cultura de mi país, cuando discurro acerca de asuntos franceses o ingleses. Lo francés, lo inglés, lo alemán, lo italiano, lo español, es también lo argentino, porque lo argentino es una cristalización de esas almas y de esas patrias. Las grandes figuras del pensamiento son tan nuestras que parecieran vibrar con un mismo sentir y expresarse en un idio-

ma común. Sarmiento sustentó una tesis semejante: "Los norteamericanos — decía — continuaron el gobierno representativo de Inglaterra, y sus literatos, poetas, pensadores, son comunes a ambas naciones. Un francés lo es por sus portavoces, sus dramatistas y poetas, sus Rabelais, Lafontaine, Moliére, Corneille, Dumas o Víctor Hugo; pero nosotros no somos españoles en esto; y no consideramos ni a Dickens, Goethe, Max Muller o Thiers, extraños a nuestro ser, pues ellos indiferentemente forman nuestra razón, nuestro espíritu y nuestro gusto".

Y de esto que apuntado queda, fluye una conclusión lógica: siendo europeos, poseemos, sin embargo, un espíritu que le falta al europeo propiamente dicho: el espíritu de humanidad. El espíritu de humanidad es amplio, luminoso, innovador, comprensivo y ecuánime a la vez. El espíritu de humanidad nos hizo abrir las puertas a todos los hombres de buena voluntad que quisieran habitar nuestro suelo, según reza en el consabido preámbulo. Y gracias al espíritu de humanidad nos es dable gustar de cuanto nos viene de fuera, sin que nos parezca extraño ni susceptible de inspirar recelos. No ocurre lo propio en Europa, en los viejos pueblos cargados de tradiciones y de prejuicios, prontos siempre a defenderse y a negar, como si de esa suerte quisieran establecer un contraste con quienes, como

nosotros, estamos incondicionalmente prestos a acceder y a entregarnos...

Ahora me resta contestar a otro gentil colaborador espontáneo que observa mi inveterada afición a los libros clásicos. Para justificar la razón de por qué rara vez leo obras de autores modernos, me voy a valer de la frase que Montesquieu pone en los labios de Usbek en las "Cartas Persas": "El grave error de los periodistas es que sólo hablan de los libros nuevos, como si la verdad fuese alguna vez nueva. Me parece que mientras un hombre no haya leído todos los libros antiguos, no tiene ninguna razón para preferir los nuevos". Agradarán o no mis temas, pero a esta altura del camino no estoy dispuesto a volverme para empezar otro, ni a cambiar de gustos ni a mudar de piel... Uso el tono que más conviene a las pláticas amistosas y hago mío el precepto del profundo perigordano: "Je n'enseigne pas, je raconte". Me ocupo de asuntos que por su íntima esencia son un irrenunciable patrimonio de la Humanidad. Busco sugestiones en las vidas preclaras. Desentraño el bien y el mal que pudo haber en ellas y aunque bien me sé que no se alcanza la suprema virtud sin antes haber sobrellevado proficuos padecimientos, alimento la esperanza de que, alguien, uno entre mil, realice el milagro de acercarse a la perfección con el menor acopio de errores humanos.

I

LA POLEMICA DE ALBERDI CON SARMIENTO (1)

I

El odio en la Historia Argentina. — Los hombres simbólicos. — Rasgos de Alberdi: romanticismo y materialismo. Influencia de Rousseau. — Rasgos de Sarmiento: sentimiento de la fuerza. Egotismo. Influencia de Voltaire. — Análisis de la polémica: las "Cartas Quillotanas" y "Las Ciento y Una". — Los últimos años de Alberdi.

EL odio ha sido el agente generador de los acontecimientos más significativos que llenan casi por entero nuestra primera centuria de país sin tutela extraña. He aquí el postulado que enunciara, después de largo estudio y de profícua meditación, un hondo y sutil pensador argentino. Joaquín González, a quien acabo de nombrar, desarrolló este concepto en páginas de belleza perdurable, grávidas de amor, de tolerancia, de justicia luminosa y vasta,

(1) Disertación hecha en el "Instituto Popular de Conferencias", el 14 de mayo de 1926.

y de algo más, de lo que reune a todos los sentimientos superiores de la Humanidad: la comprensión del ajeno esfuerzo y del ajeno dolor. Pero aun cuando fuera a buscar en los grandes iluminados del verbo y del espíritu, inspiración y aliento para su prédica de paz, no por ello se le ocultó la rigidez de las leyes que mueven a los hombres en la órbita del mundo moral. "He adquirido la convicción, confesaba, de que el odio se revela en nuestra nacionalidad con los caracteres de una ley histórica".

La comprobación es de índole tal como para apesadumbrar a los seres ingénitamente inclinados a la bondad y al amor. ¿Es posible, se dirán con no poco candor, que los hombres no sepan vivir sin darse guerra? A dónde quiera que se mire hallaremos lucha, ojeriza, rencores, venganzas despiadadas. No es menester que corra sangre para destruirse entre sí. Odia el grande al pequeño, por pequeño, y el pequeño al grande, por grande. Se odian los iguales en el mismo oficio; los que van de jornada por el mismo camino. El joven procura desalojar al viejo y el viejo cierra herméticamente las puertas al joven. Existen, además, odios o antipatías de carácter psicológico: los violentos detestan a los apacibles, los audaces a los tímidos, los respetuosos y solemnes, a los sarcásticos y cínicos.

De ese tumultuoso espectáculo de miserias que no son exclusivas de nuestro pueblo ni de nuestro natural sino de cuantos han cubierto la superficie de la tierra, han surgido, sin duda, los moralistas escépticos y estóicos, en lo antiguo, y los más perspicuos filósofos pesimistas con que cuenta la edad moderna. Ello es así y no de otro modo. "Las cosas son como son e non como a los hommes convenga que sean", dijo don Alfonso el Sabio como el más agudo de los deterministas. Para los primeros, amantes de las definiciones sencillas, la desinteligencia universal es fruto de la incultura y de los instintos perversos. Para los segundos, más secos y menos sentimentales, el odio es algo irremediable pues que se trata del principio biológico que determina la lucha por la existencia.

Este asaz pálido bosquejo de la contienda que todos entablan contra todos, no tiene, claro está, la viveza de tonos que empleara Gracián en sus inmortales alegorías, pero me sirve para sustentar una teoría, quizás una paradoja, hacia la cual grande estima profeso porque me brinda una íntima y serena conformidad. De haber imperado el amor de una manera absoluta en las relaciones de los hombres ¿qué es lo que en realidad sabríamos a estas horas de la vida? — me pregunto. — ¿Qué sería, por ejemplo, de la Historia? Reduciríase la

Historia a unas pocas páginas en comparación con las estanterías de volúmenes que hoy ocupa. Y qué es lo que se registraría en las tales páginas? ¿Los actos loables de las vidas ilustres? Ello no podría ser, porque lo loable es una condición de lo indigno de loa, y lo uno sin lo otro no se valoran, como el bien necesita del mal para que se estime dónde empieza aquél y hasta dónde alcanza éste. Una Humanidad fundamentalmente virtuosa nos habría privado de las religiones, ricas y múltiples, con su cortejo de iluminados, de santos y de profetas. El pueblo predilecto de la civilización no contaría en su haber con el oprobio de la cicuta, pero sin la muerte de Sócrates nos faltaría el más alto ejemplo de valor moral ante la injusticia y de sonriente serenidad ante el arcano impenetrable. De haber sido los judíos tolerantes y buenos, nada se sabría de cruz, ni de Nazareno, ni de mártires, ni de Cristianismo. Qué Humanidad tan extraña, ¿verdad? Qué cielo tan diáfano, qué mar sin impulsos, qué arcádica paz la de la tierra! Todo se andaría sin alarmas ni peligros, sin el soplo de la fatalidad que culminara en la creación de la tragedia griega, sin poemas de Homero para leer, a falta de guerras, y sin "*Divina Comedia*" a falta de cielo como premio y de infierno como castigo...

II

ALEJEMOS, pues, la posible falsa idea que se haya formado en algunos espíritus. No hay en nuestra Historia más odio que en las demás; por el contrario, hay menos, mas no por virtud sino por obra del tiempo y de circunstancias especiales. Hemos llegado, permítaseme el parafraseo del verso célebre, hemos llegado demasiado tarde a un mundo demasiado viejo. Esto último, que habría podido redundar en beneficio nuestro si fuera verdad que para algo sirve la experiencia ajena, no nos eximió de los errores iniciales en el período del aprendizaje. ¡Qué obra, también, la que se tenía por delante! No se trataba de un simple cambio en la estructura política, económica y social, ni de una de esas revoluciones que se llevan a término sin sangre porque en realidad, la evolución de las costumbres y el advenimiento de nuevas necesidades son sus factores determinantes. Aquí había que hacerlo todo con afligentes apremios. Había que levantar una nación en donde hasta ayer fuera una humilde colonia; y una nación con instituciones duraderas, con leyes apropiadas, con población culta y sabedora de lo que vale la nacionalidad, con adua-

nas y recursos fiscales, con ríos navegables, con ferrocarriles que acortaran las distancias y transportaran los productos... Y en qué período angustiosamente breve se iban a resolver esos problemas, dificultados a las veces por los insalvables obstáculos de la adversidad: la guerra exterior, las revueltas intestinas, el letargo de la tiranía, todo ello provocado por factores muy complejos. En tales azares, y aunque a instancias de fuerzas ocultas, los hombres desempeñan un papel de máxima trascendencia en cuanto son capaces de retardar o de precipitar los acontecimientos. No bien sale un hombre del grupo anónimo del que formara parte, se produce en él cierto rápido proceso psicológico, una mutación interior muy grande que le renueva todos los valores susceptibles de apreciación inmediata. La visión sufre por modo sensible, de suerte que llega a ver en una esfera luminosa cuanto atañe a su persona y en una zona distante y oscura lo que atañe a los demás. Con el crecimiento de la personalidad se opera otro fenómeno: gracias a una sugestión poderosa, el hombre no se mira ya como simple peregrino de este mundo, sino como algo venido de lo alto, como un hombre simbólico de la idea que encarna: según eso, Mariano Moreno será la Revolución, Rivadavia será la República Unitaria, Rosas será la Federación, Urquiza y Mitre la

Organización Nacional, Sarmiento la Civilización contra la barbarie, Alberdi la Constitución...

Bien se presume lo que acontece cuando el destino pone frente a frente a mortales de ese linaje. Diríase que el destino posee un espíritu diabólico pues rara vez o nunca se complace con la armoniosa inteligencia de las almas afines. ¿Cómo se hacen, entonces, las cosas, y cómo impera finalmente el progreso? Por fortuna tiene el progreso una ley, obedece a una causa, y rige la suerte humana con la buena voluntad de los hombres o sin ella.

Así se han hecho y prosiguen haciéndose las cosas en nuestro país. Los caudillos, exclusivos y prepotentes, no sin invocar primero la verdad, la justicia y el bien, tienden a destruírse los unos a los otros: Moreno a Rivadavia, Rivadavia a Las Heras, Lavalle a Dorrego, Rosas a Lavalle, Urquiza a Rosas, Mitre a Urquiza, Sarmiento a Alberdi, para no citar sino a los más representativos que de otro modo la enumeración habría de adquirir magnitudes de escándalo. Para tales contiendas todas las armas son buenas, espada o pluma, lo mismo da, siempre que la pluma corte como la espada. El entredicho de Alberdi con Sarmiento, por ejemplo, podría compararse a una justa de caballeros, aun-

que soy de opinión que las batallas de pluma suelen ser más crueles y temibles que aquéllas. En las primeras puede perderse la vida con dignidad; pero en las segundas se corre el riesgo de perder la dignidad a trueque de conservar la vida. La ilusión de los polemistas, de los disputadores sistemáticos, consiste en creer que sólo de ellos depende el juicio que en lo porvenir ha de formarse de sus personas o de las causas que pregonan. Mas los únicos juicios valederos son los de la posteridad. La posteridad es fría pero es justa. Dispone de todos los elementos para dictar sus sentencias inapelables y mira con agudeza, sin que se le escape detalle grande o pequeño, luminoso u oscuro, porque para ello el tiempo la ha dotado de un precioso sentido que todo lo abarca: el sentido de las perspectivas.

Si es verdad, de acuerdo con la teoría de los contrarios, que cada ser, por humilde e inofensivo que sea, viene al mundo con el enemigo que le corresponde, la enemistad de Alberdi con Sarmiento estaría escrita de antemano por un signo perverso. Habrían reñido en cualquier momento o época y con motivo de cualquier asunto. Eran dos almas de antagónica psicología, o, si se quiere, dos fuerzas que por naturaleza se repelían.

III

DIGAMOS en que consistió ese antagonismo. Para ello es menester adentrarse en la idiosincrasia de ambos personajes, intimar con ellos, descubrir la emoción recóndita que les gobierna. El de Alberdi era uno de esos organismos puramente intelectuales. "Su alma impresionable, ha dicho Martín García Mérou en un difundido ensayo, su espíritu vivaz, su cuerpo delicado y enfermizo le alejan de la plaza pública donde tienen un sitio marcado los demagogos y los tribunos. Hasta en los momentos de mayor pasión, una cultura serena y caballeresca, ingénita en su persona, le impide apelar a la vulgaridad de una fraseología rastrera para responder al golpe de sus émulos. Su sátira no es por eso menos terrible. Pero le falta el tono ditirámbico de los caudillos de raza, esa escenografía necesaria para deslumbrar a las masas, esos rasgos marcados en el gesto, en el traje, en la palabra o en la acción, que sirven para definir a los pastores del rebaño humano, y diseñan su figura con un sello tosco pero resaltante. Su naturaleza aristocrática le señala el salón y la academia como campo de combate y de conquista. Allí ostenta su flexibilidad de espíritu,

su talento múltiple y variado, la dulzura y suavidad de sus maneras. Carácter reconcentrado y sensible, todo le afecta con una intensidad dolorosa" (2).

¿Había una contradicción entre el apostolado de civilización materialista que pregonara Alberdi y su temperamento sensitivo, cálido, cordial? No en vano han transcurrido la infancia y la mocedad con la saturación de ensueños que provienen de las grandes influencias románticas. Alberdi fué apasionado lector de Volney y de Juan Jacobo Rousseau; de éste más que de aquél. El ginebrino disponía de otros atributos para reinar en corazones juveniles: armonías de lenguaje, arrebatado lirismo, paisajes de color, figuras de singular distinción.

Alberdi ha contado cómo llegaron a sus manos las primeras obras de Rousseau: *"La Nueva Eloísa"*, el *"Emilio"*, el *"Contrato Social"*. Nada dice de las *"Confesiones"*. Atacado ya por el delirio romántico sería de extrañar que no le hubieran atraído esas páginas de dolor, de locura y cinismo. Acaso le pareciera arriesgado mentarlas en las sencillas páginas de la biografía que entendía escribir para los miembros de su familia. La prueba de que conocía a fondo las *"Confesiones"*, fluye aquí y acullá, siempre en alusiones a la vida del filósofo

---

(2) Martín García Mérou. Alberdi. Ensayo crítico.

con la cual, bien que no lo ha dicho de una manera clara, encontraba más de una similitud con la suya. No hablo de vidas paralelas, desde luego, pues distan mucho de serlo; pero es indudable que, durante algún tiempo, Alberdi fué un asteroide de Rousseau al igual que Sarmiento de Voltaire. Entre Rousseau y Alberdi — siempre bien mantenidas las distancias lógicas — existen afinidades en lo que a gustos y a inclinaciones naturales se refiere. Los dos eran dados a la música. Rousseau era copista de música y autor de un Diccionario Musical poco antes de escribir el *"Discurso sobre la Desigualdad entre los Hombres"*. Alberdi, cuatro años antes de dar a la estampa su *"Fragmento Preliminar al Estudio del Derecho"* acarició la peregrina idea de convertir a la música al género humano mediante dos tratados de su invención: *"El Espíritu de la Música: a la capacidad de todo el mundo"* y el *"Ensayo sobre el método nuevo para aprender a tocar el piano con la mayor facilidad"*, que dedicara nada menos que al doctor Diego Alcorta, "catedrático de ideología", y que más tarde, en la hora del odio, le inspiraría a Sarmiento uno de sus más risueños sarcasmos.

Sean éstas meras coincidencias o no, el caso es que Alberdi gusta de traer el recuerdo de Rousseau. Al tiempo de hablarnos de sus progenitores, dice:

"Mi madre había cesado de existir, con ocasión y por causa de mi nacimiento. Puedo así decir, como Rousseau, que mi nacimiento fué mi primera desgracia" (3). Si, la sugestión fué poderosa. No se requiere imaginación excesiva para aquilatar el deslumbramiento que produjera la prosa de artífice y el encendido lirismo del gran perseguido. Cuantos no hayan olvidado el primer asomo romántico, vale decir, la emoción que despiertan las cartas de Julia y de Saint-Preux en el momento más florido de la vida, admitirán como cosa harto verosímil que Alberdi errara por las calles del Buenos Aires de antaño con el alma tremante de amor y anhelosa de aventuras...

Después el hombre cambiaría, de seguro, sin que del todo se agotara en él la fibra romántica magüer la afectada frialdad y el rudo evangelio materialista. El abogado le libraría recios combates al hombre sentimental, bien que nunca tan decisivos como para impedirle escribir, ora la crítica al informe sobre el certámen poético, en la que estimulaba a "los jóvenes talentos" a producir obras de belleza, ora bocetos dramáticos y crónicas teatrales en las que pregonaba la conveniencia de cultivar el arte social.

---

(3) Alberdi. Escritos Póstumos. Tomo XV, pág. 268.

IV

LA síntesis de Sarmiento no es fácil, y no he de ser yo quien intente hacerla esta tarde. No hay en Sarmiento, como en Alberdi, una línea espiritual, acentuada y fija. Las líneas de su espíritu son múltiples, ricas y profusas como el ramaje de un árbol corpulento. No hubo en él un hombre sino una reunión de hombres que chocaban las más de las veces entre si. De ahí que fueran tan rotundas sus contradicciones, y tan voluble y desigual, tan propenso a aplaudir hoy lo que mañana negaría. Cuesta en extremo representarse cómo era posible en ese espíritu atormentado la convivencia de virtudes excelsas y de vulgares defectos. Con una psicología de fuertes contrastes, no es de extrañar que se le haya juzgado deficientemente, fuera de la verdad y la justicia, con el himno que sublimiza los rasgos del hombre en héroe o con la diatriba que pone al héroe por abajo del hombre normal.

"Gaucho de las letras", dice de él Menéndez y Pelayo. "Montonero de la batalla intelectual", afirma Groussac. "Nueva forma del genio, sin precedente conocido en la historia, y seguramente sin posible repetición", sentencia Ricardo Rojas en el más ardiente de los panegíricos que de Sarmiento

se hayan hecho (4). Quizás la verdad se encuentra en el justo término medio de la alabanza y de la crítica negativa. Pero que fué un hombre superior, con ritmo propio e intenso dinamismo mental ¿quién lo duda?

El sentimiento de la fuerza es grande en Sarmiento, cualidad primaria en el hombre de acción. Ese sentimiento tonificábase en él gracias al recio egotismo que trasunta de los actos todos de su vida, aun de los más desprovistos de importancia. Como tiene la visión clara de la posteridad que le aguarda, cuanto dice y escribe es para ella más que para sus coetáneos. Su persona, sus actos, sus escritos, son un tema de riqueza inagotable. Ningún placer, ni los laureles de general, ni el título de doctor "*honoris causa*", es comparable al que le inunda el alma cuando coge la pluma para hablar de sí mismo: placer de acendrada nobleza cuando escribe los "*Recuerdos de Provincia*", placer altanero en "*Mi Defensa*", placer diabólico y paranoico en "*Las Ciento y Una*". Posee del egotista los inconfundibles rasgos morales y físicos porque la invasora suficiencia del "yo" termina por asomar en las maneras externas: amplia la respiración, dilatado el torax, excéntrica la mímica, enderezado el cuerpo,

(4) Ricardo Rojas. Historia de la Literatura Argentina. T. 3. Los proscriptos, p. 298.

alta la cabeza, firme el andar, cerrada la boca, apretados los dientes, y no falta en él la huella del orgullo que pone en juego, según lo observa Ribot (5), el *"musculus superbus"* que adelanta el labio inferior. ¿Qué hace el hombre que viene al mundo conformado de esta suerte? ¿Se disminuye, se aleja, se enclaustra monacalmente? Error. Bueno será eso para el que se siente débil para la acción, mas no para Sarmiento cuyas ansiedades van en aumento y se concretan en sentimientos positivos como el orgullo, la vanidad, el desprecio, el amor a la gloria, la ambición de dominio, la emulación, el valor, la audacia, el atrevimiento, sentimientos y estados psíquicos que han sido estudiados muy a lo hondo por Bain, James y Ribot.

Sarmiento era lector devoto de Voltaire. En escritos y discursos complacíase con la cita de frases volterianas y dábase el gusto de pronunciar tal como se escribe, el pseudónimo del patriarca de Ferney: Voltaire... Como de ordinario acontece cuando se lee en demasía a un autor, no es de extrañar que Voltaire obrara milagros de sugestión en el espíritu de Sarmiento. De no llevarme muy lejos establecería muchas de las semejanzas entre el francés y el argentino, en punto al carác-

(5) Ribot. La psicología de los sentimientos. Cap. V. El "yo" y las manifestaciones afectivas.

ter, desde luego, ya que la vida y la obra no brindan la menor similitud. Pero diré, eso si, cuán orgullosamente lucía Sarmiento en los anaqueles de su librería los trescientos volúmenes de las obras completas del filósofo. Mostrábalos con visible satisfacción a cuántos le visitaban, sin reparar en las ajenas creencias. Así hubo de ocurrir un episodio no exento de interés. Entre un grupo de amigos que le visitaran cierto día, iba el arzobispo de Buenos Aires, monseñor Escalada. Como Sarmiento hiciera el consabido elogio de su Voltaire completo, monseñor Escalada atinó a decirle, muy por lo bajo, con acento dulce y piadoso:

—¿Por qué tiene usted, mi general, las obras de ese mal cristiano, dejado de la mano de Dios?

Sarmiento no pudo contenerse, ni por el título de general que lo colmaba. Con el semblante súbitamente enrojecido y con su borrascosa voz ahuecada, respondió:

—¿Alguna vez le he pedido a Su Señoría Ilustrísima que se prive de su Biblia o de sus plegarias a Santa Ursula?

En donde el egotista está de cuerpo entero es en la polémica con el doctor Manuel Dídimo Pizarro, senador por Córdoba y católico ultramontano. "Cómo ha de ser — díjole el doctor Pizarro — usted no puede saberlo todo, y cualquiera que

lo conozca a usted se convencerá fácilmente de que con lo que usted ignora se puede hacer, no diré un libro, sino libros, muchos libros, como para repletar con ellos de bibliotecas populares a la República entera". Sarmiento, herido en la más honda entraña, replicó de este modo: "Razón tenía en este cálculo el doctor Dídimo, si se atiende a que la biblioteca del *"British Museum"* contiene un millón y cien mil libros cuyo contenido ignora el señor Sarmiento; pero puesto que el doctor Pizarro apela al testimonio de los que conocen al señor Sarmiento, daremos aquí el de todos sus amigos, y es que desde que lo conocen lo han encontrado siempre leyendo, o escribiendo; que no pasea, ni visita, ni asiste a teatros, ni banquetes, ni juega para divertirse: que hace medio siglo lee en francés, inglés, italiano, castellano, etc., todo lo que puede leer un estudioso; que sus bibliotecas contienen cuatro grandes estantes de libros ingleses y cuatro enormes de franceses... Concédenle sus émulos talento (para negarle instrucción) y gran memoria, para ocultar bajo esa palabra, que recuerda todo lo que ha leído, oído y escrito en sesenta años. En Estados Unidos, sería citado con orgullo como un *"self made man"*. En Alemania, un tal hombre sería tenido por un sabio, como Lincoln, Franklin, Gar-

field, y mil más. Aquí es un charlatán, y en Córdoba es reputado un animal"... (6).

V

ENTREMOS, ahora, no sin precauciones, en el tembladeral de la polémica. ¿Cuál fué el motivo real de la querella entre los dos grandes argentinos? Vencido Rosas en Caseros, Alberdi, tratando de alcanzar al tiempo en su carrera — según expresión propia — se puso a escribir las *"Bases y Puntos de Partida para la Organización Política de la República Argentina"*. Una vez terminada la obra, y en la creencia que de esa guisa interpretaba una aspiración colectiva, tuvo especial cuidado de enviarle un ejemplar a Urquiza, convencido de que el hombre que había logrado derribar la tiranía estaría dispuesto a iniciar una era de paz y progreso, para lo cual era necesario darle al país, antes que nada, la Constitución que le faltaba.

Sarmiento fué uno de los primeros lectores de las *"Bases"*, y se apresuró a escribirle a su autor, desde Yungay, con fecha 16 de septiembre de 1852: "Su Constitución es un monumento: es usted el legislador del buen sentido bajo las formas de la

(6) Ricardo Rojas. Bibliografía de Sarmiento.

ciencia. Su Constitución es nuestra bandera, nuestro símbolo. Asi lo toma hoy la República Argentina. Yo creo que su libro *"Bases"* va a ejercer un efecto benéfico"... Y terminaba: "Su libro va a ser el Decálogo Argentino: la bandera de todos los hombres de corazón".

Dos meses más tarde Sarmiento daba a la publicidad su *"Campaña en el Ejército Grande"*, libro mordaz, destinado a echar por tierra el prestigio político de Urquiza. Lo que sorprende sobremanera es que Sarmiento le dedicara ese panfleto de combate a Alberdi con una carta que datara en Yungay el 12 de noviembre de 1852. Tan impertinentes eran los conceptos vertidos allí, que Alberdi vióse precisado a contestar. El escritor chileno Gonzalo Bulnes refiere la incidencia con encomiable imparcialidad: "Sarmiento, dice, asaltó la brecha con su habitual temeridad, escribiendo una carta de "desafío literario" hecha en términos capaces de agraviar la dignidad menos susceptible. Alberdi se preparó para contestarle, pero por un resto de deferencia a su ex amigo, llamó al señor Sarratea para que pidiera a aquél la cesación de las hostilidades. Alberdi se ofrecía a romper sus cartas ya escritas, siempre que Sarmiento se comprometiera a no atacarlo. Sarmiento rehusó la propuesta, y a conse-

cuencia de este rechazo su adversario publicó las *"Cartas Quillotanas"*.

En la "carta - dedicatoria", Sarmiento trataba a Alberdi de "querido amigo". Ello haría suponer que las cosas no saldrían nunca de los límites que la amistad fija y tolera, y, sobre todo, que no se violaría el decoro y el respeto que todo hombre se debe a sí mismo. Cuán no sería la sorpresa del otro cuando después del "querido amigo" hallaba un párrafo de este tenor: "Usted que tanto habla de política "práctica" para justificar enormidades que repugnan al buen sentido, escuche primero la narración de los hechos prácticos, y después de leídas estas páginas, llámeme detractor y lo que guste". Como si tal no bastara le suelta a la cara esta otra injuria: "Y usted sabe, según consta de los registros del sitio de Montevideo, quien fué el primer desertor argentino de las murallas de defensa al acercarse Oribe". Que el destino nos libre de los amigos que nos quieren de esta manera...

¿Qué es lo que perseguía Sarmiento con esa agresión? ¿Para defender la causa de Buenos Aires contra Urquiza no le bastaban la *"Campaña del Ejército Grande"* y la *"Carta de Yungay"?* ¿Y por qué habría de ensañarse con quien hasta ayer considerara como a su amigo admirado y ejemplar en la patria y en el destierro? Es de suponer el efecto

que esos dicterios produjeron en el espíritu del agredido. Fuera por demás pedir que Alberdi diera la callada por respuesta. Y quién sabe si Sarmiento, habituado a derribar, no contaba con el silencio de su "querido amigo"... Consciente de su fuerza, en muy poco tenía las maneras atildadas, el gesto dulce y recatado, la timidez que trasuntaba de la persona toda de Alberdi. De haber sido ello así, Sarmiento se nos mostraría como un mediano catador de valores a quien la violencia de las pasiones le quebranta en buena parte la penetración psicológica tan útil en el comercio de las personas. Entre un impulsivo y un tímido es mucho más de temer éste que aquél. Cuando un tímido reacciona y se defiende hace gala de una fuerza inusitada, avasallante, incontenible. Si alguna premisa cabe sentar después de lo dicho sería esta: desconfiad de los tímidos, lo cual tiene un valor análogo al letrero que suele verse en los jardines de aclimatación: *"no irritéis al ciervo"*.

En la primera carta que Alberdi escribiera en su quinta de Quillota en enero de 1853, justifica de este modo el paso que da: "Y como lejos de hallar en su *"Campaña"* la justicia de su resistencia al nuevo orden de cosas, descubro el origen personal y apasionado de ella, tengo la necesidad de protestar contra la obra que usted me ha dedicado, con

el derecho que me confiere el honor de su dedicatoria". ¿Ha dejado pasar por alto las injurias? Imposible no aludir a ellas: "Aunque usted, Sarmiento, me dedica su *"Campaña"* con algunos denuestos que no son de buen tono en un escritor de sus años y dirigiéndose a persona que pretende estimar, debo decirle que no son ellos el estímulo reprobado de estas cartas. En la misma obra y en otros lugares, usted me ha regalado elogios que compensan y anulan, cuando menos, sus dicterios". De seguida, y como sabe con quien trata, dice en qué forma ha de expedirse: "No espere usted de mí sino una crítica alta, digna, respetuosa. Nada tengo que hacer con su persona, sino tributarle respeto. Voy a estudiarlo en sus escritos, en lo que es del dominio público. Usted que tanto defiende la libertad de examinar, de impugnar, de discutir... no podrá encontrar extraño que ese mismo derecho se ejercite para con usted..."

Las cartas de Alberdi han sido consideradas como un modelo en el género polémico. Seducen a quien las lee por la forma exenta de avaloríos, por la ironía honda, por el imperturbable espíritu de análisis, por la serenidad qne no se trueca en arrebato ni en el momento de los más recios golpes. No hay en esas páginas licencias de lenguaje, zarpazos leoninos ni espumarajos de odio. No insulta, ni

calumnia, ni desciende al bajo nivel de los pregonadores de denuestos. Cuando más culmina la ironía, se percibe la amargura de quien escribe como quien cumple con un deber penoso e irrecusable. "Ni usted ni yo, como personas, somos asunto bastante para distraer la atención pública" — dícele Alberdi, — en mala hora, por cierto, pues Sarmiento jamás perdonaría tamaña irreverencia. Si era él un *"self made man"*, un hombre representativo de la talla de Lincoln, de Garfield, de Franklin, tenía que ser bastante asunto, sino el único digno de distraer la atención pública de su país y de América.

Las *"Cartas Quillotanas"* tenían otro propósito bien definido por Alberdi: "Quiero hablar de la prensa, decía, de su nuevo papel, de los nuevos deberes que le impone la época nueva que se abre para nuestro país desde la caída de Rosas"... "Desgraciadamente — agrega en otro lugar — la tiranía, que hizo necesaria una prensa de guerra ha durado tanto, que ha tenido tiempo de formar una educación entera en sus sostenedores y en sus enemigos. Los que han peleado por diez y quince años, han acabado por no saber otra cosa que pelear..." "La prensa sudamericana tiene sus caudillos, sus gauchos malos, como los tiene la vida pública en los otros ramos. Y no por ser rivales de

los caudillos de sable dejan de serlo de la pluma. Los semejantes se repelen muchas veces por el hecho de serlo. El caudillo de pluma es planta que da el suelo desierto y la ciudad pequeña, producto natural de la América despoblada".

Estos conceptos, aunque elevados y verídicos, produjeron un efecto de aguijón en la piel del adversario. A Sarmiento le gustaba pegar. Habíase pasado la vida pegando. Mas si por acaso alguno le asestaba un golpe certero, ponía el grito en el cielo. *"Las Ciento y Una"* fueron la inflamada respuesta. Con ello se proponía significar que Alberdi oiría las ciento y una verdades que le tenía reservadas. Como expresión de odio, de rencor, de maldad, y en muchos casos de demencia, *"Las Ciento y Una"* son un monumento. "Si Facundo hubiera sabido escribir no de otro modo hubiera escrito" — dijo Lucio Vicente López. — Ningún escrúpulo detiene a Sarmiento para "derribar" a Alberdi. "Yo me rebajaré poniendo *"escritos inmundos"* contra usted" — confiesa en una carta. — Los insultos parecen seleccionados con deleite: "Escritor de periodiquines, compositor de minuetes y templador de pianos"; "mentiras, mi doctor, cara y alma de conejo"; "si yo supiera que está usted a mi lado me taparía un poco las narices" "abate, por sus modales; saltimbanqui por sus pases magnéticos, mujer, por la

voz; conejo, por el miedo; eunuco, por sus aspiraciones políticas; federal-unitario; ecléctico-panteísta; periodista, conservador-demagogo"; "reo Alberdi"; "bodeguero, despensero, mayordomo"; insigne camorrista, pillo de la prensa periódica, panflético de circunstancias, abogadillo de Montevideo y Chile, hombros de mosquito, quítese la máscara, no sea zonzo..."

Alberdi no perdió la serenidad. Se mantuvo firme y digno. "En más de un lugar me ha supuesto usted gobernado por un cálculo frío. Al que no grita frenético, al que raciocina lo llama usted insensible. No trafico yo con el calor, es cierto; no vendo entusiasmo. Nunca he creído que los poetas que fabrican versos sean más capaces de afección que el resto de los hombres. El calor no es el patriotismo ni la sinceridad. Cuando no viene de estrechez de espíritu, es signo evidente de mala fe. Es el resorte de los seductores del pueblo. Apasionar cuestiones que necesitan de la reflexión tranquila, es crueldad imperdonable, es vendar los ojos del pueblo para que no vea el camino por donde ir..." "Yo he buscado la calma y la frialdad sin ser frío, porque ellas es lo único que falta a nuestros negocios sudamericanos... La sensibilidad no resolverá el problema de nuestro atraso..."

En cuanto a *"Las Ciento y Una"* ¿cómo contesta

Alberdi?: "Con la calma que el naturalista examina la escoria que el volcán arroja a sus pies, yo estudiaré, en el interés del progreso y de la civilización, el fango echado sobre mis vestidos por el carro de la prensa bárbara". No le han alcanzado los ultrajes. "El error del que ultraja es creer que hay otra afrenta que la de su delito. Puedo estar infatuado, pero creo que la injuria de su rabia cae sobre mi vida como la lluvia sobre el mármol: para blanquearlo. La vergüenza para un escritor procaz no está en ir a la prisión, sino en merecerla". De haber sido Alberdi lector de Boileau habría hecho suyo, sin duda, el consejo con que aquél finaliza el prefacio de las *"Sátiras"*: "Nada que valga se hace en la cólera..."

Alberdi prefirió optar por lo que él llamara una *"enmienda honorable"*. "No me defenderé de sus insultos dirigiéndole otros. Pero haré que me tribute "enmienda honorable" y repararé así por su propia mano los ultrajes que ha hecho usted a la verdad, a la ley y a la antigua amistad". Acto seguido, a título de condigno castigo, reproduce Alberdi las cartas alabanciosas que le dedicara Sarmiento en distintas ocasiones.

Según se echa de ver, la polémica de Alberdi con Sarmiento es un documento de valor inestimable, no sólo porque permite apreciar las manifestacio-

nes del odio en la lucha por el triunfo de ideas determinadas en la política argentina después de la caída de Rosas, sino también para quienes se propongan ahondar en la psicología de ambos personajes. Las apologías, hasta ahora, han malogrado la veracidad de cuanto se ha dicho en favor de éste o en contra de aquél. Cuando suene la hora de escribir la Historia con un criterio menos poemático y más científico, muchos de los actuales héroes quedarán reducidos a lo que en realidad fueron: hombres muy imperfectos y armados de temibles pasiones.

VI

LA justicia se ha hecho plenamente para Sarmiento no así para Alberdi. Para aquél el himno y la estatua. Para éste todavía masculla la diatriba rencorosa cuando se habla de honrarle. Pero día llegará, y todo induce a creer que llega ya, en que los últimos rencores desaparezcan a falta de eco. Entonces se agrandará la silueta de quien fué a sepultarse en la soledad del exilio antes que reñir la vida entera por los esplendores del poder.

¿Hizo bien en marcharse? ¿Hizo mal? Si es verdad que los ausentes nunca tienen razón, hizo mal. Claro está que de haberle sobrado la voluntad de

dominio que supo encumbrar a sus dos enemigos tradicionales, habríase quedado en el suelo nativo. Las razones que le movieron a prolongar indefinidamente su residencia en tierras forasteras hay que buscarlas en las *"Palabras de un Ausente"*, opúsculo varonil y sereno, no exento de melancolía crepuscular. Al escribir esas páginas acaso presintiera que no estaba distante la hora de emprender el viaje a esa región "a donde van los navíos y de donde vuelven los despojos". La mano trémula del anciano estampó en la blanca cuartilla esta sentencia: "Mala o buena, mi vida está consignada en mis escritos. Si ellos son vulnerables, tanto mejor para mis disidentes. No los defenderé de sus ataques; dejaré que ellos propios se defiendan... No salvaré de ese abandono sino una sola cosa: la calificación de los motivos y de las intenciones desinteresadas de mis obras".

A esa altura, después de haber padecido y combatido en interminables duras bregas, alimenta todavía el ensueño de la libertad, la quimera de la justicia humana. Ni el odio, ni la calumnia del adversario lograron secar la fontana cristalina de su optimismo. La libertad era algo más que una esperanza, era el imperativo de su existencia. "Yo sé que para otros basta la libertad, que consiste en el deseo de ser libre — declara. — Confieso que

mi amor por la libertad no es un amor platónico. Yo la quiero de modo material y positivo. La amo para poseerla, aunque esta expresión escandalice a los que no la aman sino para violarla. Pero no hay más que un modo de poseer su libertad, y ese modo consiste en poseer la seguridad completa de sí mismo. Libertad que no es seguridad, no es garantía, es un escollo". Según Alberdi lo advierte a continuación era ese el mismo concepto que Montesquieu tenía de la libertad política. "La libertad política — decía Montesquieu — es esa tranquilidad del espíritu que proviene de la opinión que cada uno tiene de su seguridad. La libertad política consiste en la seguridad". Por aquellos tiempos el país no estaba en condiciones de otorgarle a ningún hombre público destacado la seguridad personal. Otros motivos le hicieron quedar: "Una flaqueza lo confieso, se ha unido a las causas que han prolongado mi ausencia. He cedido a la atracción invencible del medio en que me dejó arrojado el naufragio de mi causa: quiero hablar de esa cosa querida que tanto deseamos los americanos aclimatar en nuestro suelo, la civilización de Europa, en cuyo seno buscó asilo consolador el patriotismo desencantado de Rivadavia. Esto ha hecho que el mal de mi ausencia redunde un poco para mí en el bien de una especie de segunda educación que de-

beré a la mala voluntad de mis amables adversarios".

A pesar de tantas prevenciones, ya en el ocaso, cedió al irresistible deseo de tornar al terruño. Sus amigos le elegieron diputado por Tucumán. Mas no fué esa distinción la que le movió a mudar de ambiente. El anciano quería ver la casa, la calle, la plaza, el río, los salones de sus años mozos. Había emigrado a los veintisiete años de edad y volvía a los setenta. ¡Cuántas cosas nuevas y cuántas otras desaparecidas halló el repatriado! Sus amigos fraternales, Miguel Cané y Esteban Echeverría no estaban ya para estimularle en la hora afligente de la pobreza. Otro amigo bien amado, Juan María Gutiérrez, acababa de morir a consecuencia de las emociones que le embargaran en las fiestas patrióticas celebradas con ocasión del centenario del general San Martín. La muerte se había ensañado con sus más caros afectos. ¿Qué es lo que en realidad le quedaba si apenas le conocían las nuevas generaciones? ¿Era esa su patria? —debió de preguntarse en sus amargos soliloquios. Tuvo algunas satisfacciones, desde luego. Mitre y Sarmiento le estrecharon la mano y un buen amigo le cedió su quinta en la calle larga de la Recoleta. Allí tenía sol, flores, sombra agreste, y la relativa paz que era dable disfrutar en tiempos agi-

tados. Allí escribió sus dos últimas obras: *"La Omnipotencia del Estado es la negación de la libertad individual"* y *"La República Argentina consolidada en* 1880". Tuvo la satisfacción, cumple observarlo, de presenciar los acontecimientos que culminaron con la capitalización de Buenos Aires, pensamiento inspirador y gran corolario de su prédica escrita.

Pero los días de prueba habrían de volver muy pronto. Bastó que el gobierno nacional anunciara una edición de las obras completas de Alberdi y que mentara en varios mensajes al Congreso algunos principios netamente alberdianos, para que los antiguos enemigos, en una virulenta campaña de prensa, rompieran el caballeresco silencio de las primeras horas. El alma de Alberdi se inundó de tristeza. Quería ello decir que la suya no sería una vejez plácida, dulce y honrada con el tributo unánime que la gratitud dispensa a los patriarcas cuando declinan. Y en alas de una desesperación justificada por el desencanto, pensó que el odio muere con los hombres y que la bondad es una flor rara en este mundo. Pensó en los amigos para siempre enmudecidos por la muerte, en lo que ellos fueron para él, en lo que él fué para ellos. Les visitó en sus tumbas y les envidió el reposo... La reflexión vino luego. Una gran claridad se hizo en

su mente atormentada. Añoró las horas diáfanas, suaves, serenas que transcurrieran en la aldea normande de Saint - André de Fontenay. Añoró los días de París, iguales y placenteros, el ambiente grato a la mente del pensador y al espíritu del artista vergonzante que siempre hubo en él. Añoró las tardes del Luxemburgo, en cuyo frente viviera, tardes de sosiego, cárdenas de crepúsculo y propicias a la evocación de lo grande y de lo bello... Y ese cortejo de añoranzas le hizo tomar la grave, la suprema determinación: exilarse de nuevo, bien que esta vez para morir. Así lo hizo y así murió, pobre y solo no sin antes haber escrito esta frase de consuelo que empieza a tener un valor de vaticinio: "El éxito de la mentira es de un momento, él pasará y yo seré vengado, sin ejercer venganza".

ALBERDI EN EL PAIS DE ROUSSEAU

I

ERA en los tiempos del Colegio de Ciencias Morales. "La escuela de latín—escribe Alberdi—ejerció un influjo decisivo en los destinos de mi vida. Allí adquirí dos amistades, que no fueron las de Horacio y Virgilio... Los amigos que allí contraje fueron Miguel Cané y el estilo de Juan Jacobo Rousseau: por el uno fuí presentado al otro". Trabar conocimiento con el estilo de un escritor antes que con las ideas del mismo, autorizaría a creer que Alberdi separaba el fondo de la forma, tarea ardua, si se tiene presente la íntima relación existente entre uno y otra. Atender a la forma con exclusión del fondo podría tomarse en el sentido de estudiar la técnica del lenguaje, según era costumbre en Paul-Louis Courier con los historiadores griegos. Pero es más probable que Alberdi

sólo quisiera decir que de esa suerte pudo apreciar la manera o el tono de Juan Jacobo; acontecimiento de singular trascendencia en la vida de un joven a quien se le aparece la imagen de Julia en todas las mujeres... Es de presumir la emoción que se le apodera del ánimo cuando a través del tiempo fulge de nuevo en las sobrias páginas de la *"Autobiografía"*. Así dirá que entre los bostezos que arrancaba una lectura de Virgilio — ¡oh! manes del poeta! — el buen amigo Cané saca un libro "para leerlo por vía de pasatiempo".

—¿Qué libro es ese? — inquiere Alberdi.

—Una novela de amor, *"Julia o la Nueva Eloísa"* — responde Cané (1).

"Leí dos o tres renglones de la primera carta — prosigue Alberdi — y cerré, hechizado, el libro, rogando a Cané que no dejase de traerlo todos los días. Rousseau fué desde ese día, por muchos años, mi lectura predilecta. Después de la *"Nueva Eloísa"*, el *"Emilio"*; después el *"Contrato Social"*.

---

(1) En la carta de Alberdi a Miguel Cané (padre), fechada en Ginebra el 21 de julio de 1843, dice con respecto a este mismo episodio: "Le pedí a usted (el libro) antes de abrirle, y me lo dió. Al recorrer sus primeras líneas de un estilo y de un asunto que hasta entonces habían sido desconocidos para mi corazón, mis ojos se bañaron de lágrimas. Este libro era la "Julia" de J. J. Rousseau, que mantuvo mi alma por más de cuatro años inundada de dulces ilusiones".

Con ser Alberdi, según la frase de Groussac, "un abogado hasta la médula", no lo fué tanto como para renunciar en absoluto a los placeres del espíritu. Conservó siempre la afición a la música (2) y el culto que por Rousseau profesara desde la humilde aula del Colegio de Ciencias Morales se aviva con la visita al país en que se desarrolla el idilio de Julia. Téngase en debida cuenta, para que el contraste adquiera relieve, que Alberdi llegaba a Ginebra después de haberse enfrascado durante un buen tiempo en el estudio de la jurisprudencia y de las prácticas procesales de los Estados Sardos. Hallábase, por lo tanto, en condiciones especiales para que el espíritu se le reposara con otro linaje de esparcimientos. ¿Qué impulso le llevó a las orillas del lago que endulzaran los amantes con sus excursiones? El afán de remozarse con el aire montañés, bajo cielos altos, serenos y azulosos. Todo

(2) Por cierta carta de don Gervasio A. de Posadas, fechada en París el 29 de abril de 1845, se deduce el prestigio musical de que gozaba Alberdi entre sus amigos. ¡"Cuánto le he recordado y le recuerdo a cada instante, mi querido Bautista! — dícele Posadas. La primera vez que tuve el gusto de oir a Thalberg, a este rey del piano, como lo ha clasificado muy bien el vizconde de Launay, usted y nadie otro que usted tenía en mi imaginación". Y más adelante: "Su compañía me falta en esos bellos momentos; y desde entonces cada vez que recuerdo algún motivo del famoso concierto, me parece que algo de usted estuviese ligado a estas reminiscencias musicales".

eso, desde luego, pero también obró su milagro sentimental el recuerdo inmarcesible del soñador solitario.

Veamos cómo se liberta Alberdi de las ideas graves. La carta a Cané, citada más arriba en una nota, es algo más que un respiro feliz, es una prueba preciosa del fondo llano, romántico y hasta lírico de quien, gracias al género de sus obras futuras, habría de pasar como uno de los más altos exponentes de la civilización utilitaria. "En Ginebra, dícele al buen amigo, en este país tan parecido a Buenos Aires por las costumbres simples y republicanas de sus habitantes; en un verano igual por la dulce temperatura de este clima al de aquella primavera en que nos conocimos en los bancos de la Universidad cuando despuntaba el alba de nuestra vida, le escribo para describirle algunos accidentes de esta comarca a donde Byron, Dumas, Hugo y Jorge Sand han venido como yo a llorar en presencia de Vevey, de Clarens y de las tristes rocas de Meilerie". Sin esta expansión fraternal, los argentinos ignorarían, de seguro, que el autor de las *"Bases"* tenía lágrimas para llorar. Sí, las tenía, como óptimo hijo de la época romántica, la época llorona por excelencia... El romanticismo, y antes de 1830, Rousseau, sublimizaron el llanto. Respondía ello a un estado de alma predispuesto

al arrebato, a una cierta hiperestesia de la sensibilidad que todo lo afinaba y sutilizaba todo; desesperanza de vivir, angustia en los atardeceres, y una extraña facultad de mudar lo grato en pena y lo placentero en padecimiento...

Todo deleite es dolor
Y todo placer tormento.

Alberdi, afortunadamente, no perteneció a ese linaje de sensitivos. Sabía conmoverse, pero con dignidad. Confesaba ternuras, de manera discreta, en voz baja y dulce, al amigo de la mocedad, y sin sospechar que la carta íntima vería la luz algún día. "Para hablarle mejor de estos sitios he querido leer de nuevo la *"Julia"* (3). Yo creía conocer este delicioso libro que hacía llorar a Mirabeau; pero me toma tan de nuevo su admirable elocuencia, como si nunca lo hubiese conocido. He llorado al recorrerle como la primera vez en que le vi". La *"Julia"* poseía para Alberdi la virtud de avivarle el pasado. ¿Qué había en ese pasado para que el amor de Julia y de Saint-Preux le humedecieran los ojos? No es menester mucha perspicacia... El mismo lo dice con su habitual distinción. "Esta novela tiene un atractivo más para mi alma,

(3) Cuando tal decía no era ya un muchacho, sino un hombre formal de treinta y tres años.

y es de que ella se liga en mi memoria a los recuerdos de la primera época de mi vida. Sus armonías y bellezas despiertan en mi alma el recuerdo de las primeras sensaciones de mi juventud, como los coros del *"Barbero de Sevilla"* y los acentos de la música que animaba nuestras bulliciosas y alegres escenas de la primera edad. Todos aquellos dulces tiempos, tan felices para nosotros y que ya no volverán jamás, los sueños de esperanza de nuestros primeros años; nuestros días de entusiasmo generoso y de fe en lo venidero; los alegres paseos a San Pedro, a San Isidro; nuestros comunes amigos, unos errantes en el mundo, otros muertos en los campos de batalla; las pasadas dichas de nuestra patria, todo esto me viene al pensamiento leyendo las páginas de este libro de tan deleitosos recuerdos". El acento nostálgico es el que predomina, pero hay otro sentimiento igualmente dulce y melancólico que asoma sobre todo cuando alude a los amores de Julia: "Si Julia, tal como la describe Rousseau, hubiese existido y volviese hoy a la vida para leer sus cartas, no sentiría con más viveza el recuerdo de los pasados días de su juventud primera, que los siento yo recorriendo estas cartas con cuyos corresponsales hemos vivido identificados, por decirlo así, tantos años de la primera juventud".

En esta evocación harto descuidada en punto a la forma, se advierte el abuso de una misma expresión: la que se refiere a la primera juventud. Alude a ello con insistencia, como quien escribe a impulsos de una idea obsesionante. ¿Sentíase viejo Alberdi a los treinta y tres años? Si no viejo, en los dinteles de la madurez, de la circunspección y del recato. Según eso, y a estar al tono de melancólico renunciamiento, el amor sería un fruto de lo que él llama la "primera juventud", edad que ya se le ha pasado a él y en la que, sin duda alguna, brilló y amó una Julia porteña...

II

LA estada de Alberdi en Suiza tiene el valor de una constante evocación de Juan-Jaboco Rousseau. Los manes del filósofo le abren el camino y le prestan graciosa compañía. Busca de preferencia los lugares más perfumados de recuerdos. Aquí, la casa donde naciera; acullá, la plaza de los juegos infantiles. En Vevey, todo le susurra al oído historias amables. Las piedras pierden su inmutabilidad y dureza, se animan y hablan. Los senderos se pueblan de visiones seductoras: por éste va Julia; por

el de más allá Mme. de Warrens. Si de algo se lamenta en sus éxtasis es de no ser pintor, aspiración común de cuantos aman el paisaje y quisieran traducirlo en su diversidad de matices. "Llegamos a las 12 a Vevey — escribe, — la patria de Julia, el pueblo nativo de Mme. de Warens, donde han estado Byron y Hugo, y donde Rousseau pasó lo más apasionado de su juventud. No hay pincel para pintar la gracia, la coquetería, la extremada conveniencia de esta ciudad que parece fundada para mansión de amantes".

No se repare mucho en las imágenes de dudoso gusto. El rigor resulta ensañamiento cuando no se aplica a un artífice de la forma, a un Chateaubriand, verbigracia, el pintor, por excelencia, de la Naturaleza. Hago uso de cartas íntimas, escritas a vuela pluma, y de apuntaciones de peregrino hechas quizá con el propósito de reconstruir ulteriormente sus viajes. En unas y en otras falta el artificio, el brillo que da la lima que pule, y, a Dios gracias, la tiesura del escritor megalómano. A las veces se diría que estamos en presencia de un colegial candoroso — ¡cosa extraña, lo de candor, en tratándose de un abogado; así cuando habla del lugar en que fué dado el beso, ¡oh! la obsesionante roja boca de Julia!: "Pasé a Clarens, donde estaba la casa de campo de Julia, y a sus inmediaciones, el bosque

en que tuvo lugar el beso. Clarens se conserva; se conservan a su alrededor bosques deliciosos, pero ni la casa ni el bosque de Julia existen, y quizá nunca existieron". ¿Qué puede importar esto para quien sabe evocar y adentrarse bajo la piel de los amados personajes? El evocador, iba a decir el enamorado, torna a Ginebra todo poseído de Julia. Las horas que ha convivido con su sombra le han dejado una dulce embriaguez. Y no ha sido cosa de un instante ni el fruto de una alucinación repentina y fugaz. La imagen de Julia se le ha grabado en las retinas como una forma corpórea y viviente: "No puedo deshacerme de cierta propensión que me hace ver en cada ginebrina una imagen más o menos remota de Julia; y reflexionando un poco, hallo que esto no es muy ajeno de razón, pues que Rousseau debió tomar de la realidad viva, que le cercaba, los elementos para la formación de los tipos de su ideal narración (2).

Después de una que otra excursión más por los

---

(1) La admiración de Alberdi por Rousseau, el embeleso, mejor dicho, puede apreciarse en lo que escribe sobre el retrato que contempla en la Sociedad de Lectura, de Ginebra: "Pocos rostros más bellos he visto en mi vida... Confieso que, nacido mujer, difícilmente hubiese podido rehusar mis simpatías a tal hombre. Ahora me explico enteramente el extravío que por él padeció Mme. de Warens". Era un retrato de Rousseau, a los treinta años, obra de La Tour.

alrededores de Ginebra y sin olvidar, como es de rigor en tales circunstancias, la visita al castillo de Chillon, a fin de recordar el martirologio de Bonnivard y las estadas de Byron a la vera del lago encantado, (3) Alberdi se despide de esos lugares y toma el camino de Francia. El cambio de ambiente, como es natural, producirá un cambio en la fisonomía del personaje. El soñador que humedece la pluma en lágrimas a la manera de los escritores de linaje romántico, se modera por modo notable, torna al tono grave y cuida de las expansiones. En París, donde le encontramos hacia el 16 de septiembre, distribuye el tiempo con esa conciencia que sabe poner el viajero que no dispone de muchos días para malgastarlo, viajero intrépido que todo lo afronta, lo ve y lo siente, sin excluir la fatiga desmoralizante. Es posible que algunos, a fuerza de ver tanto, terminen por no ver nada. Pero el nuestro, cuya salud es frágil, sabe auxiliarse contra las embestidas del olvido confiándole al papel sus impresiones. En esa especie de diario trunco en el que anota, con las fechas, los lugares que visita, nos dice haber estado en la Cámara de Diputados. El escritor de derecho público que no ha tenido toda-

---

(3) De Bonnivard y Byron se ocupa en "Obras completas", II, págs. 383 y siguientes, y en "Escritos póstumos", XV, págs. 861 y siguientes.

vía la oportunidad de desempeñar sus funciones estrictamente políticas — y que un destino hasta entonces no revelado le alejaría para siempre de ellas — se pasea por las salas del palacio Borbón con la mente grávida de esperanzas. ¡Cuánto interés pone en lo que observa por pequeño que sea! Y quién sabe cuántas bellas y legítimas ilusiones se forjara en ese instante para su país en un futuro de orden y prosperidad. Penetra en el recinto de sesiones y permanece "un largo rato parado en la tribuna" parlamentaria. Luego baja y se sienta sucesivamente en las bancas de Thiers, de Odillon Barrot, de Aragot (4), de Laffite... ¿Qué visiones no tuvo entonces el joven apasionado de la democracia americana?

El resto de las impresiones parisienses de Alberdi son por demás inocentes y pudieran ser las de cualquier estudiante en vacaciones. Visita hoy la tumba de Santa Genoveva, sita en la iglesia Saint Etienne du Mont, a espaldas del Panteón. Describe el reposorio eterno de la patrona de París y no deja de anotar, con galicismo y todo, un voto significativo para el abogado: "Por el *suceso* (sic) de un pleito, 1811". Se le escapa, en cambio, que allí no

(4) De Aragot hablará nuevamente cuando visite el Instituto de Francia.

más, a la diestra y siniestra del altar mayor, están enterrados, según lo advierten sendos letreros, Pascal y Racine.

Pero ¿qué importan estas minucias? Sí, algo importan. Un poquillo de trascendencia hay en los tales detalles para quien se proponga representarse a Alberdi, no ya como un personaje de frío empaque sin comunes expansiones, sino en la humana condición de hombre que sufre y ama a semejanza de cualquiera. Los historiadores de Sud América han levantado un Olimpo de dioses y semidioses tan inconsistente, contradictorio y vano como el de la antigua teodicea. Al menor enfoque de luz las nubes se disipan y la realidad se muestra desnuda. Y no hay dios que no tambalee y pierda su divina envoltura cuando se le aplica la crítica histórica, severa, metódica, impersonal. Hombres, hombres de carne y hueso resultan entonces, con un tumulto pasional dentro de ellos, con grandes virtudes y tremendas fallas morales.

Es verdad que Alberdi no ha sido divinizado a semejanza de algunos de sus enemigos tradicionales. Pero aun así y todo, cuando se habla del autor de las *"Bases"* la silueta grave, un tanto académica del escritor de derecho público, aleja la posibilidad de representarnos al hombre de maneras sencillas

que concurre al café (5) o que, en el teatro, se prenda de los ojos bellísimos de una artista... ¿En dónde? No es en la Opera de París en donde lleva vistas tres obras, *"Los Hugonotes"*, *"La Stradella"* y *"El Barbero"*, sino en el teatro Francés. Se representaba cierta pieza de Moliére, cuyo título extrañamente omite en la libreta de apuntes. ¿Tan fuerte ha sido la impresión que le ha causado Rachel? "Vi a la Rachel — escribe; — esta mujer es joven, bella, de ojos negros, tristes, de una mirada ardiente; me recuerdan a los de Marta, (6) o a los de Narvaja. Interesa tanto como mujer cuanto como actriz: es admirable, sin duda, bajo este último aspecto. La frente es bella, vista de lleno; de perfil, no: las cejas horizontales y renegridas".

Imposible pasar adelante sin darle la importancia que tienen en la vida de Alberdi estos ojos negros y tristes, esta mirada ardiente... ¿Sería de Marta de quien más recordaba y se conmovía en los lugares de *La Nueva Heloísa?* Algún día, cuando el historiador no tenga reparos para penetrar en la

(5) "Al pasar por delante del "Café de París", encontramos dos hombres de mediana talla, otro de muy alta.— Vaya, vaya, me dijo Guerrico, ahí tiene usted al tan deseado Dumas. Al punto contramarchamos sobre sus pasos: era cosa de seguirlo y examinarlo, etc., "Escritos póstumos", XV, pág. 873.

(6) Una niña de Tucumán, según advierte el editor de los "Escritos póstumos".

intimidad de los hombres ilustres, se sabrá quién fué la bella cuya dulce imagen le acompañara a lo largo de su existencia de solitario. Sobran los indicios para descubrirla. Tengo a la vista la carta que su entrañable amigo Marco M. de Avellaneda, el mártir de Metán, le escribiera desde Tucumán el 30 de junio de 1836, cuando Alberdi todavía se hallaba en Buenos Aires. Es por demás sugestiva para no comentarla: "Ha sufrido mucho X... con la noticia de su matrimonio. La visité un día, y como siempre sucede, fué usted el asunto de la conversación. En medio de ella la oí exclamar dolorosamente: "¡Ya no volverá más!" Sostuve lo contrario a capa y espada, apoyándome en sus cartas y en nuestras conversaciones secretas; y logré al fin hacer brillar en su rostro la sonrisa de la esperanza. Ella me debe un momento de felicidad" (7).

Hay, fuera de toda duda, una intriga amorosa que se presta a ser desenredada con el método y la suspicacia que sabía poner Emile Faguet en sus "*Amores de hombres de letras*"... X... habríase alarmado ante la noticia del posible casamiento de Alberdi en Buenos Aires, en donde el galán reinaba con su palabra suave y con su piano. De ahí los buenos oficios de Avellaneda, pródigo en consue-

(7) "Escritos póstumos", XV, pág. 868.

los, y la respuesta sentimental de Alberdi con el minué que intitulara *"El llorar de una bella"*. Luego sobrevino lo irreparable: la emigración, los viajes, la ausencia que se prolongaría, — ¿quién puede saber cuándo retornará el que se marcha? — cuarenta años de variada fortuna... Y lo que dijera la voz de la amada: "¡Ya no volverá más!" resultó voz de profeta... ¿Qué fué de ella, entretanto, mientras él vagaba por el mundo entero?

En el trance de seguir abriendo interrogantes, harto se justificaría otro: ¿quién sabe si la tristeza de Alberdi no se debe en buena parte a ese episodio de la mocedad? Atribuir tan sólo la amargura al destierro y a la prolongada abstención política, equivale a disminuir sobremanera al hombre de corazón que hubo en él. La psicología de Alberdi dista mucho de ser la de Sarmiento o la de Mitre. Alberdi es calmo de maneras, gusta del reposo físico tanto como de la tranquilidad interior, porque sin ambos el amor de las ideas no es posible. Fáltale, en consecuencia, lo que les sobra a sus dos adversarios, la voluntad de dominio, el amor del poder. Se ha dicho, con algún ingenio, que el amor del poder se confunde con el amor de independencia. Los espíritus tenaces y rebeldes, poco o nada afectos a obedecer, buscan la libertad personal en la imposición del mando a los demás. Quieren man-

dar para no ser mandados. Alberdi, sin ese estímulo de prepotencia, se queda atrás en el camino de la ambición política. Todos le pasan, hasta el último intrigante palaciego.

Nada de lo dicho pretende negar esa otra melancolía que viene de la nostalgia, abatimiento moral que los ingleses distinguen con un vocablo muy expresivo: *homesick.* El país, la casa, los amigos, los amores, todo ello concurre a formar el tejido sutil de la nostalgia. Alberdi sintióla con mayor intensidad, si cabe, en aquel su primer viaje por los países europeos. Una indisposición física cualquiera le sumerge en desmoralizantes meditaciones: "Hoy he convalecido de una enfermedad gástrica de tres días. No he carecido de asistencia; sin embargo, he recordado mucho mi país". Cuando asoma este pensamiento, todo lo demás se borra o destiñe. En compañía de Gutiérrez ha pasado un día agradable en Versalles, y ha sabido regalarse audiciones musicales en la Sala Vivienne. Empero, la tristeza le asesta rudos golpes: "Yo me siento aburrido y triste en París. Pienso con placer en el mar. Me he enflaquecido mucho; pero aun no estoy como en América". Los primeros fríos de octubre han tornado gris el paisaje hasta ayer esplendente. La ciudad cambia de fisonomía. Alberdi determina marcharse: "Dentro de cuatro días me voy de París a

El Havre, donde debo tomar pasaje para América. ¡Cuánto suspiro por verme en aquellos países! ¡Qué bella es la América! ¡Qué consoladora! ¡Qué dulce! Ahora lo conozco, ahora que he conocido estos países de infierno, estos pueblos de egoísmo, de insensibilidad, de vicio dorado y prostitución titulada". Vuelve su tierna mirada al Río de la Plata, y la Argentina, con Rosas y su escuela de crímenes, se le presenta como una Arcadia... "Valemos mucho y no lo conocemos; damos más valor a la Europa que el que merece".

Así habla el hombre que sufre y así se consuela. No es la suya, por lo demás, una situación capaz de justificar optimismos de ningún género. Sin dinero — se le ha dado un pasaje que deberá pagar en Río de Janeiro — formula, ya en El Havre, desesperados interrogantes. "Mis dudas y temores sobre mi destino en América me ocupan cruelmente el espíritu — escribe el 28 de octubre. — ¿A dónde iré? ¿A Montevideo? ¿Y si no está concluído el sitio? ¿Con qué subsistiré? ¿Hallaré trabajo? ¿Iré a Chile? Tendré que practicar dos años de derecho allí para ser abogado; y después de esto, que buscar clientes, que hacerme carrera, etcétera. ¿Con qué viviré en los primeros meses? ¿Volveré a ser periodista? ¡Perspectiva horrible!" El emigrado habla un lenguaje que no se diferencia del que pu-

diera usar un inmigrante, pues una y otra cosa llegó a ser. "¿Hallaré trabajo? ¿Con qué subsistiré?" Adviértase que ha dejado para el último el interrogante que le infunde más horror: "¿Volveré a ser periodista?". La sola idea de tornar a serlo le trae a la mente el recuerdo de la prensa brava de Sud América y de las escandalosas discordias a que se entregaran entre si los emigrados argentinos residentes en Montevideo (8). Pero, después de todo, como buen peregrino, reacciona ante el dolor y le hace frente a la adversidad: "He aquí mis dudas. Pues a pesar de ellas, como, paseo, me río, duermo, y digo: ¡Adelante! ¡Al Janeiro! Allí veremos lo que hemos de hacer. Poca deliberación".

Poco después, desde la cubierta de la "Paulina", desdeñosamente mira perderse en el horizonte las

---

(8) "Chile me lisonjea por más de una circunstancia. El clima, los amigos, la novedad de los usos y costumbres, la falta de rivales y antagonistas para mí; mis amargos conflictos de Montevideo, con respecto a ciertas cosas y personas, de que me libra". "Escritos póstumos", XV, pág. 893. Los cambios de humor son muy frecuentes en Alberdi: el optimismo de hoy es el pesimismo de mañana. Ya en la "Paulina", próximo a Río de Janeiro, escribe melancólicamente: "¡Qué suerte la mía! A los treinta años de edad, después de tanto preparativo, de tanto ruido, de tanto negocio: pobre, viniendo de Europa a América, sin saber a qué destino, como uno de los muchos parias que vienen a buscar fortuna y colocación".

costas de Francia. No sabe todavía que a esa tierra vuelve siempre el que se va... "Nada encuentro comparable a la tibieza con que ví desaparecer las costas de Francia: el viento estaba fresco y húmedo, y bajé de cubierta sin siquiera dar una última vista a las alturas de los faros y de Ingouville, que era lo único que se divisaba desde algunas horas". De esta guisa se marcha, con el ánimo ahora levantado. La esperanza vuela a su izquierda, como en los poemas homéricos solían hacerlo las águilas a la vera de los héroes protegidos de los dioses inmortales...

ROSAS EN LONDRES

FUERA del relato auténtico que figura en los *"Escritos póstumos"*, de Alberdi, tomo XVI, han corrido dos versiones sobre la entrevista que en Londres celebrara el autor de las *"Bases"* con don Juan Manuel de Rosas. La primera de dichas versiones es de don Pastor S. Obligado; la segunda ha sido recientemente atribuída a don Marco Avellaneda. Una y otra coinciden en general y sólo difieren en algunos detalles de muy poca monta.

LA VERSION DE OBLIGADO

Alberdi hallábase una mañana en Londres ocupado en la preparación del memorándum que en su carácter de enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de la Confederación Argentina debía presentarle a lord Clarendon, cuando le fué anunciada la visita de don Juan Manuel de Rosas. Es

de suponer la impresión de estupor que en el ánimo de Alberdi produjera la simple enunciación de aquel apellido. ¿Atrevíase Rosas a llamar a la puerta de quien había sido uno de sus más implacables enemigos, en Montevideo primero, en Chile después? ¿Qué motivos podían inducirle a dar ese paso? Vencido el efecto de la sorpresa, hizo pasar al visitante.

Rosas, sobre quien la ceniza del tiempo había caído ya, saludóle con familiaridad y llaneza. Sin valerse de enojosos preámbulos fué directamente al objetivo de la visita: la mala situación económica que por entonces pasaba.

—¡Cómo! ¿Tan pobre se encuentra usted? —inquirió Alberdi con la sorpresa que volvió a subir de punto.

De seguida Rosas pasó a relatar sus últimos infortunios. La suerte parecía querer ensañarse con él en el momento que más necesitaba de ella: en la hora tardecina de la vida. Lo poco que tenía habíalo perdido. Y hasta la chacra de Southampton, en la que trabajaba como agricultor, un incendio acababa de arrasarla.

Ante tan minucioso relato de infortunios, Alberdi pensó en aquellos baúles cargados de oro que, según público consenso, Rosas hiciera embarcar el día de la derrota de Caseros.

—Entonces, los baúles llenos de oro... — arriesgó Alberdi.

—Es una leyenda, una de las tantas que me regalaran los unitarios — replicó Rosas. — De haber sido ello verdad, no me encontraría en este trance...

LA VERSION DE AVELLANEDA

Después de cuarenta años de ausencia tornó Alberdi a Buenos Aires. Viejo y pobre, y algo mucho más grave aun, sintiéndose extranjero en la patria, debió aposentarse en una modesta casa de pensión sita en la esquina de Alsina y Chacabuco. De tantos amigos, muertos o alejados, uno, sin embargo, le permanecía fiel: don Marco Avellaneda, quien solía visitarle todas las tardes. ¿De qué hablan los ancianos sino del pasado? Lo que han sido, visto o sufrido teje la tela sutil de las añoranzas. De recuerdo en recuerdo llegaron una vez al de Rosas.

—¿Conoció usted a Rosas? — preguntó vivamente interesado el señor Avellaneda.

Alberdi pasó a relatar en qué circunstancias llevóse a término el encuentro. Disponíase a sus tareas matinales cuando le anunciaron la visita de un caballero que penetró sin dar previamente su nombre. El desconocido dijo ser argentino y como habíase enterado de la llegada a Londres de un mi-

nistro plenipotenciario de su país, iba a ofrecerle, con el debido respeto, sus incondicionales servicios. Alberdi contestó agradecido, y expresó en seguida que no le era posible aceptar ese ofrecimiento porque el gobierno de la Confederación no le giraba fondos para empleados.

—Por esa causa, yo aquí lo soy todo: ministro, secretario, canciller — agregó Alberdi.

El desconocido no se amilanó ante tal negativa.

—No importa — respondió. — Como yo cuento con medios de vida y deseo servir a la patria, me pondré a sus órdenes sin condición. Vendré de mañana, y como tengo letra clara usted podrá dictarme todos los escritos que quiera... Ahora me limitaré a dejarle mi nombre...

De manera resuelta cogió la pluma, y ante el asombro de Alberdi, escribió con pulso firme: Juan Manuel de Rosas.

Cuanto se acaba de leer dista mucho de lo que el propio Alberdi consigna en sus apuntaciones de viaje. No hubo tal visita inesperada, ni tal ofrecimiento de servicios gratuitos, y mucho menos el golpe de teatro de la firma. Tanto la versión de Obligado como la atribuída a Avellaneda, no se ajustan a la verdad. Trátase de dos fantasías, inocentes, desde luego, ya que a nadie ofenden, pero

que se deben denunciar como invenciones novelescas.

Lo menos que exige el modesto lector de historia es veracidad en los relatos, probidad en la información y, finalmente, que no se trastruequen los géneros.

EL TESTIMONIO DE ALBERDI

En Londres, el 18 de octubre de 1857, de una manera harto esquemática y zurda por momentos, Alberdi escribe lo que sigue: "Anoche conocí a Rosas. Consentí en encontrarme con él en casa de Mr. Dickson, por sus actuales circunstancias. Procesado sin discernimiento, ni derecho, quise protestar en cierto modo contra eso, tratándole. Su actitud respetuosa a la Nación y a su gobierno nacional, me han hecho menos receloso hacia él. Hablaba en inglés con las damas cuando yo entré. El señor Dickson nos presentó, y me dió la mano con palabras corteses. Poco después me habló aparte, sentándonos en sillas puestas por él ambas. Me encargó de asegurar al general Urquiza la verdad de lo que me decía como a su representante en estas cortes: "que estaba intensamente reconocido por su conducta recta y justa hacia él; que si algo poseía hoy para vivir, a él se lo debía".

Refiere luego la impresión que le causa la persona de Rosas. Al mirarle, viejo ya — andaba por los sesenta y cuatro años — hace amargas meditaciones sobre la capacidad que los pueblos tienen para soportar a los déspotas. "Al ver su figura toda — prosigue — le hallé menos culpable a él que a Buenos Aires por su dominación, porque es la de uno de esos locos y medianos hombres en que abunda Buenos Aires, deliberados, audaces para la acción y poco juiciosos. Buenos Aires es el que pierde de concepto a los ojos del que ve a Rosas de cerca. ¿Cómo ha podido este hombre dominar ese pueblo a tanto extremo? — es lo que uno se repite dentro de sí al conocerle".

El párrafo transcripto no sólo revela al escritor desaliñado, sino al psicólogo superficial. Bien poca cosa son los grandes, en efecto, cuando caen... Que se le quiten, además, los prestigios con que las multitudes sugestionadas coronan a los que mandan, y el hombre, aun el más talludo, tornará a confundirse en el nivel igualitario. Pero no es en el infortunio ni en la hora mísera de la decadencia intelectual y moral que se debe juzgar a nadie.

Las restantes observaciones de Alberdi son de escaso interés. Llamóle la atención la locuacidad de Rosas: "Habló mucho. Habla inglés, mal, pero sin detenerse, con facilidad... Después de la mesa,

cuando se alejaron las señoras, habló mucho de política: casi siempre se dirigió a mí, y varias veces vino a mi lado. Me llamaba señor ministro y a veces paisano; otras por mi nombre".

Después de la política y de las pretensiones que Buenos Aires tenía para juzgarlo, Rosas tocó otros temas menudos: "Habló mucho de caballos, de perros (1), de sus simpatías por la vida inglesa, de su pobreza actual, de sus economías, de su caballo y de los caballos ingleses". La variedad de los temas hacían de él un hombre entretenido. Agréguese a ello una cierta distinción: "No es ordinario. Está bien en sociedad. Tiene la fácil y suelta expedición de un hombre acostumbrado a ver desde lo alto el mundo. Y, sin embargo, no es fanfarrón, ni arrogante, tal vez por eso mismo, como sucede con los lores de Inglaterra, las más suaves y amables gentes de este país". Incuestionable debía de ser el don de simpatía, en quien, viejo y pobre, ejercía ese dominio en quienes lo rodeaban:

(1) Al llegar Alberdi a Inglaterra en julio de 1855, trabó relación con Mr. Jackson, antiguo cónsul argentino en Liverpool, caballero de natural expansivo que no tardó en hacerle varias confidencias acerca de Rosas. Según Mr. Jackson, Rosas "aplaudía los ferrocarriles" aunque prefería "un coche con cuatro caballos". Además, "estaba quejoso de Manuelita, que le prometió no casarse y lo ha hecho, "abandonándolo en el destierro". Pero la indiscreción más picante del inglés sería ésta: que Rosas "no se ocupaba ni gustaba sino de mujeres y de vacas".

"Estaba cano. No tenía bigotes ni patillas. No estaba bien vestido: no tenía ropa en Londres. Ha venido por quince días a imprimir y publicar su "*Protesta*". Me dijo que no había sacado plata de Buenos Aires; pero sí todos sus papeles históricos, en cuya autoridad descansaba". Alberdi consigna, finalmente, el trato gentil de Rosas para con su persona: "Después de Balcarce, ningún "porteño" en Europa me ha tratado mejor que Rosas, anoche, como a representante de la Confederación Argentina" (2).

UNA DUDA DEL SEÑOR GROUSSAC

El señor Groussac (*Estudios de Historia Argentina,* pág. 277, nota) pone en duda que Rosas hablase inglés. "Confróntese, dice, la curiosa carta de Guerrero y Vergara (1866), reproducida en Zinny, "*Historia de los gobernadores*": "Desconoce (Rosas) el idioma inglés, que no ha aprendido en trece años de residencia en Inglaterra"... La afirmación de Guerrero y Vergara no puede ser más antagónica con la que se acaba de leer de Alberdi. Sin embargo, habrá que inclinarse por una u otra. ¿En qué idioma, sino en inglés, podría expresarse Rosas

---

(2) "Escritos póstumos de Alberdi". T. XVI, páginas 555 a 559.

en la casa del inglés Dickson? No dice Alberdi que Mr. Dickson hablara o entendiera el español. Pero aun así y todo, ¿qué interés podría tener Alberdi en concederle a Rosas lo que Guerrero y Vergara le niega?

El señor Groussac tampoco le admite a Alberdi la necesaria idoneidad para apreciar si Rosas se expresaba bien o mal: "En sus apuntes de Londres (los apuntes de Alberdi, se sobreentiende) consigna, en octubre de 1857, que "había aprendido un poco de inglés". Pero antes nos había dicho que "Rosas habla inglés, mal, pero sin detenerse, con facilidad". ¿Cómo pudo comprobar esta aptitud políglota del estanciero de Cerrillos, a los sesenta y tantos años?" La observación es más efectista que real, pues hay personas que sin hablar ellas mismas un idioma lo leen y entienden sin esfuerzo. Pues si un hombre entiende lo que otro le dice, ¿cómo no ha de advertir si lo dice bien o mal? Hay un detalle que el señor Groussac, cosa extraña, no menciona, y que me inclina a dudar como él. Casi un año después, el 28 de junio de 1858, al relatar Alberdi su entrevista con la reina Victoria, escribe: "Pronuncié unas palabras y puse en sus manos la carta. Ella la admitió con gracia: *"me hizo no sè qué preguntas amables,* con gesto risueño, a las que contesté con cortesía más "bien que

con palabras". La opinión de Alberdi sobre el inglés de Rosas debía de ser, en consecuencia, de segunda mano...

Acaso me haya detenido más de la cuenta con esta lectura. Pero la confrontación de textos era ineludible. En todo caso, no caben dudas ya acerca del afán novelesco de algunos escritores de historia. Tan poco razonable es el tal afán, que lleva, a quienes le obedecen, por el camino de una nueva y fantasmagórica historia. Será menester defenderse. ¿Cómo? Recurriendo a las fuentes y mirando muy de soslayo a los comentadores...

EL INGLES DE ROSAS

EL doctor Carlos Ibarguren, cuya versación en asuntos históricos es tan notoria como brillante, tuvo a bien aportar nuevas luces sobre el punto debatido en el estudio anterior. He aquí la palabra del autor de "Manuelita Rosas":

"Acabo de leer en "La Prensa" de hoy (1), un interesante artículo del señor Ricardo Sáenz Hayes, titulado: "La entrevista de Alberdi con Rosas en Londres", en el que se relatan las diversas versiones trasmitidas por la tradición oral acerca de tal hecho y se transcribe la anotación de Alberdi con motivo de esa entrevista.

"Las versiones atribuídas a los señores Obligado y Avellaneda no reflejan la verdad histórica. Alberdi conoció a Rosas en casa del señor Dickson, "antiguo amigo fiel y persona muy respetable", dice aquél en carta íntima dirigida a doña Pepita Gómez. En esa visita, el doctor Alberdi expresó a Rosas "palabras para mí honrosas que me dirigió por su órgano el excelentísimo señor general Justo José de Urquiza. Le contesté con la expresión más pura de mi corazón, perdurablemente agradecido". (Carta de Rosas a Josefa Gómez de 7 de mayo de 1858).

---

(1) En "La Prensa" del 25 de octubre de 1925.

"El distinguido escritor señor Sáenz Hayes, pone en duda, compartiendo la opinión de Groussac, el hecho de que Rosas conociera el idioma inglés. El tirano sabía inglés y lo hablaba, si bien incorrectamente. Refiriéndose a la publicación del señor Guerrero — que fué reproducida por Zinny en la *"Historia de los gobernadores"*, y es citada por Groussac — Rosas, en carta de 20 de septiembre de 1866, se hace cargo de la manifestación del señor Guerrero, de que no había aprendido el inglés, a pesar de 13 años de residencia en Inglaterra, y dice: "Si en los años que vivo en este país no supiera hablar y escribir algo, aunque sea muy mal, el inglés, no podría entenderme con los peones, ni con los trabajos correspondientes a esta chacra, donde no ha habido, ni hay una sola persona que hable ni escriba español".

"Creo que estos datos documentados aclaran por completo los hechos a que se refiere el señor Sáenz Hayes en su interesante artículo".

Contesté a la valiosa salvedad del doctor Ibarguren con la página que sigue:

"En mi artículo titulado *"La entrevista de Alberdi con Rosas en Londres"* me propuse poner en evidencia, en un paréntesis a mis ocupaciones habituales, cómo la historia evoluciona hacia la novela cuando se descuidan las veraces fuentes de información. Era realmente extraño — extraño y triste a la vez — que Rosas fuera a implorar la caridad de quien había sido uno de sus más virulentos adversarios. El gesto de Urquiza, al socorrerle, se explica de muy otra manera por los sinceros vínculos de amistad que le unieron con aquél antes y después de la tiranía.

"En punto al inglés de Rosas, creí oportuno traer el recuerdo del señor Groussac. La carta del caballero chileno Guerrero y Vergara se prestaba a maravilla para desmentir a Alberdi. Si después de su visita afirmaba Guerrero y Vergara que Rosas, a la vuelta de 13 años de residencia en Inglaterra, ignoraba el inglés, ¿cómo podía sostener Alberdi que lo hablaba mal "pero sin detenerse, con facilidad"?

"Yo no he puesto en duda que Rosas hablase inglés. Antes al contrario, en mi artículo formulaba este interrogante: "¿En qué idioma, sino en inglés, podría expresarse Rosas en la casa del inglés Dickson? No dice Alberdi que Mr. Dickson hablara o entendiera el español. Pero aun así y todo, ¿qué interés podría tener Alberdi en concederle a Rosas lo que Guerrero y Vergara le niega?" La detenida lectura de la carta del chileno, inserta por Zinny (*"Historia de los Gobernadores"*, tomo II, páginas 178 a 183, reedición de 1920), es sugerente por todo extremo. Nos muestra, en primer término, la soledad en que vive Rosas a tres millas de la ciudad de Southampton. La sirvienta es inglesa, el cura católico que le visita es inglés, el doctor Wibblin, su médico y amigo, es inglés, e ingleses, finalmente, los peones de la chacra con quienes Rosas trata diariamente. Nadie hablaba español en rededor suyo. El

mismo Guerrero y Vergara dice: "Este hombre extraordinario vive completamente aislado; jamás permite que se le vea, ni aun su hija doña Manuela Rosas, que sólo puede visitarlo una vez al año". ¿Cómo dudar de que en tales condiciones Rosas tenía que hablar forzosamente el inglés, aunque mal, pero lo necesario para hacerse entender? A este respecto la carta de Rosas que el doctor Ibarguren recordara ayer posee, para mí, una gran fuerza persuasiva: "Si en los años que vivo en este país no supiera hablar y escribir algo, aunque sea mal, el inglés, no podría entenderme con los peones, etc."

"Podría extenderme con las abundantes contradicciones de Guerrero y Vergara; pero me abstengo de ello para no alargar demasiado esta nota explicativa. No olvidaré, sin embargo, el donairoso remedo que hace del inglés de Rosas cuando éste llamara a la doméstica para preguntarle cuántas liebres y faisanes habíale regalado el año anterior lord Palmerston:

—*¿Qué me sed year pasado lord Viscount Palmerston?*

La criada respondió sin vacilar, con lo cual demostraba estar muy familiarizada con esa bilingüe manera de expresión. Cabe decir ahora que si de tal guisa hablaba Rosas en la casa de Mr. Dickson, el juicio de Alberdi resultaba harto benévolo... Me

inclino a creer que Rosas hablaba un poco mejor que eso...

"Séame permitido recordar la parte final de mi artículo. Yo no he puesto en duda el inglés de Rosas, sino el de Alberdi, y así lo digo de manera expresa: "Hay un detalle que el señor Groussac, cosa extraña, no menciona, y que me inclina a dudar como él. Casi un año después, el 28 de junio de 1858, al relatar Alberdi su entrevista con la reina Victoria, escribe: "Pronuncié unas palabras y puse en sus manos la carta. Ella la admitió con gracia: *me hizo no sé qué preguntas amables,* con gesto risueño, etcétera". En este párrafo de Alberdi me pareció hallar una paladina confesión de su falta de práctica, por lo menos, de la lengua inglesa.

II

RIVADAVIA INTIMO (1)

I

Héroes y hombres — La intimidad. Cómo se llega hasta ella en el caso de Rivadavia — Su persona moral y física — La diferencia engendra odio — Las relaciones con su padre — Los primeros pasos y el primer enemigo: Moreno — Rasgos de jacobino y asomos de puritanismo — Alardes donjuanescos de Monteagudo — La vida errática: la escuela del mundo — Rivadavia en Londres: una visita a Bentham — Los perros de lord Byron — Rivadavia en París — El salón de Destutt de Tracy — El canto de las sirenas — Revelaciones de Silas W. Atkins — El regreso — Los sueños del soñador — El auge y el infortunio — La muerte en el destierro.

CON un dejo de reproche se ha dicho que los argentinos, cuando escriben la Historia, lo hacen con la idea preconcebida de tallar la efigie de un héroe. Darían muestras con ello no sólo de una imaginación excesiva sino de un juicio parcial que abulta

(1) Conferencia pronunciada en la Biblioteca del Jockey Club el 6 de Septiembre de 1926.

las líneas y deforma las perspectivas. De ser auténtico ese rasgo de nuestra idiosincrasia, lo miraríamos todo fuera de la realidad, como en pleno mundo de los sueños donde los hombres y las cosas sufren profundas trasmutaciones de esencia y de sentido. Seríamos fantásticos en la apreciación de lo nimio, estaríamos prontos a poner el revés en el derecho, a darle carácter a lo que no tiene, a magnificar lo que de suyo es vulgar y sin personería. Por el afán desmedido de hacer héroes seríamos orgánicamente inverídicos. Callaríamos lo malo, las humanas deficiencias que anidan en todo espíritu de mortal al no concebir que el prócer obedeciera a sentimientos no siempre nobles, puros, edificantes. Ah! no, el prócer es un ser amasado con pasta divina que respira el aliento de los dioses y cual ellos viene de lo alto a abrirnos derroteros de luz. De esa suerte la vida privada se torna un misterio insondable. Entre la vida privada y la acción pública media un abismo que no es dable franquear sin caer en la condenación de los divinizadores. Sin embargo, y esto sea dicho para que la pintura de nuestros defectos no peque de exagerada, la mayor parte de los rasgos enunciados son más universales que argentinos. Ya en su tiempo decía Montaigne: "Borran de la Historia que el más sabio y virtuoso de los hombres, Sócrates,

bailaba". Y Pascal, que tan de cerca siguiera las huellas del perigordano, amplió el mismo concepto: "Comunmente, observaba, suele imaginarse a Platón y Aristóteles con grandes togas y como graves personajes. Eran buenos sujetos que jaraneaban a la par de los demás en el seno de la amistad. Escribieron sus leyes y sus tratados de política para distraerse y divertirse. Esa era la parte menos filosófica de sus vidas. La más filosófica era vivir sencilla y tranquilamente".

Bien me sé que entre nosotros se han escrito historias hiperbólicas de modestos ciudadanos cuyas vidas y acciones distan mucho de armonizar con el tono alabancioso de los panegiristas. Pero aun así, con la incesante revisión de valores y gracias a los nuevos métodos de investigación, no es de temer que permanezcan erguidas las columnas y templetes que en cierta hora se levantaran con más fervor que discernimiento. La posteridad sabe hacer buena justicia distributiva. Sin el punto de mira errado del contemporáneo, casi siempre embanderado en favor de esto o en contra de aquello, establece las verdaderas jerarquías y hace posible el culto razonado de los hombres superiores.

Réstame decir ahora que he buscado en el tiempo, para consuelo y solaz, una figura grande de verdad, no de imaginación ni de antojo; magna en el pen-

samiento, en la acción y el dolor. Y aunque no estaría mal en la galería que Carlyle levantara, prefiero hacerla pasar ante vosotros de muy otra manera, sencilla y veraz, sin que en momento alguno pierda su aspecto humano y mortal.

II

TUVO intimidad Bernardino Rivadavia? La pregunta acaso parezca impertinente. ¿Qué hombre, en efecto, no la tiene? Hay quienes, sin embargo, carecen de ella. Insensibles y fríos, pasan por la vida sin inspirar odios ni amores porque ellos mismos ni aman ni odian. Por el contrario, los grandes emotivos con caudalosa vida interior, son los que irradian calor de simpatía o levantan al punto la resistencia de los caracteres opuestos. No disimulan ni se ocultan. Todo les denuncia. En la mirada, en el gesto, en el ademán, en el metal de la voz, revelan la efervescencia de sus almas. Son comunicativos por excelencia. Buscan a quien contarle sus cuitas y satisfacciones, y si por acaso les falta el confidente fidelísimo, recurren a la blanca silenciosa cuartilla. Mas entre nosotros, imbuídos de tradición española, se ha tenido por desdorosa indiscre-

ción el mezclar los gustos o asuntos que atañen a lo privado, con los de carácter público y volandero. Los diarios, las memorias, los epistolarios o vidas, como documentos de valor psicológico, según se acostumbra preparar y difundir en otros países, no abundan por estas tierras ni son todo lo satisfactorios que fueran de desear. Las contadas excepciones, breves unas, reticentes otras, nunca brindan el precioso valor de intimidad que se encuentra, verbigracia, en la *"Vida de Johnson"* de Boswell, en la *"Vida, Memorias y Cartas"* de Macaulay o en la *"Vida y Correspondencia"* de Taine.

En el caso de Rivadavia puede explicarse aquella su despreocupación para con esta suerte de relatos confidenciales que ayudan ciertamente a conocer un fondo moral, cuando no tienen la virtud de servir de alegato justificativo de los propios actos, siquiera de los más discutidos. Don Bernardino no es hombre de pluma. Lo poco que le confía a las cuartillas lo hace en circunstancias apremiantes: fundamentos de decretos, proclamas, mensajes presidenciales, cartas someras, amén del plañidero prólogo a los *"Viajes"* de Azara. La pluma es para él un instrumento de tortura. Huye de ella como de un grave peligro ya que no le sirve para traducir con nitidez, buen gusto relativo y soltura sus ideas

y sensaciones (1). Su prosa denuncia una cultura literaria nada densa por no decir nula. Lee poco, como la mayor parte de los hombres de acción, y sus obras predilectas, los *"Principios de Moral y Legislación"* de Bentham o el *"Catecismo Positivista"* de Comte, carecen de plasticidad verbal. Algunos, con todo, nos lo presentan como a lector apasionado de Chateaubriand. ¿Tiene en sus manos las páginas de *René* y de *"Les Natchez"?* ¿Se abisma en el *"Genio del Cristianismo"?* ¿Medita con el *"Ensayo sobre las Revoluciones"?* Es posible, pero lo que extraña es que su instrumento de expresión no mejorara al contacto de tan consumado colorista. Pero no le busquemos por este sendero. La crítica más digna de repudio es la que se complace en exigirle a los hombres lo contrario de lo que pueden dar de acuerdo con sus facultades propias.

---

(1) En carta de Rivadavia a don Domingo Olivera (Buenos Aires, noviembre 16 de 1822), le dice: "Sería de desear que cuanto antes nos excusase usted el escribir para comunicarnos, quitándonos de en medio la Cordillera". Y después, siempre con el propósito de justificar el desapego por las cartas le dirá al mismo amigo y colaborador: "...no me es posible escribir todo lo que deseo, tengo que ver, que oir, que hablar, etc., etc.". Esta misiva está fechada en Londres el 28 de noviembre de 1824. Puede verse en la obra "Don Domingo Olivera", por Ravelio Doardue, Buenos Aires, 1908. Tomo I, páginas 160 y 176.

Rivadavia no es un intelectual de vasta cultura y de estudios sistematizados. Aunque hijo de un abogado no tiene filiación universitaria a la manera de su hermano don Santiago. Truncos los estudios en el aula a poco de iniciados, debe completarlos, tarea árdua, entre las vicisitudes de una época sobre la cual se avecina la borrasca y los azares que corre todo el que lucha por abrirse un camino.

¿Qué relaciones tiene con su padre? ¿Cómo vive? No se requiere excesiva perspicacia para caer en la cuenta de que este padre no es de los que puede comprender a ese hijo. Es seguro que entre uno y otro hubieron desinteligencias fundamentales, quizás palabras de airado acento y hasta disputas acaloradas en lo que toca a los sucesos revolucionarios. Si se tiene presente el natural de don Benito, sus maneras rígidas, su orgullo ingénito, su altanería y españolísimos desplantes, propios de quien entendía servir al Rey con inquebrantable amor, es lícito presumir en cuán desmedrado concepto tendría a su hijo no bien éste le comunicara la firme resolución de no togarse. ¿Qué iba a ser sin la nobleza y ascendiente que el título daba al poseedor? ¿En qué forma se distinguiría en la triste aldea que buenamente rendía vasallaje a esos los únicos títulos de la inteligencia? La mejor manera de acreditarse,

ya que el comercio, por mísero, a nadie enriquecía, era con el bufete de abogado. Mas para que ello fuera posible se imponían molestias y sacrificos que sólo una vocación firme y una disciplina formal vencerían sin vacilaciones: era menester salir de Buenos Aires, a ejemplo de Moreno y otros, y tomar la ruta de Chuquisaca para hundirse durante varios años en esa melancólica ciudad de clérigos y empleados.

III

RIVADAVIA tuvo de sí un alto concepto. Ya en los años de mocedad trasuntaba de su persona un airecillo de suficiencia, un empaque solemne en sus maneras y decires que desentonaban, sin duda alguna, en el ambiente aldeano de la colonia. Era un feo presuntuoso. El perverso que nunca falta aplicóle un mote: zapo, díjole uno. Zapo del diluvio, agregó otro. A lo cual una dama — la piedad es femenina — con ánimo de agradarle afirmó entusiasta: "No lo creo así, don Bernardino es un hombre precioso... y muy interesante!" (2). Quizás por ello cuidara de su persona hasta el punto de empolvarse con esmero el rostro moreno, de

(2) López. Historia de la Rep. Argentina. Tomo IX, página 75.

suerte que aquella blancura de artificio hacían resaltar los grandes ojos expresivos y los labios gruesos, rojos y sensuales. Gustaba de los atavíos en el indumento: el cuello, la pechera y los puños de fino encaje, el pañuelo carmesí en la manga de la casaca de terciopelo, espadín al cinto según correspondía a las personas de linaje, calzón corto y ceñido con cintas en las rodillas, medias albas, zapatos de charol reluciente con hebillas primorosas. Todo un *"dandy"*, a lo que parece, un émulo, aunque todavía sin noticias, de George Brummel el pontífice del *"dandysmo"*. Con esa pompa daba la sensación del fátuo que se mira y admira. A donde quiera que fuese, establecía al punto una diferencia sustancial entre él y los demás, con lo cual demostraba ser un mediano conocedor del alma humana. La arrogancia alarga el camino del que trae ambiciones, y la marcada diferencia engendra odios tenaces. Por el contrario, si esa diferencia se disimula u oculta — la mediocridad es rencorosa cuando la humillan — se forma un concurso de voluntades que allanan todas las asperezas y ello es así porque la mayoría gusta de los que se parecen a ella y se complace en pensar que triunfa cuando encumbra a uno de los suyos.

Yo no creo en las vidas paralelas que imaginara la fantasía generosa de Plutarco. Como tengo en

mi fondo atávico una fuerte propensión al fatalismo, creo más bien en las vidas perpendiculares. A donde quiera que se mire, en la selva rumorosa de la Historia o en el escenario más limitado de la existencia cotidiana, los hombres caen sobre los hombres como una perpendicular sobre una recta. La armonía es una magnífica palabra que embelleciera Leibnitz con su sistema de la armonía preestablecida del mundo; pero en realidad, lo que existe, es una desarmonía preestablecida, en el orbe y en los seres, un duelo universal de fuerzas contrarias, de ideas, de ideales, de escuelas, de principios, de aspiraciones, de caracteres y de razas. No escapa nada a esta ley. ¿Cómo habría de escapar quien, cual Rivadavia, asomaba con una personalidad que no se avenía con las normas comunes? No tendría que andar mucho para encontrarse con quien sabría cerrarle el paso. He nombrado a Mariano Moreno, el enemigo declarado, temible y agresivo, con el que nunca pudo andar en la venturosa compañía de las paralelas del simil que jamás se encuentran aunque se prolonguen.

Es posible que Moreno fuera uno de los muchos que se molestaban con la suficiencia solemne de don Bernardino y que sólo aguardara el momento propicio para hacerle sentir sus desprecios. ¿Qué era o qué podía ser Rivadavia para el culto letrado

de Chuquisaca que sabía de Montesquieu, de Mably, de Raynal y D'Aguesseau, que leía con ardor y traducía con frenesí el *"Contrato Social"* de Rousseau? ¿Qué había hecho, en fin de cuentas, el joven acicalado, qué obra escrita o exposición oral de principios que pudiera afrontar el paralelo con la recia doctrina de la *"Representación de los Hacendados"?* Moreno, acaso ofuscado con la pasión que le inspiraba su presunto rival, creía estar ante un valor negativo, sin reparar en que la personalidad de Rivadavia no había llegado a la plenitud y sin columbrar los cercanos acontecimientos que habrían de precipitar su sazón. Con la aldea española, monótona y refractaria a cuanto significara un desenvolvimiento individual progresivo, habríanse malogrado innúmeros caracteres, sin excluir el de Moreno (3).

---

(3) Ha dicho Ribot que los períodos más propios para la aparición de los verdaderos caracteres son los tiempos de una semi-civilización, como los primeros siglos de la República romana y los de la Edad Media o las épocas de perturbación como el Renacimiento Italiano, y, en general, todos los tiempos de revoluciones. (Ribot, La Psicología de los Sentimientos, Cap. XII).

Cabe recordar en qué forma calificaba el virrey del Perú, José de Abascal, a los hombres de Mayo: "hombres destinados por la Naturaleza para vegetar en la obscuridad y abatimiento". A lo que Moreno respondiera: "Es este el último extremo de una arrogancia insensata. Podemos contestar que el gobierno antiguo nos

Moreno y Rivadavia se encuentran frente a frente, no en una academia de letras ni en una logia secreta de conspiradores sino en un tribunal de justicia en donde el abogado explica sobradamente su presencia, mas no así el otro. ¿Qué hace allí don Bernardino? El que no quisiera graduarse de abogado no tiene a menos defender asuntejos con el modesto título de apoderado. Y para su mal, tendría que defender a su cliente don Guillermo White, norteamericano natural de Boston, contra una demanda que le entablara don Mariano Moreno en representación de don Martín Bickam,socio de aquél. Es verdad que White, en la substanciación del proceso, llegó a expresarse en términos inusitados contra el comercio de Buenos Aires, diciendo, verbigracia, que se hallaba "en manos de unos animales distinguidos con el epicteto de comerciantes" (4). Moreno, que ardía por aplicarle a su enemigo el ansiado correctivo, no dejaría pasar sin réplica tamaña injuria, y dijo que no le extrañaba que un extranjero se expresara tan descomedidamente porque "cuatro mentecatos que se inclinaban

---

(4) Ricardo Levene. La Revolución de Mayo y Mariano Moreno. Tomo I, págs 85-86.

---

había condenado a vegetar en la obscuridad y abatimiento, etc. etc.". Ricardo Levene. La Revolución de Mayo y Mariano Moreno. Segunda edición. Tomo II, pág. 312.

ante él le habían hecho creer que era un grande hombre". Pero Moreno tampoco era de los que dan estocadas cortas. En pleno tribunal se iría a fondo para que no quedara un buen recuerdo de su mentecato. "Sírvase Vuestra Señoría fijar la vista sobre la conducta pública de este joven, dijo;—ya sostiene un estudio abierto, sin ser letrado, ya usurpa el aire de los sabios, sin haber frecuentado las aulas; unas veces aparece de Regidor que ha de durar pocos momentos; otras se presenta como comerciante acaudalado, de vastas negociaciones que ni entiende, ni tiene fondos suficientes para sostener; y todos esos papeles son triste efecto de la tenacidad con que afecta ser grande en todas las carreras, cuando en ninguna de ellas ha dado el primer paso" (5).

Nada se sabe sobre la actitud de Rivadavia ante esa violencia. ¿Contestó? ¿Guardó silencio? Que no hubo reconciliación ello es indudable ni aun en el trance de encontrarse ambos el 22 de Mayo de 1810 al tiempo de depositar en el Cabildo el mismo voto con el mismo anhelo (6). Tampoco modificó Moreno su pensar, con lo cual demostrara cuán

(5) López. Historia de la República Argentina. Tomo X, págs. 223 y siguientes.
(6) Andrés Lamas. Rivadavia, Su obra política y cultural. Cap. I.

tardo era en deponer cóleras y rencores. Vaya uno a saber si la implacable obstinación de hombre tan enérgico no habría sido capaz de malograr el destino de su rival. No es esta una vana conjetura si se tiene presente el alejamiento de Rivadavia de toda acción pública, hasta de las más modestas funciones, mientras el secretario de la Junta triunfaba y lo absorbía todo.

Hasta aquí la silueta de don Bernardino no asoma con perfiles acentuados. Pronto saldrá del período más angustioso de la juventud, el de los tanteos y probaturas, y el curso mismo de los acontecimientos se encargarán de destacarle. Todo es obra de las circunstancias y de la hora en que se debe actuar. El poder es la prueba del fuego. Allí no se improvisa, no se simula, no se triunfa sin aptitudes superiores. El poder dilata la personalidad del genuíno hombre de estado y sepulta en el ridículo a quienes logran alcanzar la cima sin la altura intelectual y moral necesarias. Ya demostraría de lo que era capaz su energía cuando le hicieran un lugar en el Triunvirato. Que alguien atentara contra la estabilidad del gobierno, así fuera Pueyrredón, su colega y amigo, y le pondría a raya como a un oficial subalterno (7). Y ¡guay! de quienes a la som-

---

(7) Andrés Lamas. Op. cit. Cap. V, pág. 132. Edición de "La Cultura Argentina".

bra sigilosa de la conspiración alimentaran el propósito de anular la voluntad de Mayo. Las cabezas de los ajusticiados, sin distinción de clases, la de Alzaga, la de fray José de las Animas, la del carretillero Francisco, penderían en la plaza de la Victoria como un símbolo trágico de la igualdad que se pregonaba.

De aquí no se sigue que fuera el suyo un temple de jacobino. Después de los castigos estaba pronto a la piedad (8). ¿Pensaba entonces en su padre español, vivo todavía y replegado en la dignidad de un silencio grande y doloroso? Es posible. Pero a mi nada me liberta de una sospecha que me trabaja el espíritu. Aunque sin pruebas fehacientes, yo no puedo admitir que el soberbio, el altanero, el fidelísimo don Benito, sin protesta viera correr sangre de españoles, y tanto más cuando el que la hiciera correr era su propio hijo.

Rivadavia dió muestras de ser capaz de ternuras y confidencias, bien que sus costumbres, eso si, fueran rígidas. Recuérdese sino la admonición que le hace llegar a Monteagudo con motivo de cierto artículo aparecido en la "Gaceta" y dedicado "A las Americanas del Sud". Monteagudo, cuyos alardes donjuanescos bien se conocen, les recomendaba

---

(8) La "Ley del Olvido" empezaba de este modo: "Ciudadanos, basta de sangre!"

a las mujeres hermosas, como medio seguro de estimular el patriotismo, que sólo se enamoraran de los adictos a la causa de la libertad. El consejo, a mi ver, era inocente, infantil acaso, bien que tales palabras en labios de Monteagudo podían traducirse de muy otra manera: siendo yo el más patriota, querría significar, las damas de Sud América tienen el compromiso de enamorarse de mi... Rivadavia, impregnado por entonces de puritanismo, habría hecho llamar a Monteagudo a su despacho para hablarle de este modo: "El gobierno no le ha dado a usted la poderosa voz de su imprenta para predicar la corrupción de los sátiros... No señor. El patriotismo debe ser puro... Nuestras damas merecen destinos más sublimes que ese de hacer patriotas provocando pasiones..." (9).

El punto es de los que se presta a ser discutido por los Monteagudos de todos los tiempos... Rivadavia no conocía todavía tierras forasteras. Estaba imbuído de las añejas ideas del honor castellano. Creía que el hombre, en el mundo, se debe a su país, y en su país a su familia. Por eso casó en plena juventud con doña Juana del Pino, hija del ex - virrey del Pino. En su condición de espo-

---

(9) López. Op. cit. T. IV, pág. 61. El artículo de Monteagudo puede leerse en la recopilación de sus "Escritos Políticos".

so fiel y de padre ejemplar, no es de extrañar que Monteagudo, célibe sin enmienda, infatigable trotamundos y asiduo lector, según se asevera, del Aretino, se le presentara como un personaje emparentado con el burlador de Tirso...

IV

CAMBIARIA después la idiosincrasia de don Bernardino? Si todo es cambio en la vida también cambiaría él, desde luego. Nada permanece inmutable. El tiempo es un artífice que se complace en hacernos y deshacernos de continuo, y nunca está contento con la forma que nos da. No somos hoy lo que fuímos ayer ni lo que hemos de ser mañana. Entre dolores y alegrías van pasando de prisa las edades con buen acopio de conocimientos, de sensaciones, de experiencia, aunque en la postrera rendición de cuentas se sale perdiendo cuanto se ha ganado...

Rivadavia tendrá que salir de Buenos Aires para transformarse en el hombre de estado que llegó a ser. "La vida es una peregrinación, dice Cervantes: quien no camina ¿qué sabe de ella? y quien no sabe de ella, por mucho talento que tenga ¿podrá hacer o hablar algo que nos interese?" En los viajes, la sabia escuela del mundo, Rivadavia se libertará de

su mentalidad colonial para tallarse una personalidad de rasgos europeos. Mas, ¡qué tiempos angustiosos aquellos para echarse a peregrinar! Del caos americano iba a caer entre la discordia de cien pueblos que no sólo ya no saben contra quien han de guerrear sino que ni atinan algunos de ellos con la forma de gobierno que más les conviene. Tras dura travesía llega al viejo continente llevando su siempre magnífico caudal de ilusiones. ¿Qué puerta hallará abierta en ese período en el que todo se sacude y cruje después de Waterloo? Es arriesgado hablar con ardor de libertad, de derechos, de independencia política absoluta. Es casi un crimen mentar las bondades de la República. Lo único que se tolera es una monarquía con visos de constitucional sin mayores garantías individuales pues las libertades prometidas por la Restauración legitimista en Francia van siendo abolidas unas tras otras hasta caer en los peores excesos del terrorismo blanco.

Aunque visionario sabe Rivadavia adonde va. En la confusión de aspiraciones y de ideales que dividen a Europa, el lejano viajero de Sud América logra orientarse. Irá primero a Inglaterra, tierra clásica de la libertad política, de la monarquía constitucional, del gobierno parlamentario, de los partidos orgánicos, de los derechos ciudadanos ina-

lienables. En ninguna parte mejor que en Londres podrá iniciar sus conversaciones sobre el gran tema de la independencia de las colonias hasta ayer españolas. ¡Cuántas emociones, a cual más honda, debieron embargarle el ánimo al encontrarse de improviso en la ya tentacular urbe londinense! Me lo represento en la plácida compañía de su buen amigo Manuel Belgrano paseando en las tardes neblinosas de marzo de 1815 por entre la abigarrada columna humana del Strand o a la vera del Thames, lúgubre y fantástico cuando cae la noche, desde London Bridge hasta la Casa del Parlamento donde acaso se detuvieran a contemplar, con religiosa unción, ese símbolo de la suprema autoridad inglesa y de la soberanía popular.

Dueño ya de si mismo y familiarizado con el ambiente, me lo figuro en la tarea de darle forma concreta a sus afanes. Para él las puertas no permanecen mucho tiempo cerradas. Se introduce en todas partes. Habla hoy con un político, mañana con un agente de negocios. Así, de uno en otro, llega al santuario de la filosofía utilitaria inglesa, a la casa de Jeremías Bentham. Cumple apreciar en todo lo que vale el don de simpatía de don Bernardino cuando se propone conquistar, como en este caso, a un espíritu huraño, fronterizo en la mi-

santropía. Hay en Bentham dos fuerzas antinómicas: en lo social y político aspira a darle al mundo una moral nueva y una tabla de principios liberales, pero en lo individual, en lo que a su persona atañe, gusta de la reclusión, de la preciosa intimidad que le brinda una casita solitaria y un número muy selecto de amigos incondicionales.

Rivadavia consigue que le admitan entre esos amigos. Bentham depone sus habituales reservas, y al estrecharle la mano lo hace como quien dice de corazón: *"This is your home"*. Y el *"home"* es silencioso, cálido, reconfortante. Ese silencio apenas se interrumpe con las campanadas del péndulo antiguo que da las horas con acento de misterio. En la biblioteca dialogan los dos amigos a la vera del fuego que amorosamente crepita. Y antes de que la noche descienda se levantan y salen a la quinta que la casa tiene frente a la abadía de Westminster.

¿Cómo se explican este encuentro y la sólida amistad que sellan el inglés y el argentino no bien se estrechan las manos? De ser Rivadavia, como de ordinario se le presenta, un espíritu lírico sin noción de la realidad ambiente, ¿cómo pudo conciliar su facundia imaginativa con el recio, frío y seco fondo moral de Bentham? Rivadavia tuvo,

desde luego, la visión poderosa y lejana, pero su sentido, en punto a iniciativas, fué profundamente práctico. Podrá adelantarse a su tiempo, mas cuanto imagina y proyecta son cosas realizables y útiles.

Don Bernardino visita a Bentham porque le admira como filósofo de la vida práctica. No buscamos lo que nos desagrada ni nos complacemos en la compañía de los seres que se oponen a nuestra ideología. Bentham y Rivadavia no sólo se estiman como maestro y discípulo sino que se parecen por modo extraordinario. El carácter de Bentham es el carácter inglés: una síntesis de entusiasmo y de cálculo, de filantropía y sequedad, de caridad y de dureza, sin el ardimiento, sin la espontaneidad, sin la comprensión lúcida y la gracia latinas. En un país como el nuestro, en el que todo está por hacer, Rivadavia considera que nos conviene el benthanismo, evangelio que puede resumirse de esta guisa: El principio único de las acciones humanas es el interés personal y la moral es la regularización del egoísmo. Pero el interés personal no se halla en obstinada oposición con el interés general; antes al contrario, el interés bien entendido armoniza con la justicia porque en el bienestar de cada uno tiene que reflejarse la imagen del bienestar de todos. Por este camino llega Bentham a la filan-

tropía y a la fórmula que la concreta: la mayor dicha para el mayor número (10).

Esos principios de bienestar colectivo cautivaron de seguida a quien como Rivadavia ya estaba inclinado a esa suerte de meditaciones acerca de la asistencia social, meditaciones que en él venían de antiguo, desde que leyera el *"Memorial"* del conde de Floridablanca (11). Sea esto recordado sin caer en la poco feliz imputación de López sobre la absoluta falta de originalidad de las reformas rivadavianas. Fuera de la ciencia pura, de los descubrimientos y aplicaciones científicas, la originalidad es cosa harto relativa. Las aparentes innovaciones de carácter político, económico y social, antes que la obra de un hombre son el producto de la experiencia acumulada de la Humanidad. Si nos dedicáramos a rastrear la paternidad de las ideas, nos perderíamos pronto en un dédalo de búsquedas tan inócuas como estériles. El propio Floridablanca

---

(10) La filosofía de Bentham está ampliamente explicada en "La Moral Inglesa Contemporánea" de José María Guyau.

(11) El famoso "Memorial" presentado ante Carlos III y repetido ante Carlos IV, en el cual Floridablanca hace renuncia de su Ministerio, está fechado en San Lorenzo el 10 de octubre de 1788.

Biblioteca de Autores Españoles. Madrid, 1912. Tomo 59. Obras del Conde de Floridablanca. Especialmente la pág. 321 y siguientes.

reconoce las sugestiones que le debe a Campomanes, Bentham no oculta lo que le ha tomado a Hume, a Priestly, a Helvecio y, sobre todo, a Epicuro, el supremo inspirador de la moral utilitaria.

Quien se proponga profundizar más en la atracción irresistible que sintieron entre sí estos dos espíritus, podrá consultar con provecho las *Memorias, Autobiografía y Correspondencia* de Bentham ordenada por Juan Bowring. Allí se afirma, (volumen X, página 500), que Bentham escribióle cierta vez a Rivadavia para recomendarle a un desterrado de la Revolución española, de apellido Cambronero, a fin de que lo tomara al servicio de la República Argentina. El tal Cambronero se contaba entre los más entusiastas corifeos de José Bonaparte. Rivadavia habría prometido hacer cuánto de él dependiera.

"De los personajes representativos de Sud América — escribe Mr. Bowring — Rivadavia era el hombre a quién Bentham miraba, *"the most higly"*, con la mayor consideración". De seguida agrega que Rivadavia dióse a la tarea de traducir las obras de Bentham al español sin que nunca vieran la luz. En el mismo volumen, página 513, hay una carta del filósofo escrita al tiempo de enviarle a Rivadavia un ejemplar de *"Emancipate your Colonies"*.

En dicho documento, rigurosamente inédito y que yo entiendo traducir por primera vez del inglés, se revelan las entonces preocupaciones monárquicas de Rivadavia. Bentham, con un tono no exento de nobleza, las combate: "Desea usted un rey para Buenos Aires y Chile... — le dice. — De ser ello así, mucho es lo que usted puede hacer. Mas ¿qué es lo que usted llevaría a término con un rey que fuese superior a lo que sin ninguno hacen los anglo-americanos? Los españoles tienen una razón para tener un rey; pero ustedes no tienen esa razón ni la han tenido nunca". Prosigue Bentham expresando su pensamiento con respecto a las colonias. Ha creído siempre que todas las colonias y dependnecias muy distantes de las metrópolis ocasionan molestias y perjuicios. Termina indicándole la conveniencia de traducir al español el ensayo antes señalado, con notas y comentarios pertinentes (12).

---

(12) "Memoirs of Jeremy Bentham, including Autobiographical Conversations and "Correspondence" by John Bowring. Edinburgo, 1842.

Mr. Bowring relata este picante episodio: "Cuando Rivadavia, el ministro de Buenos Aires, comió en su mesa, escupió en la alfombra según la no rara mala costumbre de los extranjeros. Levantóse Bentham, corrió al dormitorio y trajo un utensilio que colocó a los pies del visitante diciéndole: "Allí, señor, escupa allí". Op. cit. Vol. X, pág. 566. La anécdota no deja de extrañar cuando se tiene presente cuán acicalado de maneras era Rivadavia.

V

NADA más que con políticos, filósofos y banqueros se entiende Rivadavia en su larga estada europea? ¿No se acerca a los poetas, a los escritores, a los artistas? Bien es cierto que no ha ido a esto último, pero a nadie se le oculta que después de negociar en las cancillerías sobre asuntos áridos, las musas solazan al mortal que se avecina a ellas. Aunque sin mencionar el lugar ni la fecha, don Bernardino nos dice despectivamente que ha conocido a Byron. Debió ser en Londres, y en 1815, esto es, en uno de los más afligentes momentos de la vida de Byron, cuando el *"cant"* se proponía castigarle a causa de su matrimonio desgraciado. De seguro que por aquellos días el poeta de *"Childe Harold"* no estaría para recibir las visitas de un solemne personaje cuya idea obsesionante era la independencia de unas colonias ignoradas y lejanas. El aventurero político no había despertado todavía ni era dable presentir al futuro caudillo de la libertad de Grecia. Malhumorado y hosco, quizás le recibiera de mal talante y sin evitar que uno de sus lebreles se le echara encima.

La conjetura sobradamente se justifica con la declaración de don Bernardino: "Lo he visitado

una vez — dijo a los amigos que se lo requirieran — es algo más que un inglés, un inglés mal criado: vive, recibe y escribe con dos mastines a sus pies que al momento echan sus patas sobre los visitantes sin que el amo los reprima: como su vida es su poesía — monstruosa; — se inspira más en el genio de los animales fuertes y de las fieras que en el genio culto de los hombres ilustrados. Los ingleses lo admiran pero no lo quieren ni lo estiman" (13).

En la mente de don Bernardino, según se vé, no es un recuerdo grato el de Byron. En cambio, cálidas son las remembranzas que de París conserva. Es cierto que no ha estado allí como apremiado transeunte. De 1815 a 1820, salvo las dos no muy prolongadas estancias que hiciera en Inglaterra y España, se aposenta a orillas del Sena y despliega una doble actividad política y social que algún día se tendrá que escribir con el debido detenimiento. Sé que se instala en la rue de Luvois, calle lindera con la Biblioteca Nacional, a donde más de una vez recurriría, y punto propicio, a pocos pasos del teatro de los Italianos, a la sazón en boga, y en la vecindad del teatro Francés en cuya

(13) López. Op. cit. Vol. X, pág. 229.

sala sabría tomarle el gusto a *"Fedra"* y a *"Les Femmes Savantes"*.

¿Cómo se deslizan sus días en la ciudad de luz y atractivos? Es de figurarse lo que puede hacer en París un hombre joven de gustos selectos y maneras atildadas. Don Bernardino contaba por entonces treinta y cinco años. Sabíase poseedor de cualidades intelectuales que sin ser extraordinarias tampoco eran comunes en aquel tormentoso comienzo de siglo. Gustaba de la conversación para oirse y ser escuchado, rasgo de inmodestia que caracteriza a todo espíritu verdaderamente mundano. No habría de pasarse el pobre las largas y melancólicas horas muertas en la fría pieza del hotel, meditando, cual un sacerdote hindú en el perfeccionamiento de su escultura mortal. Si a todo ello se agrega que por circunstancias especiales viajaba sin la estimable compañía de la arrogante doña Juanita, se comprenderá ampliamente que buscara en la sociedad de los demás, el aliciente de la buena mesa y de la exquisita conversación.

Los salones elegantes de aquel tiempo eran los de Mme. Cabanis, Mme. Beugnot, Mlle. Clarke, Mme. Aubernon, la condesa de Argout, la casa del sabio Cuvier, y, sobre todo, la del filósofo Destutt de Tracy. ¿Quién le introdujo en la casa de Tracy? Acaso se debiera ello a alguna carta de Bentham

por los puntos de contacto que hay entre la filantropía del inglés y la del francés (14).

Rivadavia encuentra en el autor de la *"Ideología"* a un anciano de suma benevolencia, de maneras encantadorase y paternales. Se comunican ambos sus esperanzas y propósitos y se prendan mutuamente.

—¿Viene usted solo o acompañado? — inquiere minuciosamente M. de Tracy. ¿Está usted solo en París? ¿Muy solo? Ah, no, eso no. La soledad es mala consejera. El corazón se llena de amarga misantropía en la soledad. Venga, venga usted esta noche a mi salón. Conocerá usted a nuestro gran mundo, verá usted cómo le acogen las más deliciosas mujeres... Y después, claro está, como cumple a un marido virtuoso, tendrá usted tema para escribirle una larguísima carta a Misia Juanita, su mujer...

Don Bernardino concurre al salón que Tracy tenía en la rue d'Anjou, en las proximidades de los Campos Eliseos, y encuentra allí valores muy desiguales. Advierte, de entrada, la irresistible predis-

---

(14) Tracy concretó su "Ideología" con las siguientes ecuaciones: pensamiento = conocimiento = verdad: en lo moral: virtud = dicha = sentimiento de amar; en lo político: libertad = igualdad = filantropía. Las obras en las cuales desarrolla estas ecuaciones son: la "Ideología" (1801), la "Gramática" (1803), la "Lógica" 1805) y el "Tratado de la Voluntad" (1807).

posición a los juegos de palabras y los motes que los unos se aplican a los otros sin que escape el dueño de casa: Destutt de Tracy a quien apodan *Tétu* de Tracy... Las mujeres hermosas hechizan a don Bernardino. Sara Newton, nuera de Tracy, alabada como modelo de belleza británica, bien que *"un peu trop maigre"*, debió deslumbrarle con la gracia a la par que con el ingenio. Y Mme. Recamier, con su belleza un tanto fría y su sonrisa a flor de labios, tal como en el cuadro de David, haría alardes de coquetería desdeñosa para con Benjamín Constant, el más apasionado de sus cortejadores. Y Mme. de Stael, cuyo ardimiento de alma y volandera imaginación suplían la ausencia de primores físicos, con su palabra plástica esbozaría paisajes y perfiles humanos, evocaría sus andanzas y emociones: lagos escoceses a la hora tardecina del crepúsculo, despertares pirenaicos con albas de oro, noches plateadas de luna en el foro romano o en el golfo de Nápoles, toda la gama de las sensaciones de quien sabía admirar y amar peligrosamente... ¡Qué ambiente de asechanzas para el don Bernardino de la puritana reconvención a Monteagudo! Allí cantaban las sirenas sin que nadie se tapara los oídos para salvarse del temible,y delicioso encantamiento... Stendhal, que del amor conocía las desventuras más que la plenitud, dejaba

oír sus sarcasmos contra la mujer y el mundo. Constant decía cosas sútiles y analizaba el dolor con la penetración psicológica de que diera muestras en "*Adolfo*". Charles de Rémusat afectadamente disertaba sobre la filosofía de Bacon, Agustín de Thierry coloreaba episodios de la historia de Francia, mientras Lafayette, el héroe de ambos mundos, ágil todavía en su vejez florida, espiritual y galante como ninguno, se acercaba a contemplar la espalda desnuda de las señoras...

A instancias de Tracy, Don Bernardino volvió a ese salón y a otros no menos seductores. El tiempo empezó a trascurrir dulcemente sin que él mismo advirtiera cómo iban acumulándose los meses y los años: 1815, 16, 17, 18, 19... ¿Y Misia Juanita? ¿Qué hacía o pensaba entretanto la excelente y confiada Misia Juanita de un marido que no parecía dar señales de tornar al terruño? Cuidado, mucho cuidado con la mujer confiada! La más confiada de todas llega un día a desconfiar!

En las cartas de Silas Atkins he encontrado algunas huellas de inapreciable valor para un espíritu curioso e indiscreto. Atkins parece haber sido un buen amigo de Rivadavia según lo demuestran sus cartas escritas al desgaire, sin analogía ni sintaxis castellanas, como corresponde a un fiel súbdito de Su Majestad Británica. Para un ausente,

Atkins es el corresponsal acabado, pues todo lo cuenta con franqueza o malicia, lo público y lo privado, lo propio y lo ajeno. Ya en diciembre de 1816, cuando se han cumplido dos años de la partida de don Bernardino, Atkins empieza a comunicarle las primeras desazones de doña Juanita. "Mi amigo, le dice, nadie duda de su patriotismo, tampoco de que su patria carece de sus servicios aquí, a más de todo, la salud de su amable Juanita está atrasándose diariamente, sin consuelo, sin más remedio que su inmediata presencia; en una palabra, sus intereses y felicidad doméstica, llaman su regreso".

Bien se advierte que Atkins, por demás suspicaz, algo sabe. Las habladurías han llegado ya a sus oídos. Prefiere, sin embargo, insinuar suavemente, ponerle sobre aviso con palabras cordiales, no sea que el otro se le enoje y dé la callada por respuesta. Así se pasan cuatro años con indirectas que no conmueven al asiduo concurrente al salón de Desttut de Tracy, hasta que un buen día, en mayo de 1820, el obsecuente Atkins se determina a hablar como todavía no lo ha hecho. Es necesario que Rivadavia se embarque sin más dilaciones. "El más sagrado deber doméstico — le dice Atkins — lo llama a usted al seno de su familia. Su amable Juanita y tiernos hijos ya han padecido bastante. Reparo diariamente novedades de desconsuelo; te-

mo, voy a subrayar la frase, temo, fundado sobre ciertos recelos que es natural que la mujer tenga, hallándose sola tanto tiempo como ella se halla, no haya dejado de decir "que sus cartas tienen buenas palabras, pero quién sabe a lo que está él allí". Más evidentes y humanos no pueden ser los celos de doña Juanita. Cuanto se haga en el sentido de conformarla será vano. La duda ha entrado en su corazón y lo taladra día y noche...

El amigo Atkins irá más lejos todavía. "Muchos han venido que han conocido a usted — le dice — y no han dejado de hablar: aun creo que nada ha llegado a sus oídos, pero mi parecer es que ya dos meses a esta parte que recela y basta.." (15). No se puede ser más expresivo ni más sintético a un tiempo mismo. Don Bernardino aprecia en lo que valen las sugestiones de Atkins y comprende que ya es tiempo de decirle adiós a la beldad que supo poblarle de encantos la soledad...

VI

ESE viaje nos devuelve a Rivadavia convertido en estadista y en hombre de mundo. El espectáculo de la civilización europea, a pesar del trágico

(15) Documentos Históricos, publicados por Julio Peña. Buenos Aires, 1917, páginas 380-397 y siguientes.

resplandor de sus guerras y de sus crisis internas, le fecundan la mente, le dilatan la esperanza, le alargan la visión de un futuro venturoso para su pueblo. Va a convertirse en denodado sembrador. En períodos de tiempo angustiosamente breves, las iniciativas se suceden con el vértigo de los sueños. Acaso por ello, a cada innovación, el espíritu de rutina y la necedad ignara le tildan de soñador... Soñador el grande idealista, el recio constructor de las instituciones políticas y sociales! ¡Qué sueños los suyos!: el gobierno representativo, la prensa libre, el crédito público, la moneda sana, la Universidad, el colegio, los institutos literarios y científicos, la biblioteca pública, los sabios extranjeros, la dignificación de la mujer, el hospital para desvalidos, la cuna para los niños infortunados, la reforma religiosa, la organización de la victoria frente al enemigo, la ciudad inmensa, estética y sana, el canal y el puerto, los ganados y las mieses, los buques cargados de hombres y de productos, la inmigración y colonización de cien pueblos cultos y laboriosos que poblaran el desierto y le dieran al mundo una nación de cien millones de hombres libres...

¡Ah! el soñador impenitente no sabía, sin embargo, que los sueños, los más bellos y generosos, exigen duros afanes e imponen incruentas desa-

zones antes de convertirse en realidad. Ignoraba, en su magnífico candor, que los pueblos no siempre agradecen de inmediato a sus benefactores. Puro de alma y de intenciones, optimista intrépido, creía en la indefinida perfectibilidad humana... Quizás, más tarde, en la hora del desencanto, pensara, con la moral del escéptico, que el hombre pasa por la vida como las ilusiones por el espíritu. Sólo una cosa es segura: la caída.Si algo sube es para caer. Si algo brilla es para apagarse...

Rivadavia no escaparía a esa ley, la única que no se viola en nuestra existencia mortal. La barbarie del interior anarquizado sería más fuerte que su voluntad de orden, de unión y de paz. Los caudillos encontrarían en la bandera federal la buena sombra que diera abrigo a las aspiraciones más criminales y subalternas. ¿Qué habría de hacer en tales condiciones el primer presidente de los argentinos? ¿Quedarse en el poder para organizar la guerra con el interior? Ello habría valido tanto como ponerse al nivel de Bustos, de Ibarra, de López, de Quiroga. Prefirió la actitud más dolorosa y digna: despojarse de sus insignias con la misma altivez con que se ungiera de ellas. "Puede ser que hoy no se haga justicia a la nobleza y sinceridad de mis sentimientos, dijo, pero la espero algún día de la posteridad: la Historia me hará justicia". Mas

por entonces, de momento en momento, se hace imposible la vida en este suelo. El aire que se respira es deletéreo. Las rencillas de todo género y las traiciones de los amigos más íntimos abren el camino del destierro. Pero antes de partir quiere que lo escuchen: "No emponzoñeis mi vida haciéndome la injusticia de suponerme arredrado por los peligros o desanimado por los obstáculos" — dice con un acento incapaz de ocultar la más grande de las desesperaciones morales.

De nuevo en el mar, bajo su capa de peregrino se siente un *Childe Harold* de la ingratitud argentina. No lleva ahora a través del vasto mundo la ilusión de libertad que le animara en sus anteriores travesías oceánicas. Lleva la amargura de los desencantos irreparables, la convicción íntima de que los hombres devuelven mal por bien y que los pueblos, según lo expresara José de Maistre, tienen los gobiernos que se merecen. Demasiado digno para mostrar su abatimiento ante los que le conocieran feliz y señor de su optimismo, llega a París y se oculta en una modesta vivienda en los alrededores de la iglesia de San Agustín. Desde allí contempla, en julio de 1830, el derrumbe de la reaccionaria monarquía que viera surgir en 1815, y allí comienza, en 1833, la traducción de los *"Viajes"* de Azara. "A pesar de todas las injusticias de sus compatrio-

tas contemporáneos, según confiesa en el prólogo de ese trabajo, no puede dejar de pensar constantemente en su patria". Para ella son todos sus pensamientos. Para ella también traduce *"La Democracia en América"* de Tocqueville, porque allá en lo más íntimo de su ser una voz quedamente le habla de justicia venidera. Esos momentos de placidez relativa se desvanecen pronto. Los sueños del soñador no tienen la consistencia de otros tiempos. Cuando torna a soñar la realidad le despierta con un nuevo dolor. En un supremo arranque de energía quiere demostrar que es falso cuanto de él pregonan sus enemigos y una mañana de abril de 1834 se presenta inopinadamente en Buenos Aires. Llega al hogar solariego, la umbría quinta del legado paterno, y les comunica a los suyos el móvil que le trae. La escena familiar es de júbilo grande primero, de alarma después. La noticia cunde en la ciudad y voces siniestras pregonan para la noche el asesinato de Rivadavia. Puebladas de mazorqueros disparan sus armas en las calles centrales a los gritos de ¡viva Rosas! El gobierno, presidido por Viamonte, se reune a la precipitada y manda expulsar a don Bernardino.

Se inicia entonces el afligente martirologio de Rivadavia. Se refugia en Mercedes, Banda Oriental, y le expulsan. Busca asilo en Montevideo y a

poco de estar le deportan al Brasil. Se aposenta en Río de Janeiro y cuando celebra la llegada de Misia Juanita que esta vez se une a él para seguirle al exilio, tiene que llorar en seguida la muerte de su amante compañera. Se diría que el cielo y la tierra se conciertan para castigarle. Y él, perdido el último resto de energía, al medir el desamparo que le rodea, puede exclamar, como Job: "Acuérdate de que mi vida es un soplo. Mis ojos no han de contemplar la dicha. Los ojos que me vean no han de volverme a ver".

Con ese estado de ánimo se despide de las tierras de América rumbo a Cádiz, en donde encuentra un inesperado amigo que le acompaña y proteje. Si por acaso algún compatriota llama a su puerta, mándale decir que Bernardino Rivadavia hace ya mucho tiempo que no vive para los argentinos. Y cuando la hora postrera se avecina, se le dilatan las pupilas y contempla en la lejanía, más ensombrecido que nunca, el cuadro de la tiranía. Nada de cuanto él hiciera ha quedado en pie. Sus iniciativas se le presentan como una serie de columnas truncas. La Universidad y la escuela se cierran. Los hombres se dispersan a los cuatro puntos cardinales. Una soledad trágica envuelve las ciudades y los campos. La Nación toda entera se le pierde finalmente en una pesadilla de horror y de

sangre. Reacciona luego. Se aplaca un tanto el delirio y dicta entonces la cláusula cuarta de su testamento: "que mis restos no sean jamás sepultados en Buenos Aires ni en Montevideo". Faltóle al desesperado grande hombre, a modo de supremo consuelo, la voz diáfana, serena, confortadora que al fin oyera el lacerado Job: "Tus días tendrán más brillo que el sol de mediodía, tus tinieblas serán como la luz de la mañana, reposarás seguro sin que nadie turbe tu sueño"...

III

EPISTOLARIO DE RUBEN DARIO

DIEZ años han trascurrido desde la muerte de Ruben Darío. El número de sus obras, al tiempo de fenecer, no llegaba, ni con mucho esfuerzo, a la docena de volúmenes. Esto sea dicho sin propósito de censura, ya que la cantidad, claro está, no siempre es índice seguro para juzgar acerca de las cosas del espíritu. La cantidad, sin embargo, ofusca: es sinónimo de opulencia, de fuerza, de poder. Al rico se le considera como tal por la cantidad de bienes que acumula. Esta costumbre llevada a otra suerte de apreciaciones se prestaría a no pocos yerros. Pobre de solemnidad resultaría, verbigracia, José María de Heredia, por el único libro que ha salido de su pluma. Y, sin embargo, ese libro vale más que muchas obras copiosas, desiguales y vanas Los autores fecundos suelen escapar del olvido por uno o dos libros construídos con alteza de ingenio.

Rubén Darío distó mucho de ser un escritor

fecundo. Le faltaron para ello cualidades primarias indispensables: constancia, serenidad, costumbres morigeradas. Cada hombre de letras produce no sólo de acuerdo con los rasgos de su idiosincrasia sino con el género de vida que lleva. La existencia del poeta nicaragüense fué, desde hora temprana, atormentada y nómada. La obra debió ser, en consecuencia, un fidelísimo reflejo de aquélla. No ha dejado nada orgánico. De sus páginas no emana la sensación de las cosas concluídas. Todo, o casi todo, está por hacer. Rubén Darío pertenece a la abigarrada falange de los escritores fragmentarios. Su prosa, en algunos casos, vale tanto como su verso, bien que recurriera a ese expediente para vivir. Trabajó en diarios sin ser propiamente un hombre de prensa; mas a esta circunstancia se deben los mejores artículos y crónicas que él firmara: *"La muerte de Verlaine", "El entierro de Castelar", "El Papa León XIII, "El martirologio de Zola".*

No sin extrañeza se comprueba ahora que las obras completas de Darío, entre reediciones y publicaciones póstumas, ascienden a treinta y cinco volúmenes. El estupor sube de punto cuando se anuncian diez más. Se diría que estamos en presencia de una mina de riqueza inagotable. Mas no bien vuelve uno de la primera sorpresa, inquiere con afanosa curiosidad. ¿Cómo se explica este fenóme-

no? ¿De dónde salen tantos volúmenes? ¿Era Darío, contrariamente a lo que de él se creía, un hombre de letras prolífico? Entre lo que daba, de buen grado a la publicidad, y lo que sepultaba en sus archivos herméticos, ¿tan pasmosa es la diferencia? Pronto se satisfacen estos interrogantes con sólo recorrer las pretendidas obras completas. Todo está allí, con efecto, desde las páginas de tanteos y probaturas, afortunadamente olvidadas y dispersas en colecciones de periódicos y revistas, hasta las de madurez cuya publicación autorizara el poeta. El valor escaso o nulo de buena parte de los libros — abultados y con profusas páginas en blanco — autorizan la afirmación de que no se persigue con estas lamentables ediciones un fin desinteresado ni hon roso para la memoria de Darío. Cuantos le conocieron en la intimidad, sin esfuerzo imaginarán la aflicción grande, desesperante y justificada que le asaltaría ante el inesperado regalo de nimiedades y pobrezas que se hace hoy al amparo de su nombre...

Ahora es el primer tomo de un epistolario de Rubén Darío el que ha empezado a circular. ¿El poeta nicaragüense fué un apasionado cultor del género epistolar? ¿Llegó a escribir tantas cartas de interés y trascendencia literaria como para formar con ellas varios volúmenes? Por el contrario, si algo

conocíamos a ciencia cierta era el despego de Darío hacia ese modo de comunicarse con las personas de su conocimiento. Rara vez contestaba las cartas de sus amigos, aun de los más apreciados, y cuando lo hacía eran cuatro líneas deshilvanadas, escritas en la terraza de un café o en el *bar* de un buque, para relatar algún apremio inquietante... Las cartas perdurables — aludo a las de Voltaire y Flaubert — no se escriben a la buena de Dios, sin un alto objetivo y sin un plan de trabajo inalterable y metódico. Para ello es menester, además, una vida arreglada, un ambiente familiar, aunque Voltaire las escribió muy buenas desde el exilio y Flaubert en su viaje por Oriente, en condiciones no siempre propicias.

Con esta prevención abrimos el primer volumen del "*Epistolario*" de Darío. Leímos de prisa — tan llano es que a fuerza de simple no se torna a leer — y en llegando a la página postrera, nos apiadamos, una vez más, de la mala fortuna póstuma que persigue tenazmente al poeta. Lo que presumíamos hubimos de comprobarlo sin tardanza. No es esto un epistolario ni cosa que se le parezca. En las ciento cincuenta y cinco páginas que componen el tomo — comprendido el prólogo y los blancos profusos, — no hay nada que pueda acercarse a los grandes modelos en el género; no pasan de ser

esquelas a todas luces triviales, misivas breves y nerviosas, notas diplomáticas que tienen de todo menos de diplomacia. Lo único de positivo interés, aunque cueste decirlo, son tres cartas de don Miguel de Unamuno, el escritor epistolar por excelencia, ricas de fondo, vigorosas y pintorescas de forma, puestas allí a manera de apéndice...

Con lo dicho se echa de ver lo que ocurriría de intentarse un análisis prolijo del *"Epistolario"*; valdría tanto como ensañarse con alguien que no puede defenderse. El pobre Darío no sospechó nunca que habrían de descubrirle de esta guisa, con la prosaica revelación de su vida errática y desesperante. Mas he aquí que los amigos, por una fatalidad insalvable, hacen el mal en la creencia de hacer el bien. Es la justicia de lo que sale al revés, sólo comparable, por el yerro, al bien que nuestros enemigos nos hacen en la creencia de procurarnos mal...

Si la publicación de estas páginas contribuyera a conocer la forma en que fué concebida la obra del poeta, el ambiente en que le tocara actuar, los países que visitara, las amistades ilustres que cultivara, el intercambio de ideas que con ellas tuviera, el *"Epistolario"* respondería ampliamente a la urgencia de su divulgación. No ocurre así, sin embargo. No es aquí donde el lector puede ilustrarse

provechosamente. Tiene que ir a otras fuentes preparadas por el propio Darío. Las *Memorias* escritas para una revista porteña, dicen mucho más con respecto a sus libros y a su vida trashumante.

Los rasgos que asoman borrosamente, aquí y acullá, los conoce todo cultor consciente de Darío. Aunque hijo de América, magüer las gotas de indio chorrotega que corrían por sus venas, fué a Francia en busca de sugestiones. Su obra es netamente francesa, bella y exquisita, desde luego, pero francesa. No lo negaría él sin atentar a la verdad y a la evidencia, y llegado el caso se lo diría al más español de los españoles y al menos amigo de los franceses, Unamuno, que por entonces, poco más o menos — año 1899, — acababa de dar a la estampa sus lucubraciones sobre el casticismo. "Le confesaré, desde luego, dícele Darío, que no me creo escritor *americano*... Yo, ¿le confesaré con rubor?, no pienso en castellano. ¡Más bien pienso en francés! O mejor, pienso ideográficamente; de ahí que mi obra no sea castiza". Esta confidencia datada en Madrid el 21 de abril de 1899, es una sintética repetición de conceptos vertidos en el artículo *"Los colores del estandarte"*, con que contestara a Groussac el 27 de noviembre de 1896. "Mi éxito — sería ridículo no confesarlo, — decía el autor de *"Los Raros"* en defensa de su arte poética,

se ha debido a la novedad; la novedad, ¿cuál ha sido? El sonado galicismo mental. Cuando leía a Groussac no sabía que fuera un francés que escribiese en castellano, pero él me enseñó *a pensar en francés*: después mi alma gozosa y joven conquistó la ciudadanía de Galia". Hay aquí, sin duda alguna, una galantería de Darío para con Groussac. Si el nicaragüense pensaba en francés, debíase ello a su temprana iniciación en el estudio de la literatura francesa, respecto de la cual dió muestras de tener algún dominio; la obstinada dedicación a la lectura de autores simbolistas y decadentes habría de saturarle, hasta el extremo de adquirir el "galicismo mental" que caracteriza por igual a cuantos hacen abandono sistemático del acervo castellano. "Mi adoración por Francia fué desde mis primeros pasos espirituales honda e inmensa — agrega Darío. — Mi sueño era escribir en lengua francesa. Y aun versos cometí en ella, que merecen perdón, porque no se ha vuelto a repetir".

En punto a los rasgos morales, tampoco arroja muchas nuevas luces este franciscano epistolario. La blandura de carácter, la poquedad de ánimo, la inquietud permanente, el epicureísmo sin medida y la desesperante melancolía como consecuencia de tales excesos, harto se conocen. Darío fué el más certero enemigo de sí mismo y de su obra. En su

afán de *braver le bourgeois* a semejanza de Baudelaire — otro gran desdichado, — se complació en cimentarse una indestructible mala reputación. La peor venganza del espíritu burgués consiste en creer en todas las exageraciones que para él se divulgan. Y luego, cuando descubre la farsa, el rencor que guarda no conoce la piedad del olvido.

El credo de Rubén hay que buscarlo en otras páginas suyas. En el artículo arriba citado, verbigracia, hay un párrafo sintético de su personalidad. "En verdad, vivo de poesía, dice. Mi ilusión tuvo una magnificencia salomónica. Amo la hermosura, el poder, la gracia, el dinero, el lujo, los besos y la música. No soy más que un hombre de arte. No sirvo para otra cosa. Creo en Dios, me atrae el misterio; me abisman el ensueño y la muerte; he leído muchos filósofos y no sé una palabra de filosofía. Tengo, sí, un epicureísmo a mi manera: gocen todo lo posible el alma y el cuerpo sobre la tierra, hágase lo posible para seguir gozando en la otra vida. Lo cual quiere decir que lo veo todo *en rosa*".

Epicureísmo a su manera, bien lo ha dicho, porque el sano, el verdadero sistema de vida que enseñara el maestro, consistía en no darle al alma ni al cuerpo placeres susceptibles de convertirse en dolores. Los placeres de Rubén eran de la clase que Epicuro temía y condenaba, porque en ellos nau-

fraga el alma y se pierde el cuerpo. Nadie llegó a saberlo más dolorosamente que el mismo Rubén cuando el mundo color de rosa se le cambió en abismo. En los años postreros de su existencia peregrina, los colores del estandarte se esfumaron en la melancolía de un crepúsculo sin hermosura ni poder, sin gracia, sin lujo ni dinero... El estandarte también cayó en una suprema derrota de ilusiones. Queda hoy el recuerdo de un hombre bondadoso, tímido y abúlico y el legado de una obra bella pero irremisiblemente trunca.

JOSE ENRIQUE RODO Y LA DEMOCRACIA

I

EN nuestra América, los hombres que han hablado o escrito sobre política han sido, por lo general, dirigentes, organizadores, caudillos, personas todas empeñadas en el triunfo de tal o cual postulado, de esta o aquella causa, cuando no procedían movidas por pujantes ambiciones de dominio. La excepción corresponde a los espíritus sinceramente desinteresados, que saben prendarse del bien público, y a quienes preocupa por encima de todo, la suerte futura de la Humanidad: así un Saavedra Fajardo en España, un Locke en Inglaterra, un Montesquieu y un Rousseau en Francia. Los escritores políticos abundaron sobre todo en el siglo XIX, mas no me ocuparé de ellos ahora, pues tanto monta ser político con la pluma en la mano o con el verbo en la tribuna parlamentaria. Aludo sólo a

los que por modo circunstancial se ocuparon de cuestiones anejas a la cosa pública, a la organización del Estado y gobierno de los pueblos; verbi gracia, Renán y Taine. Imposible mentar al primero sin que venga el recuerdo del segundo. Ambos recorrieron la misma senda llevando en alto la misma antorcha. Pero el historiador de los orígenes del cristianismo le llevó por mucho la delantera al crítico de la filosofía del arte, pues ya en su obra de juventud. *"El porvenir de la ciencia"*, bosquejaba la utopía de una sociedad dirigida por un gobierno ideal, por una aristocracia del espíritu y de la inteligencia, por lo que él mismo llamara una suerte de Academia de Ciencias Morales y Políticas.

Para que Taine iniciara el proceso de la Revolución Francesa, fué menester el rudo estremecimiento del año 71. El resplandor del incendio en las Tullerías, el crugido de la monarquía al caer y la sensación de ruina material y moral que infundiera el desastre militar, llenaron de apesadumbrado pánico el alma de Taine. El filósofo determinista que siempre hubo en él, se propuso buscar entonces la causa efectiva, no ya de ese fracaso, el último de una serie abigarrada, sino de cuántos se produjeron con un enlazamiento lógico a raíz del cambio fundamental de régimen. Así fueron viendo la luz los volúmenes de *"Los Orígenes de la Francia Con-*

temporánea", apasionada y a las veces parcial requisitoria de un movimiento no exento de grandeza, magüer los errores que se llevaron a término. De todo ello resultaba el triunfo de la tesis favorable a la reacción, según la cual los desbarajustes de diversa índole sufridos por Francia provenían de la democracia y del concepto igualitario difundido en las masas, concepto destructor que echaba por tierra la noción de jerarquía y hacía para siempre imposible el gobierno de los mejores.

La serenidad de Renan fué igualmente puesta a prueba con el sinsabor de la derrota. La inquietud le anubló el optimismo que recogiera en el ejemplo griego. El porvenir se le presentó amenazante y sombrío, y vió, allá, no muy lejos, a Francia y Alemania, los dos pueblos predilectos de la civilización — la frase es suya, — hundidos en la decadencia y en el vicio, en la brutalidad de la fuerza dominadora y en la falta de respetuosa piedad hacia el caído. También amante de la búsqueda paciente, se preguntó: "¿En dónde están las causas que nos han creado esta situación de quebranto en lo político y en lo social?"

Las páginas de *"La Reforma Intelectual y Moral"* llenas están de interrogantes. La decadencia de la cultura intensiva, en primer término. Alemania habría vencido a Francia con sus Universidades y

sus métodos de investigación y de estudio. En punto al aflojamiento de la energía nacional provendría de la democracia niveladora, y de su peor resultado: el triunfo de la cantidad sobre la calidad, el desplazamiento de Ariel por Calibán. Mas no llegó nunca, afortunadamente, a pregonar la vuelta al antiguo régimen. "Amo a Próspero — dice en el prefacio que escribiera para *"El agua de Juvencia"* — pero no me agradan las gentes que los reinstalarían en el trono. Calibán, mejorado por obra y gracia del poder, me place más... Próspero es la razón superior, privada momentáneamente de su autoridad, sobre las partes inferiores de la Humanidad... Pero en la hora actual Próspero debe renunciar a todo sueño de restauración por medio de sus antiguas armas. Calibán, en el fondo, nos hace más servicios de los que haría Próspero restaurado por los jesuítas y los zuavos pontificios. Lejos de ser un Renacimiento, el gobierno de Próspero, en las circunstancias actuales, sería un aplastamiento".

Renán era demasiado sensato para no columbrar las consecuencias de un tal retroceso. "No vale la pena de cambiar. Conservemos a Calibán". He aquí la síntesis del pensamiento político de Renán. Pensamiento de cordura, penetrado de realidad histó-

rica, y que vale tanto como decir: "Con todos sus defectos, conservemos la democracia".

Las premisas de Renán y Taine no cayeron, según la socorrida metáfora, en surcos propicios. Los dramas filosóficos del primero, *"Calibán"* y *"El agua de Juvencia"*, se leyeron sin alarmas y con el explicable atractivo que producía aquella su prosa limpida y encantadora. Cuando más, uno que otro Bourget tejió el pertinente comentario endeрezado a complacer las nostalgias realistas del *"faubourg SaintGermain"*. La obra de Taine produjo un muy otro efecto. Acaso por el tono combativo y a las veces duro e implacable, provocó airadas polémicas, harto beneficiosas, cumple reconocerlo, ya que de ellas salieron la *"Historia Socialista de la Revolución Francesa"* de Jaurés, y el convincente volumen de M. Aulard, *"Taine Historien"*, en el cual el maestro de la *"Historia política de la Revolución Francesa"* puntualiza los errores de información y hasta el falseamiento de hechos determinados, porque así convenía a la tesis reaccionaria de Taine. Después vino el olvido a envolverlo todo con su manto de piedad. No se habló más de Próspero. Calibán se puso al frente de la república, y a pesar de este o aquel escándalo, capaz de mancillar su prestigio en lo político y en lo moral, termiraron por aceptarle los más díscolos e indiferen-

tes, sin excluir a los apáticos del linaje de Bergeret.

Pero algunas ideas no mueren aunque se las crea extintas. Invisibles, sin que nadie advierta su paso leve, ambulan sin cesar como almas en pena. Van de aquí para allá. Se alejan y tornan. Traspasan las más encumbradas cimas. Atraviesan el mar océano como aves sedientas de horizonte y de infinito. Y así, después de mucho, anidan en el espíritu de un escritor, y lo fecundan. Tal es lo acontecido con el mito shakespeareano de *"La Tempestad"*. Infundióle savia y vida nueva Renán con sus creaciones ya recordadas. De la sombra secular en que yacían los personajes simbólicos de la idealidad y la materia renacieron al vaivén deslumbrante de la vida múltiple. Tornaron una vez más a las tinieblas, hasta que el destino les hizo asomar en el *"Ariel"* de José Enrique Rodó, libro venturoso, hasta hoy considerado como una suerte de evangelio estético y político de los pueblos de oriundez hispánica.

¿Propúsose Rodó decirle a la juventud de América cosas hasta entonces nunca oídas? Demasiado culto era el hombre para que no echara de ver que sus páginas, si algún valor tenían desde el punto de vista ideológico, era harto relativo, un valor de retoño, antes que de siembra nueva, un intento de resurrección de postulados políticos definitivamente

en quiebra. Ello no obstante, estaba íntimamente convencido de que las ideas más añejas se remozan singularmente gracias al método en la exposición, a la forma pristina, a la metáfora feliz. Por lo demás, el hecho de que los susodichos principios fuesen pretéritos en Europa, no quería decir que no pudiesen ser sustentados en América en el momento preciso en que su democracia parecía girar hacia el caudillismo demagógico, y su civilización idealista y romántica hacia una faz utilitaria. Y la prueba de que Rodó tenía clara conciencia de que lo único suyo, hondamente suyo, era el fervor que ponía en la prédica y la emoción que ponía en el acento, se encuentra en la honradez con que denuncia la fuente originaria de los pensamientos y sugestiones que nunca da como propios. Rara es la página que no traiga el nombre del jardinero que le hiciera tan grande acopio de flores y frutos. Renán y Guyau son los dilectos. El positivista Comte y el trivial Bourget se dejan ver con no poca frecuencia. A ratos brilla la cita de Carlyle, buena siempre en la evocación de los héroes, seguida de tal o cual paradoja brillante de Emerson para enaltecer el sentido de las jerarquías. Nietszche, epiléctico de orgullo y frígido de maldad, masculla hirientes condenaciones contra la ralea mayoritaria. Y no falta — ¡cómo habría de faltar! — el seduc-

tor cortejo de la literatura francesa, de la que Rodó fuera cultor perspicuo.

Así como todo buen fervoroso se propone comunicar a los demás la veneración que siente por su ídolo, bien quisiera Rodó, por lo menos en aquella época, que el renanismo fecundara el alma de la juventud de América...

"Leed a Renán, aquellos de vosotros que lo ignoréis todavía, y habréis de amarle como yo — pregona trémulo de emoción. — Nadie como él me parece, entre los modernos, dueño de ese arte de "enseñar con gracia", que Anatole France considera divino".

El trasplante de un tal maestro a un tal continente no deja de ser peregrino. Procuremos representarnos a Renán, de Méjico a la Tierra del Fuego, en actitud de enseñar las maneras áticas a pueblos que ya poseen una herencia de civilización fundamentalmente distinta. ¿Qué milagro habría de operarse para que una metamorfosis mental de esa magnitud fuese posible? No en vano una serie de complicados factores entran en la formación del carácter y de las costumbres. Y si a ello se agrega la influencia que proviene de la vida histórica para reflejarse en la organización de la vida social, ¿cómo se llevaría a término el cambio de fisonomía que Rodó anhelaba? Los pueblos de América tienen

un inmenso pasado que persiste, lucha y triunfa todavía contra la invasión de fuerzas cosmopolitas, un pasado rico en acontecimientos históricos que constituyen en sí mismos un foco permanente de tradición.

Pero Rodó no se dejaba gobernar sino por impulsos de generoso idealismo. Inquietábale a él por sobre todo "el desborde de espíritu de utilidad que da su nota a la fisonomía moral del siglo presente, con menoscabo de la consideración estética y desinteresada de la vida". He ahí su motivo real de pesadumbre al meditar en el destino futuro de una América imbuída de ideas y de principios rudamente materialistas. El habría querido que nuestras naciones se congregaran en una confederación fraternal de pueblos laboriosos, desde luego, pero que no radicaran el objetivo de vida superior en la riqueza material, sino en el espíritu, en la belleza, en la justicia, anhelo este último recogido por el escritor Pedro Henríquez Ureña, en el cálido alegato que intitula *"La utopía de América"*.

La lectura asidua de Renan fomentó la antipatía de Rodó hacia el neo-humanismo romántico francés, y su lógica consecuencia, el jacobinismo filosófico y político. Habría deseado, quizás, una evolución mesurada y prudente, a fin de evitar el asalto mortal del siglo XVIII al XX, sin el necesario inter-

medio de las ideas moderadoras de la escuela histórica. Todo ello se justificaría sobradamente en el año 40 o en el 71, cuando Renán y Taine sustentaban los postulados de aristocratismo político, mas no ya en el año 1900, según lo hiciera Rodó, justamente cuando ya no había esperanzas de encauzar nada.

Es, pues, la suya, una lección fuera de tiempo. El maestro que con grave acento discurre en el opúsculo de *"Ariel"*, ha llegado demasiado tarde. Por eso el himno, sin percatarse de ello, se le ha convertido en el responso del siglo XIX...

II

LA prueba de que Rodó no considera anticuado el aristocratismo de Renán en los dinteles del siglo XX está en que lo pregona como el ideal político que debe perseguir la juventud de América. Quizás el espectáculo de las democracias inorgánicas, de las multitudes ignaras, de los caudillos despóticos y bárbaros, amén de las cuasi permanentes discordias intestinas, ensombrecieran el espíritu del escritor. ¿A dónde es dable ir por un tal camino como no sea a la nivelación igualitaria y a sus derivados lógicos el advenimiento de la mediocridad, el triunfo de la demagogía? Así parece haber discu-

rrido en sus fecundos soliloquios según se desprende de las mismas páginas de *"Ariel"*.

De ahí la síntesis del ideario político renaniano, la somera exposición de principios que Rodó quisiera ver aceptados por las personas más cultas de América como una bandera de reacción contra la anarquía y desorientación demagógica. "Piensa, pues, el maestro, que una alta preocupación por los intereses ideales de la especie es opuesta del todo al espíritu de la democracia". Así empieza la síntesis, con párrafos breves y sentenciosos, no exentos de cadencia y de color. "Piensa que la concepción de la vida, en una sociedad donde ese espíritu domine, se ajustará progresivamente a la exclusiva persecución del bienestar material como beneficio propagable al mayor número de personas. Según él, siendo la democracia la entronización de Calibán, Ariel no puede menos que ser el vencido de ese triunfo". Cuanto viene de seguida no es más que una amplificación, por cuenta propia, de los conceptos anteriormente expuestos. Rodó no necesita más del maestro para llevar adelante la crítica aguda de los males y peligros atingentes a la democracia. "La selección espiritual — dirá, — el enaltecimiento de la vida por la presencia de estímulos desinteresados, el gusto, el arte, la suavidad de las costumbres, el sentimiento de admiración por todo

perseverante propósito ideal y de acatamiento a toda noble supremacía, serán como debilidades indefensas allí donde la igualdad social que ha destruído las jerarquías imperativas e infundadas, no las sustituya con otras, que tengan en la influencia moral su único modo de dominio y su principio en una clasificación racional".

El principal peligro de lo que Rodó llama la "degeneración democrática" es la fuerza del número, "fuerza ciega que ahoga toda noción de calidad". La fobia del número le lleva a ponerse en guardia contra el aforismo de Alberdi: gobernar es poblar. "Esta fórmula famosa, observa, encierra una verdad contra cuya estrecha interpretación es necesario prevenirse, porque conduciría a atribuir una incondicional eficacia civilizadora al valor cuantitativo de la muchedumbre".

Alberdi explicó en su hora el pensamiento de gobierno que con esa fórmula se había propuesto expresar. No se le ocultó al autor de las *"Bases"* que siendo la población un instrumento de riqueza y un elemento de prosperidad, dejaría de ser una y otra cosa en el caso de que nos visitara una inmigración poco calificada. "Gobernar es poblar, dijo Alberdi, en el sentido de que poblar es educar, mejorar, civilizar, enriquecer y engrandecer espontánea y rápidamente, como ha sucedido en los Esta-

dos Unidos". El modelo no sería del agrado de Rodó. Cabe insistir, sin embargo, pues de ordinario se cree que Alberdi se propuso llenar el desierto con bárbaros o con los detritus de los viejos pueblos hambrientos. Lejos de ello, quiso masas de industriales y de trabajadores perfectamente civilizadas: "Para civilizar por medio de la población, prosigue Alberdi, es preciso hacerlo con poblaciones civilizadas; para educar a nuestra América en la libertad y en la industria es preciso poblarla con poblaciones de la Europa más adelantada en libertad y en industria, como sucede en los Estados Unidos". Alberdi columbró lo que podría ser de nosotros si en lugar de la inmigración apta para poblar, nos llegara la antítesis de ella. De ahí que dijera con aquella su prosa desnuda y franca: "Gobernar es poblar, pero sin echar en olvido que puede ser apestar, embrutecer, esclavizar, según que la población trasplantada o inmigrada, en vez de ser civilizada, sea atrasada, pobre, corrompida. ¿Por qué extrañar que en este caso hubiese quien pensara que gobernar es, con más razón, despoblar?"

Ante la imposibilidad de librarse del número, quiere Rodó que la calidad rija sobre aquél. "La multitud, la masa anónima, no es nada por sí misma. La multitud será un instrumento de barbarie o de civilización según carezca o no del coeficiente de

una alta dirección moral. Hay una verdad profunda en el fondo de la paradoja de Emerson que exige que cada país del globo sea juzgado según la minoría y no según la mayoría de sus habitantes".

Para que el lector no crea que se trata de un vano capricho o idea aislada, la exposición de principios se apoya en los más representativos adversarios de la democracia: filósofos y escritores de la talla de Comte, Renán, Taine, Carlyle, Nietzsche, Flaubert, Ibsen, Bourget... Es raro que no echara mano de Spencer, individualista máximo, a quien, sin embargo, leía devotamente, o que se le escapara la célebre obra de Sumner Maine sobre el gobierno popular. También Sumner Maine llevóle guerra a los dogmas jacobinos de la Revolución Francesa para oponerle el principio de las oligarquías aristocráticas. La historia, en su concepto, es eminentemente aristocrática y todas las civilizaciones, sin excepción, han sido la obra de la aristocracia. "Para que la acción del Estado fuese verdaderamente progresista habría que hacerle el representante no ya de todos los ciudadanos, sino de los mejores. El dios Demos no es siempre una divinidad favorable al progreso. Así lo prueba la bancarrota de casi todas las repúblicas".

Sería injusto sentar la premisa de que Rodó, a pesar de cuanto se acaba de leer, repudiara la con-

veniencia de la democracia para los pueblos de América. Rodó declara de una manera explícita que "el espíritu de la democracia es, esencialmente, para nuestra civilización, un principio de vida contra el cual sería inútil rebelarse". "Desconocer la obra de la democracia, dice después, porque, aun no terminada, no ha llegado a conciliar definitivamente su empresa de igualdad con una fuerte garantía social de selección, equivale a desconocer la obra, paralela y concorde, de la ciencia". Democracia y ciencia son para Rodó dos elementos inseparables; concepto, en verdad, muy poco aristocrático. Y va todavía más lejos; llega a reconocer el rasgo esencialmente odioso de la aristocracia: "El carácter odioso de las aristocracias tradicionales se originaba de que ellas eran injustas, por su fundamento, y opresivas, por cuanto su autoridad era una imposición".

¿Qué es lo que busca, entonces, Rodó? El escritor uruguayo Alberto Lasplaces responde: "El ideal de Rodó parece ser una república aristocrática, ya que negar total y abiertamente la democracia sería hoy en día, en América, un riesgo sin compensación". Ello es verdad, si como tal se pretende que la república sea gobernada por los mejores, por los más aptos y capacitados en la cosa pública. Pero no veo yo por qué se ha de rotular a tan legítima

aspiración con el mote de aristocracia. Quizás se busca de tal suerte conquistar la fácil simpatía del pueblo para quien esa palabra suena de manera ingrata, como sinónimo de desigualdad e injusticia. Yo la llamaría, por el contrario, la república justa, inteligente, humana, que corona a los dignos y sepulta a los abyectos, que eleva a los capaces y aleja a los truhanes. La república plutocrática que impera en los Estados Unidos, las de tipo demagógico que asoman ya en la América de habla española, y las que se rigen con dictaduras civiles o militares, no pueden ser, así lo creo, ejemplos edificantes, supremos ideales de gobierno democrático. Conservemos a Calibán, aconseja Renán. Eduquemos al pueblo, o lo que es lo mismo, eduquemos a Calibán, pregona Rodó. Educar vale tanto como imponer el sentido de las jerarquías intelectuales y morales, sin lo cual a ninguna cumbre se llega.

Pesa, sin embargo, sobre Rodó, la acusación de haber sido un conservador timorato, de vistas poco avizoras, fácilmente impresionable con el espantajo de la revolución social. "Era en el fondo, escribe el señor Lasplaces, un conservador a quien escandalizaban y atemorizaban las audacias de los partidos avanzados y que miraba con espanto los avances de las ideas de regeneración humana y de igualitarismo

social" .(Alberto Lasplaces, *"Opiniones Literarias"*, páginas 100 y siguiente, Montevideo, 1919).

Acabo de releer, en *"El Mirador de Próspero"*, el informe que Rodó preparara sobre el trabajo obrero en el Uruguay, y no he encontrado, a decir verdad, los temores que se le atribuyen. Por el contrario, con una calma apetecible en el legislador, contempla el vasto panorama que ofrecen las agitaciones proletarias en las sociedades capitalistas modernas, y niega, con muy buen acuerdo, que los problemas que atañen a la justicia social sean "la obra exclusiva de una doctrina revolucionaria", y así lo demuestra con el oportuno recuerdo de las *"Trade-Unions"* inglesas, con el movimiento cooperativo alemán y británico, con las conquistas obtenidas por la Federación del Trabajo de los Estados Unidos, y, finalmente, con la enunciación de las leyes de carácter social sancionadas en Australia y Nueva Zelandia por los partidos obreros que allí predominaran. Rodó hace suya, sin duda, la idea desarrollada por Alberto Metín en su obra *"El socialismo sin doctrina"*, pero aun así y todo, ello demuestra que el escritor uruguayo estaba en especiales condiciones para apreciar sin alarmas las cuestiones planteadas por el crecimiento de la vida industrial.

"Le asqueó el igualitarismo, proclamando la ne-

cesidad de las jerarquías orientadoras" — agrega el señor Lasplaces. ¿Pero las jerarquías orientadoras no existen ya en lo político, en lo social, en lo económico, en el arte y en la ciencia? Desde luego, existen, y en buena hora para el progreso humano. Sin jerarquías orientadoras no solo la vida de relación se hace imposible, sino que el edificio social se derrumba. En punto al igualitarismo es una dorada mentira jacobina, una moneda falsa que circula como tantas otras cosas desprovistas de valor y en la que no se cree ni lógicamente es dable practicar, aun en los partidos extremos. Habrá, debe haber igualdad de derechos políticos, pero la desigualdad de aptitudes siempre destacará a unos sobre otros, en cualquier época o ambiente, en el seno de la república aristocrática o en pleno soviet ruso. Con todo, falta mucho por hacer para que en lo político las jerarquías orientadoras no corran el riesgo de ser eliminadas por los caudillos desprovistos de idoneidad y de ideales. Mientras no se eduque a Calibán será inevitable y fatal el advenimiento de hombres que, a semejanza del que se conoce en la Argentina, se consideran providenciales. Si el árbol del igualitarismo prosigue dando esta clase de frutos, encontraremos harto explicable el asqueamiento que sintiera Rodó.

ANGEL DE ESTRADA (1)

I

TORNABA de una de sus frecuentes andanzas el peregrino intrépido, cuando la que siempre aguarda le salió al paso. No tuvo otra compañía que la de la fiel soledad; fiel y bella para gozar de los grandes espectáculos armoniosos del mundo, pero desesperante y fría en el trance de pasar de la luz a la sombra. Ese terror de irse para siempre sin mano amante ni ojos bondadosos que consuelen y despidan, supo traducirlo intensamente Mallarmé al confesar su atormentado estado de ánimo:

"Ayant peur de mourir en me couchant tout seul..."

Bien se echa de ver que la pasta espiritual del poeta simbolista distaba mucho de ser la misma de

(1) Falleció el 28 de diciembre de 1923, a bordo del vapor "Massilia", un día antes de la llegada a Río de Janeiro.

Montaigne, a quien se deben tan cuerdas meditaciones sobre la muerte. Mallarmé era fino y amable; estaba dotado de un sistema nervioso en extremo frágil y de una exasperada sensibilidad que dióse en llamar finisecular. Nadie como él supo trasmitir la sensación del misterio, del ensueño desfalleciente, de las vidas crepusculares. Es el suyo un espíritu que vibra en la hora gris. Y en su verso difícil y oscuro jamás aletea la esperanza ni se reflejan hebras de sol. Lamentos, nostalgias, vehementes aprensiones, miedo de morir solo, he ahí la sustancia de cuanto sale de los puntos de su pluma. El perigordano vino al mundo conformado de muy otra manera. Aunque cristiano — siempre hizo protestas de serlo en aquellas infaustas jornadas de refriegas religiosas — las páginas de los "*Ensayos*" denuncian una recia mentalidad que solía abrevar su sed de conocimiento en las fuentes de la cultura grecorromana antes que en los tratados teológicos de los Padres de la Iglesia. El mérito de Montaigne consiste en haber libertado a la muerte — si es dable expresarse así — del terror con que la circundara e identificara la Edad Media. Quien enseñara a morir, enseñaría al propio tiempo a vivir. Montaigne está preparado a morir en cualquier momento o lugar, en la ciudad, en el campo, en el mar. "Si temiera morir lejos del lugar en que nací, escribe, si pensara aca-

bar menos a mi gusto apartado de los míos, apenas pondría los pies fuera de Francia". En seguida, y con una cierta gala de frialdad, apunta las razones que le asisten para pensar de esa guisa. "Vivamos y riamos entre los nuestros; vayamos a morir y a rechinar junto a los desconocidos".

Nada de cuanto acaba de leerse pretendo amoldarlo a la particular manera de pensar y de sentir de Angel de Estrada; lejos de ello. Estas ideas y remembranzas me vinieron a la mente no bien me puse a valorar las circunstancias especiales en que se produjo su desaparición. Pero es incuestionable que en presencia del misterio supremo, los hombres se dividen y toman partido, ya en las filas de atormentados, con Mallarmé, o en la escuela de los epicúreos, con Montaigne. Para los primeros la vida es corta y limitado el mundo. Para los segundos, en cambio, la vida no es corta ni larga siempre que se sepa vivirla con intensidad y belleza, y el mundo es vasto, panorámico, ilimitado y cambiante.

Angel de Estrada, en la literatura argentina, es el peregrino por antonomasia. Obedece esta actitud a una conformación psicológica especial, a un estado de ánimo en perpetua inquietud, a un deseo rara vez o nunca satisfecho de estar en todo, de verlo todo a través de las grandes rutas mundana-

les. A ese linaje de seres pertenecieron singulares ingenios, con Byron y Chateaubriand como divinidades superiores. No hubo distancia que les apocara el ánimo, ni obstáculos que no franquearan los Childe Harold y los René. De la propia manera sintió y se comportó Estrada. Su vida fué un continuo peregrinar y su obra un fiel reflejo de ansiedades. Acaso sea esta la faz que más me ha seducido, desde hora temprana, en la personalidad de Angel de Estrada. Le he mirado siempre con simpatía que confina en la hermandad porque en su ir y venir he reconocido mis andanzas, mis ensoñaciones, mis nostalgias... En Sicilia, en las rosadas tardes siracusanas, a la vera de la fuente de Aretusa y de cara al Jónico mar, también yo me he formulado el interrogante que las ondas le hicieron a Estrada, y que él lograra contestar:

"Insomne viajador, ¿qué cariñoso
Asilo tocarás?"—Dice el acento
Que sueña y canta por el mar undoso.
El responde: "No soy del firmamento
Astro polar: llamadme el Sin reposo:
Yo soy la vela que obedece al viento".

Así pasa por la vida — casi fuí a decir así vamos pasando — como una vela ebúrnea y dilatada no ya por uno sino por todos los buenos y los ma-

los vientos que soplan: hacia el Norte, hacia el Este, hacia el Sur, hacia el Oeste; a todas partes y a todos los climas, a las tinieblas y al sol. No es de extrañar, en consecuencia, que sus libros sean el fruto ópimo de sus mudanzas y que al contacto de ellos se aspire un aroma perfumante: rosas de Francia, claveles y azahares de Andalucía, naranjales de Sicilia, olivos de Grecia, sauces de Jerusalén...

Disponerse a la lectura de Estrada, vale tanto como alistarse para emprender un largo viaje. Haremos bien en despedirnos de las cosas familiares o de mirar con atención cuanto nos rodea, pues a poco de dar vuelta las páginas la imagen del terruño se perderá para siempre en la lejanía. En "*La Ilusión*" hay un barco que leva anclas de nuestro puerto cosmopolita, pero en ningún otro libro de Estrada se encontrará una nave que vuelva al punto de partida. ¿Por qué? Mucho sería aguzar la perspicacia si por tal circunstancia, de fijo involuntaria, dedujéramos el propósito preconcebido o el sombrío presentimiento de no retornar nunca más... Sea ello como fuere, al primer impulso de ausentarse del país para tomar contacto con otras civilizaciones y continentes se debe que Estrada haya descubierto su vocación de viajero. Con menos inquietud o predisposición ambulatoria, la obra del

escritor habría sido muy otra, desde luego. En lugar de *"El color y la piedra"*, de *"Formas y espíritus"* de *"La voz del Nilo"*, de *"Visión de paz"*, de *"Redención"*, quién sabe lo que nos habría deparado la pluma de un Estrada amante de la quietud y de las cosas nativas. No perdamos tiempo, tampoco, en imaginarlo bajo otra sensibilidad, con la de Faguet, por ejemplo, para quien la meditación y aun la observación se dan por satisfechas con seis kilómetros cuadrados. Faguet, en materia de andanzas, no había ido más allá de Poitiers, donde pasara efímeros períodos de vacaciones, fuera de las cuales el movimiento de sus extremidades limitábase diariamente a trepar al imperial del ómnibus para trasladarse de la plaza Monge al Colegio de Francia. ¡Qué vida! — exclamaremos los enemigos de los seis kilómetros, los nostálgicos del vasto mundo. Vida que en mucho armonizaba con la de otro crítico representativo. Julio Lemaitre — el aludido — contestaba a quien le reconviniera su fría curiosidad hacia las cosas inglesas:—"¿Para qué he de fastidiarme yendo a Inglaterra si he leído los pertinentes libros de Taine?"

Angel de Estrada, a la manera de los Goncourt, de quienes tantas y tan selectas sugestiones estéticas recogiera, ha sido, y continúa siendo, un autor desafortunado. ¿A qué se debe la indiferencia del

público hacia la obra de este recio escritor? Las causas son complejas aunque concordantes. Estrada era en primer término un espíritu señero y errático, y un aristócrata, de sentimientos, de ideas, de gustos e inclinaciones que distan mucho de ser los que animan a las grandes masas humanas. El pueblo se cuida bien de acudir a los invernáculos. Busca, por el contrario, los lugares espaciosos, concurridos y asoleados. Como las mujeres que leen novelas para desdoblarse entrando en la piel y en los nervios de la heroína, el pueblo, adonde quiera que va, persigue su propia imagen. Cuando recorra las salas del museo de arte gustará más de los cuadros de Courbet que de los de Ingres o Delacroix, y las esculturas de Meunier estarán más cerca de su corazón que el San Juan Bautista de Rodin. Cuando adquiera un libro irá a los autores por cuyas páginas pasa la multitud con alientos y actitudes de tragedia. Para escuchar música irá de buen grado al concierto que en el jardín se ejecuta. Todo esto es por demás comprensible y lógico. ¿Se lamentarían con razón el Huysmans de *"A rebours"*, el Juan Lorrain de *"Monsieur de Phocas"*, el Mauricio Barrés del *"Jardín de Berenice"*, por el hecho de que sus libros no llegan hasta el pueblo? No, por cierto, pero sí los Goncourt, pues que buscaron el favor público con *"Germinie Lacerteux"*.

El temperamento de Estrada le trazará una ruta de la cual jamás ha de apartarse, ruta que conduce a otros horizontes: a la meditación solitaria, a los placeres del coleccionista de libros raros y de objetos valiosos, a la contemplación de la obra de arte, a la evocación de vidas ejemplares con la visita de moradas ilustres, a la ensoñación en parques señoriles, melancólicos de belleza y abandono...

Después iría llenando de signos la blanca cuartilla, con lentitud y cuidado, pues el destino quiso que no tuviera apremios, y él se impuso las disciplinas que requiere el trabajo del estilo. De aquí provienen y se explican las virtudes y defectos de la obra de Estrada. Para que su lectura sea posible deberá existir, ante todo, una seria afinidad entre el autor y el lector; de lo contrario, el divorcio será irremediable y el libro, así sea *"Redención"*, el mejor construído, caerá de las manos. Los atributos esenciales son, en primer término, una muy vasta erudición literaria y artística y una innata predisposición a trasmitir, lo diré con palabras suyas, el color y la forma de lo que sus ojos ven. La emotividad es poderosa, hasta el extremo de que las ideas que vierte causan el efecto de pasar por el alma antes que por la mente... Como cultor del estilo preocúpale la riqueza idiomática, en giros y vocablos, virtud que en él se torna defecto. Ra-

ra es la página escrita en lenguaje llano y diáfano. Todo está benedictinamente buscado y retocado. Va en pos de la elegancia, y a las veces la obtiene, sin que se oculten los suplicios que la forma le demanda. El estilo que pone en descubierto afligentes vigilias pierde la mitad, si no toda la eficacia. Cuando se lee la "*Bovary*", pongo por caso, no se adivinan, en la armonía total de la obra, los tormentos de Flaubert, y nada sabríamos de ellos sin la lectura de la "*Correspondencia*" y el testimonio de los amigos del solitario de Croisset. Pero como Estrada escribía para su propio regalo antes que para ajeno placer, pensó poco en la impresión que produciría (1).

II

> Il y a aussi des climats pour les âmes, et, une fois le vrai climat manqué, elles sont a jamais dépaysées et soufrent d'une nostalgie immortelle.
>
> *Sainte Beuve.*

NUNCA he creído tanto en la justeza de la observación hecha por Sainte Beuve como con oca-

---

(1) En lo que toca a los giros, la influencia francesa es notoria. El propio Estrada hubo de reconocerlo cuando en carta privada a un su amigo le dijera: "¡Qué quiere usted, en mi época sólo se pensaba y se leía en francés... y esto para un escritor que tiene que escribir en español!" Empero no lo voy a condenar por un pecado, el más bello de los pecados literarios, y del que están exentos muy pocos en el país...

sión de la reciente lectura de las obras de Angel de Estrada. Sí, es verdad, hay climas en los cuales las almas se acomodan, perfeccionan y embellecen, pero si el acaso las priva del verdadero se sienten como desterradas y sufren de una nostalgia inmortal... Eso lo decía el maestro de la crítica al ocuparse de Théophile Gautier, pintor y poeta, escritor y viajero. Dejaba sentado con ello que no era Francia el ámbito donde Gautier respiraba mejor, magüer los inestimables alicientes que nacen de su inmenso pasado y de la emoción estética que a diario se recoge en la contemplación de cuadros, de estatuas y de lugares donde hasta las piedras cantas historias y leyendas (2). El artífice de "*Esmaltes y camafeos*" sentía el contento de las tierras por conocer. Se le agrandaban las pupilas ante un paisaje, ciudad o aldehorro, a condición de que fueran lejanos. Ahí aguardan sus libros para quien sepa regalarse momentos de delectación espiritual. Y no habrá, así lo creo, peregrino de Grecia, de Turquía o de España que eche en olvido su preciosa y armoniosa compañía.

La sugestión de Gautier en la obra de Estrada

---

(2) El clima de Gautier fué España. Así lo reconoce Sainte Beuve: "El viaje a España hizo de él otro hombre y le trasformó".

es notoria, aunque no tan absoluta como para excluir otras influencias — ya señalé la de los Goncourt y no andaría descaminado si apuntara ahora la del Huysmans de *"A rebours"*.—Me ha parecido notar en Estrada una suerte de culto hacia Gautier, una veneración de buen discípulo, fiel y constante, que a diario le recuerda y busca y con el cual suele sostener animadas parlerías. Apoyo mi sospecha en las páginas de *"Calidoscopio"*. Es verdad que sus múltiples fervores literarios le convirtieron en un visitador de cementerios. En llegando a una ciudad se acercaba a la necrópolis en donde descansaba un hombre de letras representativo y al pie de la tumba evocaba su vida, sus amistades y amores, valoraba la obra realizada, vertía juicios estimables por la penetración y nobleza. Es justamente la tumba de Gautier la que le brinda ocasión para expresar el respeto que le inspira el "nigromante de las formas preciosas". "Una vez más decidimos visitar su sepulcro — empieza diciendo.— Este hombre nos inspira profunda simpatía a través del recuerdo de sus últimos amigos, y esa simpatía nace también de su obra múltiple, extraordinaria, en que innumerables fragmentos componen modelos inalterables de lengua francesa". Y continúa detallando los motivos de la admiración: porque dijo: "el mundo visible existe", porque fué des-

interesado y noble; porque consagró su existencia a las letras; porque formuló, "con belleza incomparable", la doctrina del arte por el arte; porque fué "quién hizo la revolución pintoresca en el arte de describir"; y, finalmente, esto ya no lo dice Estrada, porque él se veía en Gautier o habría querido ser Gautier.

No es dable sentir ni ponderar una obra con ese calor y profundidad si no existe un serio paralelismo en gustos e inclinaciones. Ya dijo Stendhal, aunque de extravagante manera, que en el trance de elogiar extendemos un "certificado de semejanza". Creo, en consecuencia, que en todo estudio que se haga de la producción literaria de Estrada, será obligado establecer su filiación. Gautier, a mi ver, es su *"Duca e signore"*. Le inspira, alienta y orienta. A modo del maestro los temas de arte y de andanzas serán los dilectos. No me extraña que en la elaboración de su medio de expresión pretendiera reproducir la "pintura escrita" que fué, sin duda, la principal característica de la prosa de Gautier. Mas para realizar tal propósito requiérese el feliz dualismo de ser pintor y escritor, de suerte que la visión del hombre de letras, siendo justa, se vea certeramente auxiliada por una deslumbrante paleta polícroma.

III

COMO he de discurrir acerca de la idiosincrasia de Angel de Estrada si nunca penetré en su intimidad? Puedo decir que ambos anduvimos cerca, y que en más de una ocasión nos esperamos, sin que la deseada entrevista se llevara a término por circunstancias ajenas a nuestra voluntad. Mis estadas en el solar nativo no coincidieron, por lo general, con las suyas. Hubimos de vernos una vez en Roma. Luego, a mediados de 1921, al enterarme de su arribo a Europa, indagué a fin de obtener noticias, pero nada supe de su paradero. Finalmente le aguardaba en ésta para entregarle en propias manos mi libro *"De Stendhal a Gourmont"* con la esperanza de conocer su valiosa opinión acerca de mis estudios sobre los Goncourt y Gautier, cuando me llegó, ¡ay! en las postrimerías del año 1923, la noticia de su fallecimiento... Estaba escrito que los dos peregrinos nos buscaríamos sin encontrarnos en ningún recodo, en ningún valle de meditación, en ninguna tarde cárdena de crepúsculo frente al mar. Conservo, entre otros recuerdos suyos, dos cartas y un ejemplar de *"Calidoscopio"* con gentil dedicatoria, al cual yo estimo por sobre todo, porque ese obsequio me vino de Estrada cuando apenas esgrimía yo mis primeras armas y en el más

obscuro momento de mi vida. Supe apreciar el raro gesto, por lo que pudo columbrar en mí, y es por eso que ahora, aunque tarde, se lo retribuyo con "amor intelectual", para valerme de la feliz expresión de Spinoza.

La idiosincrasia del hombre, la particular manera de ser del amigo en el trato cotidiano — locuaz o reconcentrado pero siempre cordial — me está vedada. Pero dispongo de un procedimiento, peligroso en ocasiones, aunque certero en otras. Puedo llegar hasta el hombre si echo a andar por la senda del escritor. Estrada distó mucho de concebir la obra de arte como un producto impersonal y cuasi anónimo en el sentido de que no ha de reflejar, por modo ostensible, las ideas o sensaciones del autor. Vano intento de fría objetividad en el que fracasara el propio Flaubert. Todos los géneros literarios, excepción hecha del teatro, son rigurosamente subjetivos. "Toda novela es una autobiografía" — dijo alguna vez Anatole France.—Acaso por ello diera Flaubert aquella expresiva respuesta a quien le interrogara sobre la filiación de Madame Bovary. ¿Se trataba de alguna romántica dama de Rouen? ¿Quién era? Si en realidad no había muerto, ¿vivía en Normandía o en París? No, no, nada de eso: "la Bovary soy yo" — exclamó Flaubert. Para medir el grado de veracidad que hay en esto

es menester penetrar en la intimidad del solitario de Croisset, leer sus cartas una y más veces, seguir el proceso de la novela, las angustias y dificultades en la realización. Recién entonces se adquiere la certidumbre de que el autor, al vivir la vida del personaje, inconsciente y silenciosamente lo va modelando a su semejanza. Y por eso el temperamento romántico de la heroína, sin contar el tumulto de afanes que constituyen su psicología, no se diferencia sustancialmente del modo de ser de Flaubert. Sí, Flaubert es la Bovary. Y por serlo no sólo sufre y ama y sueña con ella, sino que en la hora del suicidio de Emma siente en la boca el gusto del arsénico... (3).

Siendo Estrada, por definición, un escritor subjetivo, harto se explica que yo le busque bajo la piel de Juan de Montfort, el personaje que anima las páginas de *"Redención"*. A medida que vayamos desentrañando el verdadero carácter de Monfort, veremos con cuánta justeza armoniza con el de Estrada. En primer término cabe apuntar que nos ha-

---

(3) A este respecto escribíale Flaubert a Taine: "Mis personajes imaginarios me "afectan", me persiguen, o más bien, soy yo quien está en ellos. Cuando describía el envenenamiento de Emma Bovary tuve de tal modo el gusto del arsénico en la boca, me sentí tan envenenado yo mismo que sufrí dos indigestiones consecutivas, dos indigestiones muy reales"...

llamos en presencia de un aristócrata cuya nacionalidad francesa es un detalle de escasa monta. Monfort es un solitario que padece desde sus años tempranos de una tristeza indecible: "Exprimí los jugos de la vid, y me emborraché con mi juventud para salir de la crisis con cierta melancolía". Comprende que hay un gran vacío en el hombre que vive solo, pero él dispone de un medio para atenuar los horrores de la soledad: "La literatura fué mi juego, mi morfina, mi vicio, mi ebriedad. El deslumbramiento de las obras plásticas, el placer de la música, no hicieron sino desenvolver en mí el amor de los versos". Como buen solitario, es un gran imaginativo. Mantiene consigo mismo profundos y prolongados soliloquios. Sus ideales son estéticos y alienta una ambición acaso desmedida. Quisiera expresar cuanto pasa en su mundo interior, pero el esfuerzo es vano. "¿Cómo definir lo interior? — pregunta. — Fuera menester morir en este mundo y resucitar en otro con diverso idioma. Yo he sufrido del mal de percibir las relaciones inexplicables de las cosas".

Monfort es sensible, delicado, refinado. Podría aplicársele un verso de Laforgue: sufre minuciosamente. "Se puede sufrir hasta sangrar, vestido con nuestras ropas modernas, como en los tiempos de los dramas de Shakespeare". Esto no lo escribe

Monfort, pero sí un su tío, que se le parece como una gota de agua a otra. No busquemos manifestaciones de alegría optimista en quien está orgánicamente conformado para la melancolía: "Sufro de un acceso de tristeza de difícil definición, tristeza que se me vuelve soplo de tolerancia". ¿Verdad que este personaje suele hablar un lenguaje que en mucho se asemeja al que gastaran los escritores románticos del primer período? Sí, aquí hay ecos denunciadores de Saint-Preux, de René, de Adolfo, y a las veces, lúgubres lamentaciones de Oberman, de esas y otras sombras que nutrieron de histerismo el siglo entero. Empero, Monfort se acerca más, como que es muy natural, a los frutos de la segunda y última parte del siglo XIX. Puede pasar cual un Des Esseintes normal, con aristas de neurosis, pero sin perversiones delicuescentes, desde luego.

Lo que más me seduce en Monfort es el esteta. ¿Estrada no se describió a sí mismo en ese amador de la belleza sin cánones ni limitaciones? Nostálgico de las épocas pasadas, felicítase, sin embargo, de su condición de hombre moderno, pues ello le permite valorar la magnífica perspectiva que los siglos brindan a quien los contempla: "Admiro y me detengo un instante, pero paso — confiesa Monfort. Yo he saludado con igual emoción el San Pe-

dro de Roma, la acrópolis de Atenas y la catedral de Chartres. Diferentes sensaciones, por lo diverso de sus medias tintas, sacudieron en el fondo idéntica sensibilidad. Mi espíritu es la ola que refleja la tarde y el alba, y lo mismo la gaviota que la vela, o la nube que la estrella. Cargado de historia, de fábula, de poesía, eco vibrante del sonido, del color y de la forma; insomne viajador a través de los siglos, es arpa colgada en el olivo griego o en el laurel del Lacio, y en el sauce hebreo como en la encina gala. Todos los vientos lo estremecen, y habiendo bebido sin calmar su sed en los ríos que esos árboles sombrean, debe de soñar con los troncos de una región de infinito, cuyas hojas de azul de cielo tengan al sol en sus savias". En cuanto se acaba de leer hay un magnífico autorretrato moral. Imposible presentarlo con más fidelidad y vigor. Entre Estrada y Monfort la compenetración ha sido esta vez tan completa como lo fuera la de Flaubert con la Bovary. Monfort encuentra en el arte una suerte de gozo y de bálsamo porque en su contemplación deja de sufrir: "Dejar de sufrir, de pensar, de inquietarse..." El arte es la saludable embriaguez, porque exalta sin deprimir y ennoblece las formas invisibles del espíritu:

El arte purifica. Nunca engaña
El fulgor de sus líneas armoniosas,
Y la cumbre de luz de su montaña
Vuelve divinas las humanas cosas.

Así pasa Monfort por las páginas de "*Redención*", divinizando las humanas cosas. Así pasó Estrada por la vida, ensoñador y errático, pagano en Atenas, cristiano en Jerusalén, renacentista en Italia. Penetró hasta el fondo de todas las doctrinas, buscó el secreto de todas las religiones, atisbó, insaciable, todos los horizontes. Los Monfort, Landis, Ikren, Kington, movidos por una sensibilidad gemela, poco se diferencian, porque es el mismo aliento el que los anima y la misma voz la que los aconseja. Estrada está no sólo bajo la piel de sus personajes viriles, sino hasta en sus heroínas. ¿En qué se distinguen Andrea y Monfort? Sin mentar el lenguaje que ambos gastan — idéntico en giros y en matices — tan femenino es él como ella, tan varonil es ella como él... (4). ¿Por qué? Porque Estrada no buscaba en la vida seres de carne y hueso como los realistas. Bastábale para ello la

(4) Ni los hombres ni las mujeres hablan en la vida ese lenguaje por demás enfático y salpicado de frases rítmicas. En un momento dado Andrea exclama en "Redención": "Salve, la dulce, la imperial Granada". Y en seguida agrega: "Sin quererlo he hecho un endecasílabo".

realidad de su propia existencia y la variedad de sus intensos afanes cotidianos.

Ahora, en llegando a la parte postrera de mi divagación sobre la idiosincrasia de Angel de Estrada, me resta formular un interrogante no exento de oportunidad: ¿qué destino les aguarda a estos libros dolorosamente trabajados y hasta hoy poco leídos? Autobiográficos, personalísimos en su mayoría, corren el riesgo de que no se amolden a la siempre cambiante sensibilidad colectiva. Algunos de ellos han envejecido ya, especialmente los que trasuntan los atributos característicos de la hora decadentista o finisecular. La extensión desmedida conspira asimismo contra Estrada. El esfuerzo de voluntad que se requiere para leer las quinientas nutridas páginas de la *"Salambó"* de Flaubert es necesario hacerlo para darle fin a las seiscientas de *"Redención"*. Muy de otra manera se escribe en los días que corren. Y el lector busca, por su parte, páginas breves, nerviosas, ligeras y superficiales... Los libros de viaje y de arte tales como *"El color y la piedra"*, *"La voz del Nilo"*, *"Formas y espíritus"*, *"Visión de paz"*, acaso tengan mejor fortuna. Mientras existan la inquietud y la curiosidad, esas páginas abrevarán la sed de los peregrinos. Es dable leerlos de cualquier manera,

por el fin o por el medio, según estemos en Roma o en Sevilla, en Londres o en Alejandría.

En cuanto a la esencia o blasón de esta obra que debe ingresar en la historia de la literatura argentina por la nacionalidad del autor, ¿hasta qué punto es argentina? Ideas, gustos, cultura, forma, color, todo es forastero. Mas no he de ser yo, desde luego, el que ha de reprocharle ese carácter. Tengo para mí que el espíritu cosmopolita de Estrada, abierto a las más diversas y complejas influencias, no podía entrar en los límites del nacionalismo literario. Hay quienes por modo natural reducen el mundo a las fronteras de la patria. Afortunadamente otros, los del linaje de Estrada, ensanchan la patria hasta confundirla con las fronteras del mundo.

FIN.

INDICE

EDICIONES M. GLEIZER

TRIUNVIRATO 537

AMAYA FLORENCIO J. — El dolor de vivir	$ 3.—
AYBAR SOBRE CASAS. — El amor como redención	„ 2.50
AMICIS EDMUNDO DE. — Joyas literarias (encuadernado)	„ 2.50
ALAS CLAUDIO DE. — Visiones y realidades	„ 2.50
Id. Id. — Herencia de la sangre . . .	„ 2.50
ARSAMASSEVA MARGARITA DE. — El brazalete de záfiros (novela) .	„ 2.—
BRUMANA HERMINA C. — Cabezas de mujeres	„ 2.—
BOSCO GUILLERMO Dr. — Electrocardiografía y poligrafía clínicas . .	„ 6.—
BERDIALES GERMAN. — Las fiestas de mi escuelita	„ 1.—
BARREDA ERNESTO MARIO — Nuestro Parnaso (4 tomos)	„ 8.—
Id. Id. — Una mujer (novela)	„ 2.—
Id. Id. — Baba del diablo (novelas y cuentos)	„ 2.50
BERMANN GREGORIO. — José Ingenieros	„ 2.50
BOY. — Las parejas negras	„ 2.—
CANCELA A. — Tres relatos porteños	„ 2.50
Id. Id. — En tela	„ 3.50
Id. Id. — El Burro de Maruf	„ 2.50

LAGORIO ARTURO. — El traje maravilloso y otros cuentos . . . . „ 2.50
LAGORIO ARTURO. — Las tres respuestas . . . . „ 2.50
LONCAN ENRIQUE. — He dicho . . „ 2.50
Id. Id. — Las charlas de mi amigo (segunda edición).
LEBRON AGUSTIN. — Lo que dicen
LAST REASON. — A rienda suelta . „ 1.20
LEDESMA ROBERTO. — Caja de música . . . . „ 1.50
LUGONES LEOPOLDO. — El Angel de la Sombra . . . . „ 2.50
Id. Id. — La Guerra Gaucha . . . . . „ 3.—
Id. Id. — El libro de los paisajes . . . . „ 2.50
Id. Id. — Las fuerzas extrañas . . . . . „ 3.—
Id. Id. — Lunario sentimental . . . . „ 3.—
"LUZ Y SOMBRA". — Chic. . . . . . „ 2.50
MARECHAL LEOPOLDO. — Los aguiluchos . . . . „ 2.—
Id. Id. — Días como flechas . . . . . „ 2.—
MALLEA E. — Cuentos para una inglesa desesperada . . . . „ 2.—
MARIANI ROBERTO. — El amor agresivo . . . . „ 2.—
MARTINEZ CUITIÑO VICENTE. —
Teatro. Tomo I: La fuerza ciega. La humilde quimera . . . . „ 2.50
Tomo II: El segundo amor. La bombolla. Rayito de sol . . . . „ 2.50
Tomo III: La fiesta del hombre. Los Colombini. El viaje de D. Eulalio . „ 2.50

Tomo IV: Los soñadores. El malón blanco. No matarás . . . . „ 2.50

Tomo V: Cuervos rubios. Mate dulce. Notas teatrales . . . . „ 2.50

Tomo VI: La mala siembra. El derrumbe. Nuevo Mundo . . . . „ 2.50

MORENO ISMAEL. — La Huerta . „ 3.—

Id. Id. — El matadero . . . . „ 2.—

MOSQUERA KELLY F. — Del Plata al Illimane . . . . „ 2.50

MENDEZ CALDEIRA MARIA ANGELICA. — Gracia y Castalia . . . „ 2.50

MERCANTE VICTOR. — Charlas pedagógicas . . . . „ 3.—

MORALES DELIO. — Raymundo Nansen, el atormentado . . . . „ 2.—

Id. Id. — La confesión de Lander Pausarac . . . . „ 2.—

MEDINA ONRURIA S. — Akasha (novela) . . . . „ 2.—

Id. Id. — El vaso intacto . . . . „ 2.—

NOGUEIRA MANUEL N. — Los excluídos del amor . . . . „ 2.50

OLIVERA LAVIE HECTOR. — Una tragedia . . . . „ 2.50

OLIVAN SANTIAGO C. — Las visiones del rondín (cuentos) . . . . . . „ 2.—

OLIVARI NICOLAS. — La musa de la mala pata . . . . „ 1.—

PAGANO JOSE LEON. — El hombre que volvió a la vida . . . . „ 2.50

PEYRET MARCELO. — Alta Gracia . „ 2.50

Id. Id. — Mientras las horas pasan (cuentos de amor) . . . . „ 2.—
PASCARELLA LUIS. — Horas matinales (páginas de un escolar) . . . . „ 1.50
PALCOS ALBERTO. — El genio (segunda edición) . . . . „ 3.—
Id. Id. — La Vida Emotiva . . . . . „ 2.50
PALACIOS ALFREDO L. — Universidad Nueva . . . . „ 5.—
PERETZ. — Adán y Eva. Trad. Resnik „ 2.50
QUESADA JOSUE. Idolos que pasan . „ 1.50
RAWSON MANUEL. — Emilio Mitre „ 2.50
ROLLAND ROMAIN. — Clerambault segunda edición) . . . . „ 2.—
ROJAS PAZ. — La metáfora y el mundo „ 2.—
RENAN ERNESTO. — Patricio (encuad. tela) . . . . „ 2.—
RIPAMONTE CARLOS P. — Janus . „ 2.50
RUIBAL SALABERRY Dr. — Higiene Pública. Ingeniería sanitaria . . . . . „ 6.—
SCALABRINI ORTIZ RAUL. — La Manga . . . . „ 2.50
SARAVIA LINARES CLARA. — Lirios de otoño . . . . „ 2.50
SAENZ HAYES RICARDO. — La polémica de Alberdi con Sarmiento . . . „ 2.50
SOTO Y CALVO F. — Los poetas maullantinos en el arca de Noé . . . . . „ 2.—
TORRE PEÑA JORGE DE LA. — Plata bruna . . . . „ 2.—
VEDIA JOAQUIN DE. — Cómo los vi yo . . . . „ 2.50

ALGUNOS JUICIOS SOBRE RICARDO SAENZ HAYES

DE STENDHAL A GOURMONT

Estoy fraternalmente orgulloso por este título y si bien no he podido apreciar toda la soltura y sutileza de su pensamiento, he tratado de comprender lo fundamental, las grandes líneas de su estudio que es notable en punto a crítica e intuición. He gustado el paralelo que usted hace entre Nietzsche y Remy. Ha comprendido usted el pensamiento de mi hermano mejor que la mayor parte de los franceses — aun de los que le aman — pues la simpatía deforma un poco las ideas...

Jean de Gourmont.

Tan nítida es su expresión, tan fiel la manera de sentir y de decir lo que siente, que nos da la sensación de asistir, paralelamente, al desenvolvimiento de la historia política de Francia y a la evolución de la intelectualidad que comenzó con Stendhal en la aurora del siglo...

Arístides Avila, en "Novissima" de San Pablo.

Las páginas dedicadas a France son un modelo de crítica serena y comprensiva.

Azorín.

El señor Ricardo Sáenz Hayes es un escritor de espíritu ágil, nutrido de excelentes fuentes de cultura antigua y moderna... Va costeando la alta crítica (y así algunas veces sus capítulos pueden ser considerados verdaderos ensayos).

"La Nación".

Su estancia en Europa ha contribuído a dar a su prosa serenidad, precisión, sentido de la medida. Dice usted las cosas sin aparato retórico, con sencillez, sin esa oquedad verbal que algunos — cada vez menos — confunden con el buen estilo. Sus tres libros son excelentes modelos de prosa española moderna. Y no faltará ocasión de decirlo en España.

Francisco Grandmontagne.

Buen crítico y periodista moderno, culto e inquieto, ha sido en "La Prensa" de Buenos Aires uno de esos redactores que siempre mantienen muy vivo el fuego de la cultura más elevada. En las columnas del gran diario transandino, se han publicado todos los estudios que componen la mayor parte de sus libros... La celebración de algunos centenarios le ha movido a recordar la obra de cuantos como Lope de Vega o Ronsard, Balzac o Renán, representan un patrimonio eterno del arte universal. Pero no se crea que la movilidad de simples accidentes en el calendario, han impreso sobre su obra esa obligada frivolidad que suele primar en todas las ocasionales producciones periodísticas. El pretexto en los estudios de Sáenz Hayes vale siempre como la punta del hilo sutil que permite deshacer la madeja de la obra completa. Así libros suyos como "Blas Pascal y otros ensayos" o "De Stendhal a Gourmont", merecerán ser recordados siempre, porque en sus páginas campea el espíritu y la cultura de un crítico muy enterado, que todo lo ha leído y todo lo ha gustado, en un frecuente meditar y repasar los valores más opuestos. Ahí están sus hermosas páginas sobre Pascal o Stendhal, que habrán de ser citadas siempre, con honra y provecho para la cultura americana.

Armando Donoso, en "El Mercurio", de S. de Chile.

EL VIAJE DE ANACARSIS.

Puedo hoy agradecerle las inolvidables sensaciones espirituales que esos libros me han hecho gustar. En uno he admirado la sagacidad, la penetración, la erudición selecta y el claro criterio que hacen de usted un crítico de primer orden, y de su libro "De Stendhal a Gourmont" uno de los más valiosos en su género aparecidos en estos países. En el otro, he admirado sus condiciones de narrador, su facultad para dar vida a numerosos seres que pueblan las páginas de su novela con inquietudes de acción y de espíritu de las que surge una nítida impresión de realidad, y la certeza de su análisis psicológico. En ambos me ha seducido la elegancia, la precisión y el encanto del estilo, que acredita una insuperable maestría de escritor. Su "Anacarsis" vive con rasgos inconfundibles, desenvolviendo la bien estudiada complejidad de su ánimo a través de páginas sustanciosas y amenas. Esos dos li-

bros me han enseñado a apreciarle a usted como a uno de los más positivos valores literarios del Continente.

Emilio Frugoni, de Montevideo.

BLAS PASCAL Y OTROS ENSAYOS.

Sus nobles preocupaciones de estilo literario saben pulir la frase primorosamente y hay tal regocijo en su lectura que todo lo demás queda en suspenso. Rebosa su libro, a la par, una erudición que no es común en nuestro medio, un gusto inveterado por los buenos libros y una gran disciplina filosófica. De todo esto fluye un vigoroso perfil de hombre de letras muy moderno y muy antiguo al mismo tiempo.

"La Prensa".

El autor de este libro es, como todo el mundo sabe, una de las figuras más merecidamente prestigiosas de la que podría llamarse literatura joven entre nosotros. Hace ya años que publicó su primer libro, y desde entonces vienen siendo triunfos reconocidos las apariciones de los que le han seguido. Este nuevo volumen del señor Sáenz Hayes contiene hasta una docena de Ensayos publicados en "La Prensa". Decimos precisamente Ensayos y no meramente artículos, no porque el autor haya querido llamarlos así en el título de su libro, sino porque son efectivamente Ensayos... El autor posee las condiciones necesarias para que sus escritos se lean con tanto deleite como provecho. Conocedor profundo de la literatura francesa y de su historia, así de los tiempos pasados como de los actuales, puede discurrir sobre Pascal o sobre Moliere, sobre Chateaubriand o sobre Sainte-Beuve, no sólo con pleno conocimiento de causa, como quien dice, sino también con plena comprensión inteligente, que no es precisamente lo mismo. Y si hablamos de la literatura francesa es por ser franceses los más de los escritores de que trata, no porque no se halle el autor en la misma situación ante la literatura castellana y la inglesa y seguramente alguna otra...

... ...

Dicho queda, pues, que el señor Sáenz Hayes no es en este libro un crítico en el sentido que corrientemente se da al término, sino un verdadero "ensayista", cuyos tra-

bajos son precioso exponente del alto grado a que ha llegado la cultura literaria entre nosotros. No solamente sabe mucho, que eso es cuestión de tiempo y paciencia, sino que piensa y dice bien lo que piensa, condición que los dioses no han derrochado mucho. Estamos seguros que cuando el autor aplique sus excelentes cualidades al estudio de los nuestros, ha de escribir el mejor de sus libros, no porque los nuestros valgan más ni menos que los otros, sino porque son nuestros, y del señor Sáenz Hayes también, por supuesto.

Enrique G. Hurtado y Arias, en "Caras y Caretas".

Hombre de gran temperamento y de sensibilidad aguda, Sáenz Hayes percibía no sólo el matiz de lo que nos circunda, sino las leves mudanzas que originan internamente esas variaciones ideales y sentimentales que de continuo acaecen en el interior de cada cual. Y si observar y captar lo observado es condición indispensable a todo pensador, es asimismo preciso al gran escritor disponer, como acontece a Sáenz Hayes, de un léxico rico, léxico que el escritor argentino administra con sobriedad y con el que sabe vestir elegantemente, la emoción, la idea o el mundo exterior...

El escritor argentino se ha formado preferentemente bajo el influjo ideológico y literario de nuestro gran país vecino; hay, sin duda, íntima afinidad temperamental entre el autor "De Stendhal a Gourmont" y el espíritu francés; la misma prosa de Sáenz Hayes, prosa bellísima y pulcra, tiene una tersura y limpidez poco usual entre los escritores españoles...

He ahí un joven maduro, de cultura nada común entre literatos, y al que creemos aguarda un puesto relevante en la literatura de lengua castellana; es difícil hallar un escritor mejor dotado y preparado para la gran crítica.

Fernando de los Ríos, en "El Socialista" de Madrid.



